# LA REBELION PERMANENTE

*Las revoluciones sociales en América Latina*

*por*

FERNANDO MIRES

res mineros y de las preindustrias textiles (u obrajes), pasando por la de los pequeños agricultores, hasta llegar a las de los caciques o curacas, en el fondo muy semejantes a la de los criollos. Los únicos que siempre estaban dispuestos a luchar hasta el final eran los contingentes de indios vagabundos o "forasteros" y los que huían del trabajo de las minas. Ésta fue, por lo demás, la base social de las rebeliones que continuaron después de la muerte del caudillo. Fue, sin duda, una revolución, la primera en Hispanoamérica, de aquellos que no tienen nada que perder —nada, excepto sus propias vidas.

## 2. LA INDEPENDENCIA: UN PROCESO CON DIRECCIONES CONTRAPUESTAS

Las revoluciones en la historia son como las erupciones volcánicas en la geología: sólo después de que han estallado podemos conocer los distintos materiales que se encontraban en las profundidades. Pero debido a la fuerza con que han sido expulsados, no podemos inferir a simple vista el orden exacto que ocupaban antes de la explosión. Se hace preciso, pues, un largo y paciente trabajo de selección y ordenamiento. En algunas revoluciones incluso la erupción ha sido tan violenta que en materiales de reciente formación encontramos sedimentos que corresponden a periodos muy antiguos. Y si la erupción no ha ocurrido siguiendo un orden, sino en diferentes direcciones, el proceso de selección y ordenamiento resultará todavía más complejo.

Eso ha sucedido a nuestro juicio con la "revolución de independencia" en la América hispana. Cuando con la prisión de Fernando VII se inició fácilmente la disolución de un imperio colonial aparentemente tan poderoso, una increíble cantidad de fuerzas comprimidas irrumpieron rápidamente en la superficie, desmintiendo de inmediato aquella creencia relativa a un periodo colonial apacible tan divulgada por algunos historiadores. Pero no sólo sorprende la violencia sino también la cantidad de actores que tuvo ese proceso. Españoles militares y burócratas, criollos terratenientes y mineros, advenedizos y diletantes, parecían estar dispuestos a resolver con las armas simples litigios de poder. Pero pronto hace su aparición en escena una multitud de indios, negros, mestizos y mulatos, a la que, a decir verdad, interesaba bien poco que España gobernara a través de españoles de España o de españoles de Indias, y a la que la lucha por la independencia no les pareció más que un momento adecuado para luchar por intereses muy propios.

En muy poco tiempo, el suelo hispanoamericano quedó poblado de cadáveres. Los antes fructíferos campos de las haciendas olían a fuego y pólvora. Restos humanos de los antiguos ejércitos vagaban por doquier, hambrientos y desharrapados. De vez en cuando, sobre todo en las cercanías de las ciudades, podían encontrarse algunos signos que habían servido de legitimación a las crueles masacres. Un trozo de bandera, indicando algo parecido a una tenue idea nacional; un arrugado papel con un manifiesto republicano en nombre de Dios y del Rey; hojas de libros provenientes de Francia o

Inglaterra; una sotana ensangrentada perteneciente a uno de tantos curas "jacobinos"; el hacha de un indio; la cadena rota de un esclavo. Frente a ese caos, que de alguna manera todavía vivimos, ¿puede extrañar que los historiadores latinoamericanos no hayan podido ponerse de acuerdo acerca del sentido y carácter que tuvo esa supuesta independencia?

## EL DESPÓTICO REFORMISMO DE LOS BORBONES

Que cuando son implantadas reformas sobre estructuras sociales extremadamente rígidas tienden a producirse fisuras que son imposibles de cerrar, es un hecho histórico continuamente comprobado. En términos generales, eso fue lo que ocurrió en la América española cuando fueron puestas en práctica las reformas borbónicas (1759).

Curiosamente, las modernizantes reformas propuestas por el bien llamado "despotismo ilustrado" encuentran su origen en el notable atraso económico de España respecto a las demás potencias europeas. En efecto, las riquezas obtenidas de las posesiones coloniales no habían determinado en la península un crecimiento económico, sino todo lo contrario. La acumulación de capitales a escala mundial había hecho de España una de las principales metrópolis políticas, pero en lo económico acentuó su condición periférica respecto a aquellos países en los que el desarrollo capitalista había sido —entre otras cosas gracias al propio aporte colonial español— extraordinariamente vertiginoso.[1] Más aún, el régimen mercantilista no sólo no evolucionó, sino que fue un obstáculo en el tránsito hacia un capitalismo de tipo industrialista. En este caso, la causa era la misma que el resultado: la inexistencia de una burguesía que hubiese estado en condiciones de otorgarle a los excedentes derivados de la acumulación colonial un sentido productivo. Esto impidió el desarrollo de una burguesía nacional autónoma, con lo que España pasó a ser aún más dependiente respecto a los centros económicos más evolucionados de Europa.[2] En lugar de estimular un capitalismo español, el desarrollo del capitalismo mundial lo bloqueó y fortaleció hacia el interior del país, especialmente en el agro, las estructuras sociales más arcaicas.[3]

[1] Véase Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. 1: *La agricultura y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 233-316.

[2] E. J. Hamilton, *American treasure and the price's revolution in Spain, 1501-1650*, Nueva York, 1970, p. 185 [*El tesoro americano y la revolución de los precios en España 1501-1650*, Barcelona, Ariel]; Carlos Pereyra, *Historia de la América española*, t. 2: *El imperio español*, Madrid, 1924, p. 150.



## *El sentido de las reformas*

De acuerdo con lo expuesto, desde el momento mismo de la conquista existía en las Indias un desfase entre las actividades administrativas e ideológicas, que eran predominantemente estatales y/o eclesiásticas, y las actividades económicas, que eran predominantemente privadas. Con el desarrollo de la sociedad colonial, las actividades estatales —aunque formalmente estaban por encima de las privadas— se vieron fuertemente cuestionadas frente al surgimiento de sectores agromineros orientados al comercio de exportación no sólo con España sino, sobre todo, con los demás países europeos. En efecto, lo que se había formado en Indias era una clase colonial más evolucionada que los débiles gérmenes de burguesía existentes en la península, pues disponía de posibilidades de desarrollo como, por ejemplo, el alejamiento geográfico respecto a las clases nobiliarias de España, riquezas fabulosas que intercambiaban directamente con otros países europeos, un inmenso *hinterland* agrario, y nuevas ciudades que producían una demanda creciente para bienes que no podían ser llevados desde la metrópoli.[4] Al Estado hispano le correspondía, en consecuencia, suplantar en España a una clase empresarial apenas existente, y en las Indias frenar los intentos de autonomía de la naciente clase colonial.[5]

En las condiciones descritas no es de extrañar que los máximos poderes centrales, el Estado y la Iglesia, penetren en todos los poros de la epidermis colonial. Pero ni la burocracia más aparatosa y pesada, ni un aparente orden que parecía orientarse hacia el cielo, podían ocultar que en las Indias se

[3] Pierre Chaunu, *La España de Carlos V*, t. 2, Barcelona, Ediciones 62, 1967, p. 122; Jaime Vicens Vives, *Manual de historia de España*, Barcelona, 1967, p. 270.

[4] Véase Ciro F. S. Cardoso, "Sobre los modos de producción coloniales de América", en Ernesto Laclau *et al.*, *Modos de producción en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973, pp. 135-159; del mismo autor: "Los modos de producción coloniales, estado de la cuestión y perspectiva teórica", en Bartra, Beaucagie y otros, *Modos de producción en América Latina*, Lima, 1976, páginas 90-106.

[5] Véase J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1972, pp. 239-240; Horst Pietchmann, *Staat und staatliche Entwicklung am Beginn der spanischen Kolonisation Americas*, Münster, 1980, p. 47.

estaban jugando cartas decisivas en el proceso de formación del capitalismo mundial. Las reformas borbónicas pueden ser consideradas, en ese contexto, como un intento administrativo-estatal —y sólo podía ser así— para modernizar a España con relación a sus competidores europeos, pero también para sustituir —por supuesto, administrativamente— a una apenas existente clase empresarial metropolitana y agilizar así, sobre todo, las relaciones económicas entre América y España. De la misma manera, y ésta no es una especulación demasiado aventurera, se trataba de reorientar hacia España excedentes que, a consecuencia de las crisis económicas del siglo XVII derivadas de las catástrofes demográficas originadas por el descenso de la población indígena, estaban estancados en el interior.[6] En la práctica, el Estado intentaba refundar las relaciones coloniales en el marco de un nuevo escenario que autores como Lynch han llamado un "nuevo imperialismo"[7] y que para otros, como Brading, se trata de "la segunda conquista".[8]

En lo administrativo, el reformismo de los Borbones apuntaba a una mayor centralización, buscando eliminar los poderes locales que se habían formado en el transcurso de la sociedad colonial. El objetivo de esta medida era inequívoco: mediante su aplicación se trataba de ejercer un control más directo sobre la evasiva clase colonial. Por cierto, las autoridades hispanas esgrimían razones que aquí no pueden ser consideradas sino como secundarias. Entre ellas, la necesidad de abaratar el erario. De este modo fueron creados y suprimidos virreinatos, gobernaciones y capitanías generales, surgiendo en Indias un periodo de relativa desorganización en donde no se sabía a ciencia cierta cuál era la institución válida y cuál no. Esta situación fue aprovechada bastante bien por algunos espíritus inquietos, pero sobre todo por algunos sectores sociales para hacer sentir sus reivindicaciones.[9] La expresión más vital de estas protestas fue sin duda, como hemos visto, la revolución de Túpac Amaru.[10]

[6] Tal tesis ha sido formulada por Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez para el caso de México, pero no vemos inconveniente en hacerla extensiva al resto de Hispanoamérica; véase *La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808*, en *Historia general de México* (4 vols.), México, El Colegio de México, tomo 2, 1976, p. 187.

[7] John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 23.

[8] D. A. Brading, *Miners and merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, 1971, pp. 29-30.

[9] Véase William Spencer Robertson, *Rise of the Spanish-American Republics*, Nueva York-Londres, 1968, p. 25.

[10] Véase el primer capítulo de este libro.



## *Las reformas comerciales*

Las reformas borbónicas apuntaban a una liberalización de las relaciones comerciales vigentes entre la metrópoli y las colonias marcadas por "un espíritu de monopolio y paternalismo".[11] Las principales medidas aplicadas en ese sentido fueron la baja de tarifas aduaneras, la abolición del monopolio hasta entonces ejercido por las casas comerciales de Sevilla y Cádiz, la apertura de comunicaciones libres entre los puertos de la península y los del Caribe y del continente, la ampliación desde 1789 del comercio de esclavos y el permiso para comerciar con colonias extranjeras desde 1795 y en navíos neutrales desde 1797.[12]

Resulta evidente que algunos de los motivos que llevaron a imponer el mal llamado "comercio libre" (en realidad sólo se trataba de una flexibilización en las relaciones comerciales) se debieron en primer lugar a un intento por frenar el abierto contrabando en las colonias con barcos ingleses.[13] Pero tampoco hay que olvidar que dichos motivos también obedecían a presiones ejercidas por el grupo probablemente más privilegiado de los colonos: los grandes mineros y agricultores, orientados desde un principio a una economía de exportación.

En términos generales, las nuevas medidas comerciales provocaron efectos exactamente contrarios a los que deseaba la Corona. Por de pronto, los sectores exportadores, aprovechando precisamente los espacios abiertos por la metrópoli, no disminuyeron sino incluso incrementaron las relaciones con otras potencias europeas. Pero, sin duda, el efecto más negativo de las reformas comerciales fue la desarticulación de un conjunto de actividades económicas que habían prosperado gracias a las propias condiciones determinadas por el aislamiento respecto a España. En algunas regiones esto tuvo consecuencias catastróficas. Por ejemplo, en la capitanía general de Chile se evidenció una crisis marcada por tres características fundamentales. La primera fue la estabilización y aun el deterioro en los precios de los artículos de producción local; la segunda, estancamiento y disminución de los ingresos de productores y trabajadores, lo que a su vez se expresó en una creciente desocupación; por último, la estabilización de la capacidad tributaria, que ocasionaba "penuria en la Real Hacienda y fuerte resistencia al establecimiento de nuevos gravámenes".[14] Por si

[11] W. S. Robertson, *op. cit.*, p. 13.

[12] J. Lynch, *op. cit.*, p. 21.

[13] Gustavo Beyhaut, *Von der Unabhängigkeit bis zur Krise der Gegenwart, Süd-und Mittelamerika II*, Frankfurt, 1965, p. 25.

[14] Hernán Ramírez Necoechea, *Antecedentes económicos de la independencia en Chile*, Santiago, 1967, p. 80.

fuera poco, el "comercio libre" afectó la estabilidad de todo el sistema monetario internacional, lo que se tradujo en España en nuevas alzas a los productos de exportación, que de seguro no fueron recibidas con mucha felicidad por los criollos. En síntesis, las reformas comerciales no satisficieron ni a moros ni a cristianos. Para los grandes mineros y hacendados, el "comercio libre" era muy poco libre, y para industriales y comerciantes locales lo era demasiado.

### *Los malditos impuestos*

Sin embargo, ninguna de las nuevas medidas económicas provenientes de la península provocó en las colonias tanto malestar y resistencia como las referentes al sistema impositivo.

Los extraordinarios aumentos de impuestos propiciados por la dinastía borbónica obedecían al proyecto de centralización administrativa e institucional que inspiraba toda su política. Con la aplicación de un duro sistema impositivo se pensaba mantener bajo control económico a la clase colonial. Además, las continuas guerras que libraba España contra Inglaterra o Francia requerían de un financiamiento que no podía obtenerse sino recurriendo al expediente de alzar los impuestos, sobre todo en las colonias donde se creía que las presiones políticas podían ser menores que en la metrópoli. De este modo, los impuestos más tradicionales —como los aplicados al tabaco, y la alcabala— fueron, a partir de la llegada de los Borbones, directamente canalizados hacia España. No sin razón muchos comerciantes e industriales criollos comenzaron a sentirse explotados por un sistema en el cual ni siquiera participaban. No deja de ser sintomático observar que el tema de las altas tributaciones ocupa siempre un lugar central en muchas de las rebeliones de criollos, de indios o mixtas anteriores a la independencia.

De las rebeliones típicamente criollas en contra de los impuestos, la más relevante fue sin duda la de Nueva Granada, que comenzó el 16 de marzo de 1781 como un verdadero motín popular, con redobles de tambor y gritos de "viva el Rey, muera el mal gobierno", mientras que una mujer, Manuela Beltrán, hacía pedazos el edicto que anunciaba nuevos gravámenes.[15] El descontento era compartido por comerciantes y usuarios al mismo tiempo. Y tenían motivos de sobra. A los impuestos de la alcabala que gravaban artículos de primera necesidad, tanto los que llegaban de España (efectos de Castilla) como los del país (efectos de tierra), se agregaban otros destinados a pulperías, tiendas de mercaderes, carnicerías, ganaderías y haciendas, fincas y heredades, censos, almonedas y contratos públicos, arriendos, administración, etc. Al poco tiempo fueron además anunciados impuestos a la sal, aguardiente, tabaco, barajas, peajes, correo, papel sellado, etc.[16] "Multitudes de empleados estaban encargados del cobro de estas contribuciones y de la administración de los estancos. La conducta de estos empleados hacía insoportable la vida."[17] La gran insurrección de Socorro fue en realidad sólo la culminación de una serie de motines locales en Santa Fe (octubre de 1780), en los pueblos de Mesotes (también en octubre) y en Charala (diciembre del mismo año). Desde allí comenzó a expandirse hasta dejar de ser un simple movimiento en contra de los impuestos y convertirse en una auténtica rebelión popular. Como apuntara Manuel Briceño en un libro que es ya un clásico: "La idea de la independencia aparece allí como el primer rayo de luz que viene a despertar la dormida naturaleza, y al propio tiempo que pensaban los pueblos que tenían 'el santo, el justo, el natural derecho' de resistir el pago de las contribuciones, les asaltó a la imaginación la idea de decidir a quién debía pertenecer el Reino, y que la causa de los males venía de los europeos que los gobernaban."[18]

Como la rebelión de Túpac Amaru en el Perú, la de los comuneros granadinos también estaba constituida por diversas fracciones y distintos intereses, a veces contrapuestos entre sí. Por de pronto encontramos una fracción criolla cuyo único objetivo era mostrar su descontento hacia el sistema impositivo. Representante de esta fracción era el propio dirigente máximo del movimiento, el vacilante Juan Francisco Berbeo.[19] Sin embargo, también encontramos una fracción más radical que pretendía ligar el descontento frente a los impuestos con las reivindicaciones de los sectores más subalternos de la sociedad colonial. Representante de esa fracción era el mestizo José Antonio Galán. Tampoco faltaría al movimiento una fracción indigenista. Ella estaba dirigida por Ambrosio Pisco, descendiente de los zipas, cacique de cuarenta y tres años y comerciante, que además "ejercía el cargo de administrador de las rentas del tabaco y aguardiente."[20] Cuando el cacique decidió plegarse a los contingentes de Berbeo, al mando de unos cuantos

[15] Manuel Briceño, *Los comuneros*, Bogotá, 1979, p. 7.

[16] *Ibid.*, p. 2.
[17] *Ibid.*, p. 3.
[18] *Ibid.*, p. 14.
[19] Acerca del tema, véase P. E. Cárdenas Costa, *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*, tomo 1, Bogotá, 1960, pp. 155-161; también, Francisco Posada, *El movimiento revolucionario de los comuneros*, México, Siglo XXI, 1971.
[20] Carlos Daniel Valcárcel, *Rebeliones coloniales sudamericanas*, México, 1982, p. 139.

indígenas, recibió rápidamente el apoyo de los indios de Chía, Bogotá, Guatavita, Tabio, Tenjo, Suba y otros pueblos. "En todas partes le salían al encuentro los indios y lo recibían con música y cohetes." [21] En Nemocón fue proclamado Señor de Chía y Príncipe de Bogotá. "Don Ambrosio [Pisco] declaró abolidos los tributos y propiedad de los indios de las salinas; organizó cuatro mil hombres con los cuales se dirigió por Gachancipá a Chía donde debía residir el representante de la antigua dominación de los muiscas.[22]

En otros términos, a través de la insurrección eran rápidamente revitalizadas las antiguas tradiciones de los indígenas. Aunque sin la fuerza de la de Túpac Amaru, también la insurrección de Pisco encontraba su razón de ser en el pasado precolonial —dormido, pero no muerto. El entusiasmo que despertó entre los indios el levantamiento de Pisco era casi indescriptible. A la hora de los primeros enfrentamientos militares, el movimiento contaba con aproximadamente veinte mil hombres.[23] A partir de abril de 1781 Pisco comandaba una especie de "larga marcha" que avanzaba hacia Santa Fe portando "banderas, palos, piedras, cajas y chirinas",[24] signos que evidenciaban el carácter popular del movimiento. Pero precisamente ese mismo carácter popular determinó que tuvieran lugar deserciones de criollos que originariamente habían apoyado el levantamiento.[25]

Entre tantas situaciones precursoras de los movimientos de independencia, resulta muy interesante destacar el hecho de que el movimiento de los comuneros neogranadinos levantara como organismo de poder a los cabildos. Así, no resulta casual que el Cabildo, como organismo de representación propia de los criollos, apareciera simultáneamente en casi toda América a partir de 1810, pues tal organismo estaba inscrito en la propia tradición española, hecho que había captado perspicazmente Francisco de Miranda en sus "Planes de Gobierno (1801)", donde escribió que "las antiguas autoridades serán sustituidas por los Cabildos y Ayuntamientos".[26]

El movimiento de los comuneros de Nueva Granada, surgido como una simple protesta frente a las continuas alzas de impuestos, fue una demostración del potencial insurrec-

[21] M. Briceño, *op. cit.*, p. 27.
[22] *Ibidem.*
[23] C. D. Valcárcel, *op. cit.*, p. 140.
[24] Germán Arciniegas, *Los comuneros*, Bogotá, 1939, p. 167.
[25] Véase F. Posada, *op. cit.*, pp. 65-120; también Cárdenas Costa, *op. cit.*, pp. 292-293.
[26] Francisco de Miranda, "Planes de Gobierno (1801)", en José Luis y Luis Alberto Romero, *El pensamiento político de la emancipación: selección, notas y cronología*, Caracas, 1977, p. 15.



cional existente, sobre todo cuando la clase de los criollos se encontraba en condiciones de ligar sus intereses específicos con los de los sectores más subalternos de la sociedad.

### *La expulsión de los "buenos padres"*

La clase colonial se constituyó económicamente desde el mismo momento de la Conquista. Pero su constitución política fue un proceso mucho más largo. Eso no significa que no hubiera sido capaz de reconocer sus verdaderos intereses, sino sólo que no había podido articularlos unitariamente. Para que ello ocurriera fueron necesarias muchas experiencias adversas frente a la administración colonial, como por ejemplo la que hemos mencionado, referente a las alzas de impuestos. Quizás antes del advenimiento de los Borbones no había tenido necesidad de organizarse políticamente, pues en la práctica sus posibilidades de enriquecimiento estaban aseguradas. Todo consistía en saber guardar ciertas formas o, como se decía en la época, "obedecer las leyes, aunque éstas no se cumplieran". Pero los monarcas ilustrados pretendían hacer cumplir efectivamente las leyes, disciplinar a la relajada sociedad colonial y erradicar todo aquello que no cupiera en su proyecto centralista e integrador. Dentro de ese concepto fue como la Corona tomó una decisión que haría mucho más tensas sus relaciones en las Indias: la expulsión de los jesuitas.

En 1760, pese a las enérgicas protestas levantadas por círculos eclesiásticos y civiles en toda América, y aun en la propia Roma, los jesuitas fueron expulsados de las Indias. La operación fue realizada puntillosamente, sin contemplar excepciones.

Tan severa medida parecía ajustarse, sin embargo, a los propósitos centralizadores de la dinastía borbónica. Conocidas eran ya algunas tendencias autonómicas desarrolladas por los jesuitas en sus reducciones. Pero también debemos decir que los jesuitas eran mejores que su fama. Si las reducciones habían alcanzado algún grado de autonomía, fue por su necesidad de defenderse ante los continuos asedios de la clase colonial. Pero con ello también escapaban al control de las autoridades civiles y, en alguna medida, al de las eclesiásticas. Ello resultaba irónico, pues si alguna orden religiosa había dado continuas pruebas de lealtad a la Corona, ésta era la de los jesuitas. La expulsión no podía así ser vista por los "padres" sino como una monstruosa injusticia, y tenían razón.

Aparte de la obcecada búsqueda de una mayor centralización, otras razones deben haber apresurado esa drástica decisión de la Corona, y entre ellas hay que señalar su necesidad

de un corte definitivo a las continuas querellas que se daban entre el clero regular y el secular, tomando abierto partido por este último y rompiendo con la orden que más dificultades representaba para los obispados.[27] Desde el siglo XVII la monarquía venía apoyando, y cada vez con mayor decisión, a los miembros del clero regular, expropiando progresivamente a las órdenes sus territorios de acción para entregárselos a los llamados "curas doctrineros".[28] La razón de tal actitud era obvia: habiendo terminado la "pacificación de los naturales", aquellas disciplinadas y místicas órdenes religiosas ya no eran tan necesarias. Necesario era, en cambio, fortalecer a los obispados como representantes religiosos de la Corona y, por ende, al clero secular, mucho más fácil de ser controlado por la jerarquía eclesiástica y estatal. La Corona pensaba así asegurar el apoyo de algunos sectores de la clase colonial que esperaban cualquier oportunidad para deshacerse de las órdenes religiosas, especialmente de la de los jesuitas que, al someter a sus indios en sus reducciones, les habían enajenado un potencial abundante de fuerza de trabajo. Tampoco hay que desechar la hipótesis de que la Corona pretendía hacer una demostración de fuerza frente a Roma, y posiblemente no tuvo mejor idea que proceder contra aquella orden que, como es sabido, era más papista que el Papa. Por último es necesario agregar que las tesis de algunos intelectuales jesuitas no eran miradas precisamente con simpatía por los representantes del nuevo gobierno. Desde tiempos antiguos, los jesuitas habían postulado una mayor separación entre el Estado y la Iglesia. Mucho menos simpáticas podían resultar las doctrinas de Suárez, sobre todo en lo referente a la limitación de las potestades reales en favor de la soberanía popular.[29] Que tales doctrinas fueran postuladas por un Rousseau era peligroso para España, pero que fueran postuladas

[27] Véase Fernando Mires, *La colonización de las almas. Acerca de las relaciones entre misión y conquista en Hispanoamérica*, San José, Costa Rica, 1987, p. 140. Como fuente, consúltese Juan de Solórzano y Pereyra, *Política indiana*, tomo III, Madrid-Buenos Aires, 1930, p. 202.

[28] F. Mires, *op. cit.*, p. 150.

[29] Como escribió George H. Sabine: "Había una razón válida para que, pese a las diferencias teológicas, las teorías políticas de los calvinistas franceses y escoceses tuvieran ciertas semejanzas con las postuladas por los jesuitas. Ambas se encontraban en una situación en la que era necesario sostener que la obligación política no era absoluta, y que existe un derecho de rebelión en contra de un gobernante hereje [...] En consecuencia ambos sostenían que el poder político es inherente al pueblo, deriva de él mediante un contrato y puede ser revocado si el Rey se convierte en tirano" (G. H. Sabine, *Historia de la teoría política*, Buenos Aires, 1976, p. 289 [México, Fondo de Cultura Económica, 1945]).



en nombre de la religión no podía sino ser algo absolutamente intolerable.

Sin embargo, si los políticos españoles hubieran presentido los problemas que les iba a causar la expulsión de los jesuitas, lo habrían pensado más de dos veces. Por de pronto, en el terreno económico, y no sólo en las reducciones, los jesuitas habían demostrado ser excelentes empresarios. Industrias, artesanías, finanzas, institutos de comercio, etc., fueron patrocinados exitosamente por la orden, que al mismo tiempo había tejido redes comerciales y financieras con la propia clase colonial. Era así inevitable que con la expulsión se produjesen alteraciones en la estructura económica interna de las colonias. Curiosamente, los planes de centralización económica y administrativa que perseguía la Corona no habrían encontrado mejores ejecutores que los propios jesuitas.

Pero más que en el plano económico, en el político le costaría muy caro a la monarquía su proceder contra los jesuitas. Éstos no sólo se habían preocupado de misionar a los indios, sino además de educar a los vástagos de los españoles. No había en verdad ninguna oferta educativa superior a la que ofrecían los colegios y universidades fundados por la orden. Cuando llegó el momento de la expulsión, muchos criollos educados por los jesuitas no pudieron sino preguntarse: ¿cómo podía ser posible que aquellos "guías espirituales" de la sociedad fueran de pronto erradicados y, sobre todo, tan violentamente? De una u otra forma, en la mente de esos criollos se tenía que operar aquello que en términos actuales se conoce como "crisis de consenso". Un historiador del tema comenta en tal sentido: "Cientos de familias criollas consideraban la expulsión como una injusticia atroz, y el sentimiento de fidelidad y respeto a la monarquía fue enfriado en las colonias de América Española." [30] En algunas regiones la expulsión provocó un clima de tensión política, sin que faltaran "quienes censuraron por escritos impresos la iniquidad cometida contra la Compañía de Jesús".[31]

Así comenzaba a originarse una crítica a la monarquía, pero esta vez hecha desde las posiciones más conservadoras. A ellas contribuían los textos de Suárez, del abate Reynal y del obispo Mariana, ocupando, al lado de sus antípodas, los ilu-

[30] Ricardo Donoso, "Hispanoamérica y la expulsión de los jesuitas", en Humphrey y Lynch, *The origins of the Latin American revolution (1808-1826)*, Nueva York, 1966, p. 41.

[31] Carlos Silva Cotapo, *Historia eclesiástica de Chile*, Santiago de Chile, 1925, p. 5. Véase además Francisco Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, tomo 2, Barcelona, 1891, p. 358.

ministas franceses, o los liberales ingleses, un lugar preferencial en la nueva conciencia política de la clase criolla. En los momentos más agudos de la crisis será difícil diferenciar la crítica conservadora de la revolucionaria, pues ambas eran expresadas al mismo tiempo y a veces por las mismas personas. Por último, con la expulsión de los jesuitas la propia Corona se privaba de un valioso contingente intelectual para enfrentar una ideología revolucionaria de carácter secular. Muy lúcido era en este sentido Juan Bautista Alberdi cuando en una de sus "cartas quillotanas" escribió: "los reverendos padres jesuitas hubieran eternizado nuestra sujeción a España si no se van".[32] Y según el historiador Luis Alberto Sánchez, la expulsión de los jesuitas debe ser considerada como "uno de los antecedentes más significativos de la revolución americana".[33]

Que la idea de la tradición terminara plasmándose con la de la revolución fue en parte culpa del propio Estado español, al haberse dejado seducir por un regalismo contraproducente, pues la sociedad colonial era, tanto o quizás más aún que la española, ajena a lo secular.

## LA FORMACIÓN DE UNA CONCIENCIA POLÍTICA CRIOLLA

Las relaciones entre la clase colonial y la administración indiana no habían sido nunca armónicas durante la era de los Habsburgo. Cuando los Borbones impusieron sus reformas, disociaron todavía más las precarias relaciones existentes entre la burocracia de Indias y los criollos. Conflictos tan profundos como el provocado por la expulsión de los jesuitas acentuaron las diferencias. Así resulta casi lógico que los criollos, en la medida en que aumentaban su poderío económico, quisieran administrar ellos la "cosa pública", sobre todo cuando ésta comenzó a ser utilizada en contra de sus intereses.

[32] Citado por José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas, I: La revolución,* Buenos Aires, 1918, p. 85.

[33] Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América,* Buenos Aires, 1972, p. 241. Que la afirmación de L. A. Sánchez es cierta se comprueba por la propia actividad intelectual antimonárquica que comenzaron a desarrollar muchos jesuitas expulsos. Acerca del tema, véase R. Donoso, *op. cit.*; Miguel Batlori, "The role of the jesuits exils", en Humphry y Lynch, *op. cit.*, pp. 60-68; Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia: tres siglos de historia cultural hispanoamericana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pp. 175-196.



### *El tema de los cargos públicos*

La conciencia política de los criollos se fue formando no tanto como una afirmación de sí misma, sino más bien como oposición. Que españoles recién llegados y sin demasiada preparación pasaran a ocupar los puestos administrativos más importantes, sin duda constituía para los criollos una injusticia difícil de soportar. ¿No eran ellos al fin, los dueños de las haciendas y las minas, los que más beneficiaban el erario real? ¿No eran sus hijos, portadores de títulos universitarios, eclesiásticos y militares adquiridos a veces en la propia España, los más aptos para hacerse cargo de la administración pública? ¿No eran ellos, al fin y al cabo, tanto o más súbditos del Rey que esos leguleyos y empleados que por el solo hecho de ocupar un cargo se sentían dueños de las Indias? La animosidad frente a la administración española tenía evidentes rasgos aristocráticos, que después no podrían sino impregnar a los procesos en cierne. Tal animosidad no era todavía, por cierto, una conciencia revolucionaria, pero sí un fermento que ayudaba para que pronto lo fuera. Fue en esa escuela de animosidades y resentimientos donde, por ejemplo, revolucionarios de la magnitud de un Bolívar comenzaron a querer ser independientes. El joven aristócrata venezolano sintetizaba mejor que muchos analistas la búsqueda de poder insatisfecha que animaba al sector criollo. En su famosa "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta Isla" (Kingston, 6 de septiembre de 1815) exponía Bolívar: "Jamás éramos virreyes ni gobernadores sino por causas extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes: todo en contradicción directa de nuestras instituciones." [34]

Pero no se piense que todos los aristócratas rencorosos terminaron siendo revolucionarios como Bolívar. Por lo general las contradicciones comenzaban y terminaban en la crítica a la administración colonial. Sólo a muy pocos les pasaba por la cabeza la idea de hacerse libres. La "majestad real" era todavía un dogma, y por lo tanto incuestionable.

### *El miedo de ser libre*

Pero no sólo era el peso de las ideologías el que hacía de los criollos una clase refractaria a la idea de la independencia.

[34] Simón Bolívar, *Obras completas,* vol. 1, La Habana, 1950, p. 166.

No debemos olvidar que ellos se habían constituido, precisamente en el marco de las relaciones coloniales, como una clase económicamente dominante. Por lo tanto eran parte del orden colonial. El hecho de que a veces recurrieran al contrabando para aumentar sus ingresos demuestra sólo su predisposición al enriquecimiento fácil, pero en ningún caso una actitud de desobediencia. Por lo mismo estaban lejos de desarrollar algo parecido a una conciencia nacional. Si la tenían, esa conciencia era, por sobre todas las cosas, española, y sus mayores rencores frente a las autoridades provenían del hecho de que éstas no les reconocían totalmente su hispanismo. No es casualidad, por ejemplo, que en el "Memorial de agravios", que redactara el patriota neogranadino Camilo Torres (1766-1816) para el Cabildo de Santa Fe (1809), se pueda leer: "Las Américas, Señor, no están compuestas de extranjeros. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre para adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España."[35] De igual manera, Mariano Moreno en su "Representación del apoderado de los labradores y hacendados de la Banda Oriental y Occidental del Río de la Plata" (1809) designaba con la expresión "nuestra nación" a la totalidad del imperio español.[36]

Pero sin duda el factor decisivo que imposibilitaba que los criollos se comprendieran como una clase revolucionaria nacional derivaba de su propia condición de propietarios y, por cierto, de la naturaleza de sus propiedades. Los grandes hacendados y propietarios de minas no estaban dispuestos, como escribió José Luis Romero, "a cambiar su manera de producir, de comercializar su producción y aun de vivir".[37] A diferencia de las colonias inglesas, en Hispanoamérica no se formó una auténtica burguesía nacional o, como tan bien lo dijo el mismo Romero, "no había conflicto entre agrarismo y mercantilismo".[38] Desde luego, en algunas regiones, como en el Plata, existía una incipiente burguesía, pero también es cierto, como apunta Kossok, que ésta "no estaba capacitada para adoptar un papel hegemónico, es decir para dirigir y dar a la revolución un sello propio".[39] Tampoco se habían formado

[35] C. Torres, "Memorial de agravios", en J. L. y L. A. Romero, *op. cit.*, p. 29.

[36] Cit. en Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 38.

[37] J. L. Romero, "La independencia de Hispanoamérica y el modelo político norteamericano", en J. L. Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, México, UNAM, 1981, p. 96.

[38] *Ibidem.*

[39] Manfred Kossok, "El contenido burgués de las revoluciones de independencia en América Latina", en *Nueva Sociedad*, núm. 4, México, 1974, p. 72.



sectores sociales que pudiesen desempeñar el papel de la burguesía. Los grupos criollos de significación social menor, como los pequeños comerciantes, escribientes, leguleyos, clérigos, surgidos a consecuencias de la expansión urbanística, eran sólo el segmento inferior de la clase colonial. De ellos surgirían algunos ideólogos y tribunos, pero como miembros dominantes de una sociedad tenían razones más que suficientes como para no querer romper de inmediato con España, y mucho menos con los segmentos superiores de aquella clase a la que ellos mismos pertenecían. Por de pronto, "debajo" había una masa de mestizos que comenzaban a presionar "hacia arriba". Pero precisamente eso era lo que más los aterraba, de ahí que intentaran, desesperadamente, diferenciarse de ellos, y como no era posible hacerlo demostrando riquezas, lo hacían recurriendo al expediente del color de la piel. Los intentos de los criollos pobres por no parecer mestizos eran tan patológicos como los de muchos mestizos por parecer blancos.[40]

En su conjunto, la clase criolla no estaba dispuesta a correr el riesgo de ser sobrepasada por las "clases peligrosas"[41] o por el "populacho", según la designación despectiva de la "gente decente".[42] Por lo demás, cada vez que habían probado movilizar a las masas populares a fin de negociar sus privilegios, habían terminado desatando rebeliones sociales que después no sabían controlar. El caso de Túpac Amaru representaba un verdadero trauma para ellos. Más todavía: si bien muchos, al no tener más alternativa, decidieron pasarse al campo de la revolución, lo hicieron con el objeto de detener desde ahí el avance de los sectores subalternos. Más ironía que paradoja: la revolución de independencia debería ser obra de una clase conservadora y no revolucionaria; la formación de naciones, obra de una clase que no poseía nada parecido a una conciencia nacional; la constitución de repúblicas, obra de una clase que siempre había sido monárquica. Y, sin embargo, sin el apoyo de esa clase, la revolución nunca habría sido posible. ¿Cómo fue posible entonces? Quizá la

[40] J. Lynch, *op. cit.*, p. 29.

[41] De acuerdo con la terminología de Torcuato di Tella, "Las clases peligrosas a comienzos del siglo XIX en México", en Tulio Halperín-Donghi, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, pp. 201-247.

[42] J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976, p. 132; sobre el tema, véase Stanley J. Stein y Barbara H. Stein, *La herencia colonial de América Latina*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 116-117.

respuesta no debe ser buscada en las Indias sino en los complejos procesos históricos que tenían lugar en Europa.

### *Las influencias ideológicas externas*

Resulta extraño, pero es verdad: las ideas revolucionarias fueron fomentadas en un comienzo por la propia España. Para comprender esta contradicción hay que recordar que la dinastía borbónica se consideraba a sí misma modernizante, y por supuesto quiso demostrarlo, sobre todo en el terreno cultural, permitiendo la entrada en las colonias de libros no aceptados por la Iglesia. Por lo demás, la cultura era algo que no ocupaba ningún lugar secundario entre los criollos; como escribió J. L. Romero: "Rico, eficaz y culto, el homo faber americano se sentía en condiciones de dominar su ámbito y derrotar al petimetre brillante en los saraos, celoso de los blasones que sus padres habían comprado y saturado de despreciables prejuicios."[43] Probablemente los primeros receptores de las nuevas ideas fueron estancieros a quienes parecía de buen tono contar en sus bibliotecas con algunos libros "prohibidos" por el *index* inquisitorial. Pero pronto fueron ellos mismos quienes tuvieron que esconder esos libros frente a la impaciencia de sus hijos hastiados de la provinciana sociedad colonial. Expliquémosnos: como todas las grandes revoluciones, la de independencia fue también el producto de una suerte de conflicto generacional. En efecto, el ambiente de las colonias no tenía nada de atrayente para personas inquietas. A los jóvenes que no heredaban haciendas y minas no les quedaban más que dos alternativas: el ejército y el clero. En el ejército les esperaba una vida militar sin guerras. En el clero, envejecer entre cruces y beatas. Y quizá fue gracias a la influencia de tantos segundones como el ejército y el clero se convirtieron, en muchas regiones, en verdaderos focos de insurgencia.

En un primer momento, las ideas francesas fueron mejor recibidas que las inglesas o norteamericanas. La revolución francesa ejerció una fascinación sin límites en las nuevas élites intelectuales. Desde luego había también bastante de esnobismo. Conocer a Diderot, Rousseau, Montesquieu y hasta a Voltaire, daba una tonalidad de rebelde elegancia y no eran pocos los petimetres criollos que, mediante demostraciones de revolucionarismo verbal, pretendían nada más que impresionar a las damas. Pero también hubo quienes tomaron muy en serio las nuevas ideas, y aun algunas minorías se atrevieron

[43] J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades...*, cit., p. 161.



a cuestionar, por primera vez, el sagrado dogma de la majestad real. Sin darse cuenta, con sus fantasías ideológicas, esos jóvenes estaban vinculándose con el espíritu revolucionario europeo, sólo que esto sucedía desde una realidad totalmente distinta, donde no había ninguna burguesía revolucionaria sino una clase señorial preocupada de mantener y aumentar sus posesiones y no de consignas novedosas.

Ahora, mientras más aisladas estaban las minorías, más exaltado era su revolucionarismo. Así, los jóvenes jugaban a la clandestinidad organizándose en clubes primero, y después en las llamadas logias. Mucho más en serio eran las actividades de los jóvenes criollos que residían en Europa, pues estaban bajo la influencia directa de liberales y masones. Particularmente importante fue la Logia Lautaro, que desde mediados de 1812 se establecería en Buenos Aires.[44] Hacia 1810 no era París sino Londres el principal centro revolucionario para América. Por allí pasaron Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Vicente Rocafuerte, fray Servando Teresa de Mier y Francisco de Miranda, este último "el mayor conspirador de todos".[45] Pero lo que une a los revolucionarios, tanto de fuera como del interior, es la pasión por la palabra escrita, por el panfleto pegado subrepticiamente en las paredes y, sobre todo, por la prensa. Casos como el de Antonio Nariño, nada menos que funcionario del virreinato de Nueva Granada, quien en su imprenta privada publicó el texto con la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* (1796), no eran excepcionales.

La preindependencia produjo periodistas revolucionarios admirables. El más incansable de todos parece haber sido Bernardo de Monteagudo, como lo demuestran sus apasionados artículos aparecidos en la *Gaceta de Buenos Aires*, después en el *Mártir o Libre* y en el *Independiente*. Pero quizá la labor de Camilo Henríquez en la *Aurora de Chile* y en el *Monitor Araucano* no le iba en zaga. Había también periódicos que sin ser revolucionarios daban cabida a las nuevas ideas, como el *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires y el *Mercurio Peruano* de Lima.[46]

Entre los autores de mayor influencia, Rousseau parece haber ocupado el primer lugar. La causa debe encontrarse en que las teorías relativas al "derecho natural" se evidenciaban

[44] Acerca de la Logia Lautaro véase Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, tomo 1, Buenos Aires, Eudeba, p. 148.

[45] Jaime E. Rodríguez, *Vicente Rocafuerte y el nacimiento de Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 40.

[46] Bernard Moses, *The intellectual background of the revolution in South America 1810-1824*, Nueva York, 1926, pp. 86-87.

como contrapuestas a una sociedad cuya mayor legitimación había sido la conquista militar.[47] Además, las ideas naturalistas de Rousseau sonaban bastante bien en un ambiente impregnado de costumbres agrarias y no eran tan abiertamente anticlericales como las de Voltaire. Los postulados relativos a una religión civil armonizaban con la ideología de una sociedad no secular. Como sintetizaba el más dilecto de los roussonianos hispanoamericanos, Mariano Moreno, quien editó (no sin cierta censura) en 1810 en Buenos Aires *El contrato social*: "J. J. Rousseau no sólo quiere una religión civil, y que el Soberano pueda imponer a cada individuo una profesión de fe y fijar los artículos, sino también que cualquiera que no la vea es incapaz de ser ni buen ciudadano ni súbdito fiel." [48]

Si tomamos en cuenta que la idea del contrato social ya había sido incorporada a la tradición teológica por Suárez y más todavía que había sido llevada a sus extremos más radicales por Mariana,[49] es posible entender por qué las ideas roussonianas encontraron también tantos adeptos en el corazón del clero americano. Otra de las obras que junto a la de los filósofos franceses ejerciera gran influencia entre los criollos fue la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes* del abate Guillaume-Thomas Raynal. Esta obra, pese a que hoy se la considera una simple "mescolanza de documentos, declamación e información", según palabras de Madariaga,[50] tuvo un efecto propagandístico innegable, entre otras razones —permítasenos la hipótesis— porque al estar escrita por un clérigo francés podía, más que otras obras, unir la vocación religiosa con el espíritu iluminista.

Precisamente la fusión entre iluminismo y teología permite

[47] Acerca del tema, véase Boleslao Lewin, *Rousseau y la independencia argentina y americana,* Buenos Aires, Eudeba, 1967, p. 13; Francisco Encina *El imperio hispánico hacia 1810 y la génesis de su emancipación,* Santiago de Chile, 1957, pp. 316-332.

[48] B. Lewin, *op. cit.*, p. 37.

[49] Aunque si se lee con cierto cuidado la obra de Juan de Mariana, *Del rey y de la institución real,* se advierte que no es un escrito antimonárquico como generalmente se cree. Lo que postulaba Mariana era el derecho a la rebelión en contra de las tiranías que, según la acepción del periodo, es algo opuesto a la monarquía. Como escribió el clérigo: "La tiranía que es la postrera y peor forma de gobierno, opuesta a la monárquica, suele entrar al poder por viva fuerza", Barcelona, 1880, p. 116 [Madrid, Editorial Doncel].

[50] Salvador de Madariaga, *El auge y el ocaso del imperio español en América,* Buenos Aires, 1955, p. 303 [Madrid, Espasa-Calpe].



explicar por qué fueron posibles personajes como Camilo Henríquez,[51] "ese magro y cetrino fraile de la Buena Muerte",[52] o el deán Funes. Y esa posibilidad no sólo se dio en el terreno del pensamiento o de la agitación intelectual: en el bajo clero la fusión entre iluminismo y religiosidad antimonárquica produjo efectos francamente explosivos. Así, por ejemplo, en la primera fase de la Independencia en México, de 161 clérigos que tomaron parte en los acontecimientos de 1810, 128 lo hicieron en favor de los insurgentes y sólo 32 en favor de los realistas.

## *Del ideologismo al pragmatismo*

El afrancesamiento fue la tónica intelectual predominante en los albores de la revolución, pero el curso de los acontecimientos lo habría de relegar posteriormente a un lugar más bien secundario. Casos como el de Francisco de Miranda, que de un afrancesamiento apasionado pasó a ser un reconocido anglófilo (hasta el punto de llegar a ofrecerse a Inglaterra como intermediario para asuntos americanos), fueron bastante normales.

El periodo restaurativo que iniciaba Napoleón distaba de poseer la aureola romántica de los primeros años de la revolución, y muchos criollos pensaban que los principios originales habían sido traicionados. Además, cuando los conflictos en las colonias se habían agudizado, las ideas francesas fueron declaradas peligrosas y muchos revolucionarios de salón eligieron el cómodo silencio. Después de 1810, el término *independencia* debía pronunciarse con seriedad, máxime cuando llegaban las noticias de la revolución de los esclavos en Haití, que evidenciaba lo que podía suceder si las "clases peligrosas" comenzaban a movilizarse. Por último, el hecho más determinante en el distanciamiento criollo respecto al ideario

[51] Véase Miguel Luis Amunátegui, *Camilo Henríquez,* Santiago de Chile, 1899; también, Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile,* México, 1946, pp. 32-47 [Buenos Aires, Eudeba].

[52] Jaime Eizaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena,* Santiago de Chile, 1957, p. 127. Los principales escritos de Camilo Enríquez son: su proclama de 1811, publicada bajo el anagrama de Quirino Lemachez, considerado "el documento político más revolucionario de ese periodo" (Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile,* tomo 3, Santiago de Chile, 1971, p. 17 [Barcelona, Fontamara]), donde plantea abiertamente la necesidad de emanciparse de España; su "Sermón ante el Congreso" donde insiste en la misma idea, aunque con un lenguaje más moderado (1811), y a partir del 13 de febrero de 1812 sus diversos artículos en *La Aurora de Chile.*

francés derivaría de la conocida situación desencadenada en España a partir precisamente de la invasión francesa. De este modo, otros "modelos", especialmente el inglés, ganaron relevancia.

Los sistemas políticos impuestos en Inglaterra y en Estados Unidos no sólo habían probado su eficacia, sino que además se acomodaban bastante bien al conservadurismo tradicional de la clase colonial. Si había algunas razones de carácter religioso que impedían desarrollar simpatías hacia Inglaterra, éstas pasaron a un lugar secundario cuando los ingleses, después de la invasión napoleónica, decidieron apoyar a España. Lo que la religión no permitía, la geopolítica lo daba. El modelo político norteamericano también ejercía atracción en las mentes criollas. Desde hacía mucho tiempo circulaban las obras de Thomas Paine, los discursos de John Adams y los documentos firmados por Jefferson y Washington.[53] Sus ideas eran tanto más receptivas si se toma en cuenta que muchos criollos comerciantes habían entendido que, aun en el caso de que se produjera una restauración de los dominios españoles en América, España no volvería a ocupar más el lugar hegemónico que había poseído en la economía indiana. En otras palabras, ya presentían que pasase lo que pasase tenían que asumir el papel de clientes económicos respecto a otras potencias.

En fin, en el proceso de formación política e ideológica de los criollos podemos distinguir dos etapas. Una, marcada por el pensamiento francés, especialmente roussoniano, que se articuló con teorías de origen cristiano relativas a la división de los poderes. Esta articulación permitió la aparición de un prototipo político que podríamos denominar "el jacobino católico". Quizás uno de sus mejores exponentes fue el argentino Mariano Moreno, que cuando publicó *El contrato social* suprimió aquellas partes en que el filósofo francés se refiere a la religión.[54] Su equivalencia sería la del "católico jacobino" representado en figuras como Henríquez, Funes, Hidalgo, Morelos, Muñecas, etc.[55] La segunda etapa está marcada por el predominio del pragmatismo ideológico inglés y

[53] J. Lynch, *op. cit.*, p. 40.

[54] Véase J. L. Romero, *Situaciones e ideologías*..., cit., p. 60.

[55] Hablamos aquí de una simbiosis entre el pensamiento católico antiabsolutista y el pensamiento ilustrado francés, y no de una superposición de uno sobre otro, error a nuestro juicio en el que incurre Manfred Kossok cuando, criticando lo que él llama "el revisionismo histórico", plantea el predominio absoluto del pensamiento de la Ilustración por sobre el tradicionalista de origen cristiano. Véase M. Kossok, "Aufklärung in Lateinamerika. Mythos oder Realität?", en *IAK*, 1972, p. 418.



norteamericano. Esto coincidió con las responsabilidades que asumía una clase que de simplemente dominante había pasado a cumplir una función dirigente. De este modo, para esta clase no tendría mucha importancia después el hecho de que en nombre de la república se erigieran dictaduras militares, que en nombre del liberalismo surgieran estructuras económicas dependientes y que del constitucionalismo provinieran autocracias. Quien quiera realmente entender el pensamiento político de las oligarquías hispanoamericanas, tiene que hacer, frecuentemente, una lectura al revés de sus discursos.

## EL TRAUMA HAITIANO

Como ya hemos expuesto hubo acontecimientos que apresuraron el distanciamiento de la clase criolla respecto a ideas demasiado radicales. Pocos entre ellos aterrorizaron más a dicha clase que la llamada revolución de los esclavos en Haití.

La revolución haitiana fue una prolongación directa de la francesa, que en sus momentos de mayor euforia decretó la libertad para los negros. Incluso en la Asamblea Constituyente había representantes haitianos. Los esclavistas franceses en Haití no demostraron demasiados deseos de acatar las órdenes emitidas en la metrópoli y, por lo contrario, reaccionaron con provocación asesinando a los representantes haitianos ante la Asamblea, el doctor Vincent Ogé y su amigo Chavannes. Esa fue la señal de insurrección para los esclavos. En Francia la rebelión fue saludada con entusiasmo por los jacobinos, quienes el 4 de septiembre lograban el decreto que ordenaba el fin de la esclavitud en las colonias. Tal principio sería de inmediato incorporado a la Constitución de Haití en 1801, en cuyo título II, artículo 3, se podía leer: "En este territorio no podrá haber esclavos. La servidumbre ha sido abolida para siempre. Todos los hombres nacen, viven y mueren libres y franceses."[56] Los negros gritaban "Viva la Francia".

Los franceses de la isla olvidaron en muy pocos días todos sus sentimientos patrióticos y llamaron en su auxilio nada menos que a Inglaterra. De este modo, los esclavos se levantaron en nombre de dos naciones: Francia y Haití. La decisión de los esclavos de luchar hasta la muerte hizo imposible la avanzada de los ingleses, que fueron derrotados en 1797

[56] J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento*..., cit., p. 81.

por las milicias comandadas por Toussaint Louverture. El carácter "francés" de la revolución duró sin embargo tan poco tiempo como la revolución en Francia. El 20 de mayo de 1802, en nombre de la libertad, Napoleón ordenaba la restauración del orden colonial esclavista mediante un decreto que decía: "En las colonias restituidas a la Francia, en ejecución del Tratado de Amiens de 6 Germinal Año 10, la esclavitud será mantenida de acuerdo a las leyes y reglamentos anteriores a 1789." [57] Por si fuera poco, a los ataques de Inglaterra y Francia se sumaron los de España a la parte española de la isla. Los casi indefensos esclavos estaban así en guerra contra las principales potencias europeas, que si bien luchaban entre ellas en Europa, a la hora de defender sus posesiones ultramarinas lograban inmediato acuerdo.

Un golpe muy serio recibió la revolución negra cuando su caudillo, Toussaint Louverture, fue hecho prisionero por el general Leclerc (cuñado de Napoleón), que comandaba una expedición de nada menos que 54 barcos y 25 mil soldados. A partir de esos momentos comenzaría la segunda fase de la revolución negra, que no se haría más en nombre de Francia sino de la liberación de Haití. Los revolucionarios estaban dirigidos por los generales negros Cristophe y Dessalines y por el mulato Alexandre Pétion. Fue una guerra terrible: de 43 mil hombres enviados por Napoleón a Haití, sólo 8 mil volvieron a Francia.[58] Al fin, los franceses comprendieron que les saldría más económico retirarse que ganar la guerra al precio que estaban pagando.

La libertad de Haití fue proclamada en octubre de 1803, y su acta de independencia nacional firmada el 1 de enero de 1804. La isla se transformó así en un símbolo revolucionario. Algunos patriotas americanos, posponiendo sus complejos racistas, viajaban hacia ella para entenderse con los nuevos estadistas. Francisco de Miranda, por ejemplo, estableció contactos con Dessalines, que después se convertiría en un emperador siniestro: por ejemplo, mandaría asesinar a todos los blancos de su país. Igualmente, Bolívar encontraría refugio en la república del sur dirigida por el inteligente Pétion. Casi toda las fuentes relativas a la vida del Libertador están de acuerdo en que experimentó en la isla un verdadero proceso de conversión. Pero, sin duda, sobre quienes ejercería más influencia el ejemplo de Haití serían los negros de Sudamérica. Las rebeliones de Coro (1795) y la de Cariaco (1798)

[57] *Documentos para la historia de Haití*, La Habana, 1954, p. 158.

[58] Emil H. Maurer, *Der Schwarze Revolutionär*, Meisenheim/Glau, 1950, pp. 37-271.



se inspiraron en los acontecimientos de Haití, hasta el punto de que el caudillo de la primera, José Leonardo Chirinos, prometía instaurar "la ley de los franceses", refiriéndose a la promesa de liberación de los esclavos.

## REVOLUCIÓN Y TRADICIÓN

Desde 1810, a partir del surgimiento de los movimientos juntistas, a las élites revolucionarias se les plantearían diversas alternativas. Por una parte era necesario establecer relaciones con naciones como Inglaterra, cuyo concurso era indispensable para derrotar a España. Por otra, en el frente interno, era necesario reforzar las vinculaciones con el bloque agrario-minero-exportador, cuya ruptura con España era la condición *sine qua non* de la independencia. Por último, era fundamental establecer una alianza con los sectores más subalternos de la sociedad, sin cuyo concurso militar cualquier expectativa de triunfo frente a España era una quimera.

Como veremos, cuando los problemas estaban planteados en términos puramente políticos fue posible una alianza con el bloque criollo haciendo caso omiso de las masas populares, pero cuando llegó la hora del enfrentamiento tal alianza se volvió imposible. En otras palabras, la cuestión nacional no podría resolverse omitiendo la cuestión social.[59]

La revolución hispanoamericana comenzó en España. Cuando las tropas francesas la invadieron en nombre de la Revolución y José Bonaparte parecía decidido a imponer por la fuerza las reformas que en Francia habían sido establecidas gracias a la legitimidad de la insurrección, era posible creer que muchos republicanos españoles se pondrían al servicio de las fuerzas de ocupación. Pero esos mismos republicanos no estaban dispuestos a aceptar una revolución impuesta "desde arriba" y "desde fuera". Si la invasión resultó un éxito en el sentido militar, no se puede decir lo mismo desde el punto de vista político. En efecto, los estrategas franceses valoraron muy mal el potencial nacionalista español. Fueron los mismos republicanos los que se pusieron a la cabeza de la resistencia nacional llamando al pueblo a organizarse en

[59] En los términos de Kossok "ambos componentes del ciclo de revoluciones ibéricas, los 'europeos' como los 'americanos', revelaban la inseparable dialéctica entre la cuestión social y la cuestión nacional", en Manfred Kossok, *Der Iberische Revolutionszyclus (1789-1830)*, Ost Berlin, 1971, p. 215.

comunas y cabildos. Consumándose una paradoja, los sectores más monárquicos y verbalmente más nacionalistas adoptaron desde un principio una actitud de colaboración hacia los invasores. Así, en España, al igual que después en América, se demostraría que la idea de la revolución era inseparable de la idea de la tradición. Fue en defensa de esa tradición, tildada antes de oscurantista por los mismos que ahora la defendían, como brotó una formidable resistencia popular en contra de Bonaparte y de su aliada la nobleza, y todo lo que ella entraña, en nombre "del muy amado Rey". Por supuesto, en la imaginación popular el Rey nada tenía que ver con el mediocre personaje que existía en la realidad, sino con una suerte de "príncipe romántico al que un gigantesco ladrón mantenía prisionero y lo maltrataba".[60]

Expresión de la radicalidad que asumió la resistencia española fue el traslado, en septiembre de 1808, de la Junta Central, de Sevilla a Cádiz. Sevilla era el centro de la oligarquía terrateniente andaluza. En Cádiz, en cambio, la Junta Central funcionaría como un verdadero organismo de representación popular.[61]

Para la revolución de independencia en Hispanoamérica, la Junta de Cádiz tuvo una significación enorme. Cuando muchos criollos no atinaban a tomar una decisión, surgían de aquella junta, que mal que mal gobernaba en nombre del Rey —y como si las paradojas no fuesen ya demasiadas—, los primeros decretos anticolonialistas. Un ejemplo lo constituye aquel decreto que ordenaba a los hispanoamericanos organizarse en juntas mientras el rey Fernando estuviese prisionero; decía: [...] el Rey nuestro Señor don Fernando, y en su real nombre, la Junta Central Gubernativa del Reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española".[62] Éstas eran precisamente las palabras que querían escuchar los pocos revolucionarios hispanoamericanos: que no eran colonias. Incluso hasta los círculos más conservadores de las Indias deben haberse sentido complacidos, pues al fin eran considerados verdaderos españoles, como siempre habían querido serlo. De este modo se producía uno de esos momentos excepcionales en los que es posible la unión de las posiciones más radicales con las más tradicionales. Por supuesto, los revolucionarios no desperdiciarían tan preciosa

[60] Karl Marx y F. Engels, *Werke*, vol. 10, pp. 444-445.
[61] Véase Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana*, tomo 1, Buenos Aires, 1973, p. 124.
[62] M. L. Amunátegui, *La crónica de 1810*, tomo 1, Santiago de Chile, 1961, p. 327.



ocasión. Inmediatamente se dieron a la tarea de formar juntas en nombre del Rey. Aquellos pocos que todavía admiraban la revolución francesa tuvieron que olvidarla rápidamente y gritar más fuerte que cualquier monárquico los vivas y loas al rey Fernando.

Sin embargo, no hay ninguna prueba seria que induzca a creer que a la hora de la formación de las juntas la mayoría de los criollos creyera estar defendiendo verdaderamente los intereses de la monarquía. Cuando ponían la efigie de Fernando en sus sombreros, no lo hacían como un simple cálculo táctico.[63] La mayoría de los criollos parecían en verdad estar comunicados por el mismo sentimiento de pesar frente a la prisión de Fernando, pero también podemos creer que su nombre podía tener diferentes significados. Así, cuando algunos gritaban ¡viva el Rey!, querían decir exactamente eso. Pero quizás otros querían decir ¡viva la Junta que lo representa!; y otros aun ¡viva el pueblo, representado por la Junta! Cada "partido" veía en el retrato del Rey un rostro distinto, menos el verdadero. El Rey era, sin saberlo, el caudillo de un movimiento que no conducía y que nunca podría conducir. Más todavía: el Rey sólo podía ostentar ese privilegio en tanto estuviese prisionero. El símbolo del movimiento era un trono vacío, y para que éste continuara siendo un símbolo, nadie debía sentarse ahí.

Pero no siempre los juntistas americanos se sentían representados por la Junta de Cádiz. Para los más conservadores, era demasiado radical. Para los más radicales, era todavía un fuerte vínculo que ataba a las colonias con la Madre Patria. No obstante, la idea de separarse de España iba ganando poco a poco aceptación entre muchos conservadores. ¿No ejercían ya el poder político que tanto habían deseado en el pasado? Por fin podían representar sus propios intereses. Por lo demás, la Junta Central estaba demasiado lejos. Sus resoluciones eran producto de febriles debates determinados a su vez por la resistencia a los franceses, y no siempre tenían relación con la vida cotidiana de las colonias, que seguía siendo normal. Además, debido a la distancia, las resoluciones llegaban a América cuando en España habían sido ya remplazadas por otras. Frente a tal situación, los acaudalados patricios se sentaron en los sillones de mando y desde ahí comenzaron a gobernar por su cuenta, y no hay indicios que muestren que no lo hicieran con placer. No puede ser casualidad el hecho de que en todas partes hubiera acuerdo para decretar lo más rápido posible la libertad de comercio. En este punto existía una complicidad nada oculta entre radi-

[63] *Ibidem.*

cales y conservadores. Para los últimos era ésta una posibilidad para la realización de sus negocios; para los primeros significaba la ruptura material con España. El conflicto generacional parecía diluirse frente a la seducción del poder que experimentaban esos dos grupos, aparentemente antagónicos, pero miembros, al fin, de una misma clase.

Ahora bien, a dichos grupos se les plantearía un problema casi existencial: ¿a quiénes obedecer? ¿A las autoridades peninsulares establecidas en las colonias? Jamás; eso estaba descartado. ¿A la Junta de Cádiz? ¿Existía para los criollos la Junta de Cádiz fuera de los reconocimientos formales? ¿Al rey Fernando? Eso estaba fuera de duda, pero . . . siempre y cuando siguiera prisionero. En este sentido, ningún historiador dispone de los mecanismos necesarios para conocer el verdadero subconsciente de los actores del proceso. Pero casi podemos adivinar que ya había criollos deseosos de que Fernando VII nunca fuera liberado. Por mientras debían seguir demostrando, incluso ante sí mismos, que ellos, y sólo ellos, eran los auténticos garantes del orden monárquico.

Tradición y reforma, radicalismo y conservadurismo no eran necesariamente, en este periodo, términos antagónicos.[64] Pero al mismo tiempo, se quisiera a no, "lo que se postulaba en la forma como un producto de la tradición actuaba en el contenido como un fermento de la revolución".[65] Por de pronto ya se veía venir que, tarde o temprano, el enfrentamiento con España iba a ser inevitable, y para ello era necesario solicitar el concurso de aquella población indócil e inamistosa formada por indios, negros, mestizos y mulatos, a la que depender de España o de los criollos no parecía importarle demasiado; población que parecía odiar mucho más a los criollos que a los españoles, por haber sido los primeros sus explotadores inmediatos. ¿Cómo ganarlos para la causa de una independencia que no era la de ellos e impedir así que fueran los españoles quienes explotaran su descontento social canalizándolo militarmente en contra de los criollos? ¿Mediante concesiones? Sí había que ofrecerles algo, pero ¿cuánto? La solución para ese problema vino de Río de la Plata: la integración en un ejército.

En efecto, mediante la formación de milicias para, por supuesto, defender los intereses del amado Fernando frente al peligro representado por las potencias extranjeras, los criollos resolvían dos problemas de una vez: se preparaban con prevención para enfrentar a España y mantenían disciplina-

[64] Sergio Villalobos, *Tradición y reforma en 1810*, Santiago de Chile, 1961, p. 236.

[65] M. Kossok, *op. cit.*, p. 215.



damente controlada a una parte del "pueblo". Los recursos debían provenir, naturalmente, de los criollos acaudalados, más lo que se pudiera conseguir subrepticiamente en el extranjero, pues a España le sobraban enemigos en Europa. Los comandos fueron entregados a aquellos jóvenes radicales que abandonaron los libros para dedicarse a buscar honores y medallas. Incluso algunos jóvenes generales creían haber conquistado el verdadero poder. Que se equivocaban, sólo lo iban a saber después.

## LA SOLUCIÓN MILITAR DEL PLATA

Como es frecuente en la historia de Hispanomérica, la solución del Plata, surgida en condiciones muy específicas, no fue algo programado. Sus orígenes se encuentran antes del periodo juntista, en 1806, cuando una expedición británica entró en el río de la Plata y ocupó Buenos Aires. Ahí se produjo una situación tan asombrosa como la producida en España a la hora de la invasión napoleónica. Los funcionarios españoles huyeron pronto, seguidos de sus muy mal pertrechadas tropas. A su vez, los criollos acaudalados, los que no se dieron igualmente a la fuga, se dispusieron de inmediato a colaborar con las tropas ocupantes. En cambio, los sectores más radicales del grupo criollo, apoyados en algunos sectores populares, manifestaron de inmediato su disposición para defender Buenos Aires. Sobre esa base fue improvisado un ejército que hubo de ser reconocido por los peninsulares como la única alternativa militar posible frente a los ingleses. El mando de las tropas le fue conferido a Santiago Liniers, oficial francés al servicio de España, quien al frente del recién constituido ejército derrotó el 12 de agosto de 1806 a las tropas inglesas. En premio a sus servicios, Liniers fue nombrado gobernador de Buenos Aires, apoyado fundamentalmente por los criollos.

El 3 de febrero de 1807, los ingleses realizaron un contraataque y ocuparon Montevideo. Los criollos del Plata concluyeron, con razón, que la causa de ese hecho residía en la pésima defensa de la ciudad organizada por el gobernador Sobremonte, que incluso fue acusado de colaborar con los ingleses. Los criollos se declararon abiertamente en estado de rebelión. Sobremonte fue hecho prisionero y en su lugar fue nombrado el mismo Liniers. Por primera vez un representante legal de la Corona era destituido por los criollos. La prisión de Sobremonte es pues un hecho histórico de gran importancia.

El nuevo ejército del Plata se había constituido en una alternativa de poder, y ello había ocurrido porque en la práctica había demostrado ser el único garante posible de los derechos de la monarquía frente a la amenaza de una invasión extranjera. Muchos de los jefes militares así lo sentían y, al igual que en las demás colonias, sólo a muy pocos se les ocurría ver en el ejército una fuente de emancipación anticolonial. Pero era imposible que después de la constitución del nuevo ejército no fuera creciendo en su interior el germen de una conciencia que, si bien no podemos caracterizar como nacional, era por lo menos abiertamente localista o regionalista, lo que por lo demás estaba en consonancia con los ya desarrollados intereses económicos locales de la clase dominante criolla, quizás la única y auténtica burguesía de la Hispanoamérica preindependentista.

Si el desarrollo de una conciencia localista no había cristalizado del todo, la propia reacción de los peninsulares se encargaría de apresurar ese proceso. Tal ocurrió con el levantamiento dirigido por Martín de Alzaga el 1 de enero de 1809. Alzaga, miembro del Cabildo y acaudalado comerciante, era uno de los pocos españoles que gozaban de respeto en la ciudad. Todos los habitantes porteños recordaban su heroica actuación durante la invasión cuando se puso a la cabeza de milicias urbanas después de que las defensas organizadas por Liniers habían sido traspasadas por las tropas inglesas al mando del general Whitelocke (febrero de 1807). Alzaga era un monárquico fanático que, previendo antes aun que algunos criollos patriotas los desenlaces que se avecinaban, estableció contacto con el ultrarrealista virrey de Montevideo, Javier Elío, que había nombrado en su ciudad una junta formada sólo por peninsulares. Montevideo era así un bastión realista frente al poder criollo que representaba Liniers en Buenos Aires. Con el apoyo de las autoridades vecinas, Alzaga estaba embarcado en muchas actividades conspirativas en contra de Liniers, a quien consideraba un advenedizo. El comerciante Alzaga contaba además con el apoyo de los peninsulares más pudientes de Buenos Aires. Como anota Lynch: "El movimiento conspirativo de Buenos Aires fue una reacción española a la nueva distribución de poderes en el Río de la Plata, un intento de los propietarios peninsulares de restaurar el antiguo orden y procurarse un poder exclusivo." [66]

Desde una perspectiva estratégica, ni Elío ni Alzaga fueron demasiado hábiles, pues establecieron en la práctica algo que los propios criollos antimonárquicos aún no se atrevían a establecer, es decir, la demarcación de dos bandos: en favor

[66] J. Lynch, *op. cit.*, p. 54.



o en contra de España. De tal modo, cuando fracasó el intento golpista de Alzaga, los criollos, en su gran mayoría, se congregaron en torno de Liniers y, por supuesto, de ese verdadero aparato ejecutivo que ya era el ejército.

El ejército fue, en primera línea, el punto de encuentro de las clases acomodadas criollas con las élites intelectuales de la región. Como bien observa Lynch, lo uno no excluía lo otro.[67] Pero debemos agregar que tampoco eran exactamente lo mismo. Objetivamente, el ejército representaba los intereses de la oligarquía criolla local, pero en su interior germinaban grupos, organizados de manera conspirativa, cuyas ambiciones sobrepasaban sus simples intereses localistas y aspiraban a una ruptura radical con la península. Allí tomaban parte jóvenes oficiales que muy pronto iban a desempeñar papeles decisivos, como Cornelio Saavedra, Juan Martín de Pueyrredón, Martín Rodríguez, etc. Por otra parte el ejército no era en ese momento puramente aristocrático; allí también habían encontrado cabida jóvenes provenientes de los estratos más bajos del grupo criollo y de las recién formadas clases medias, como Belgrano, Castelli (hijos de italianos), Moreno y Vieytes, Larrea y Matheu. A algunos de estos grupos el ejército les parecía el lugar más adecuado para "hacer carrera" y escalar posiciones sociales. Por último, la tropa tenía que ser obligatoriamente reclutada entre los sectores más pobres de la sociedad, los que también encontraban allí un medio de sustento. No sin desconfianza por parte de los grupos gobernantes, hasta los negros no libertos habían recibido en 1807 armas "y su valor y lealtad hacia sus amos había sido de grandes elogios".[68] Interesante es destacar que los oficiales provenientes de los grupos sociales intermedios desempeñaban dentro del ejército un doble papel. Por un lado eran los mentores ideológicos del nuevo poder; por otro, no resistían la tentación de aprovechar la compartimentación militar para convertirse en líderes informales de masas organizadas militarmente y discutir así sus intereses no sólo contra España sino también en el interior de la propia clase criolla colonial.

En síntesis, el ejército era un factor de integración social más que curioso. Allí coexistían, mejor articuladas que en la sociedad civil, diversas clases de la región, y lo más importante: sobre la base de consensos que, aunque se definían en la práctica, poseían una consistencia mucho más sólida que los que se daban en la "realidad exterior". Sin duda tiene razón Halperín-Donghi cuando afirma que "Durante los cinco

[67] *Ibid.*, p. 56.

[68] Tulio Halperín-Donghi, "Militarización revolucionaria en Buenos Aires", en T. Halperín-Donghi, *op. cit.*, p. 144.

primeros años de la revolución, el ejército estuvo a punto de convertirse en el primer estamento de la nueva nación." [69]

Para delimitar mejor el sentido exacto y el carácter que tuvo el ejército del Plata debemos distinguir tres fases en su desarrollo. La primera ya ha sido descrita: durante cuatro años el ejército fue un factor de seguridad frente a la posibilidad de invasiones foráneas. La segunda fase cristalizaría después de 1810, especialmente durante la Junta de Mayo, cuando el ejército se convirtió en un instrumento de ruptura respecto a la dominación española gracias a la actividad de agitación que ahí desplegaban los seguidores de Mariano Moreno, quien como miembro de la Junta de Mayo pretendía vincular el proceso de independencia con el levantamiento de la plebe urbana, incluyendo la que formaba parte del ejército.

Paradójicamente, Moreno había alcanzado figuración política gracias al apoyo que le había prestado la oligarquía porteña, pues en 1809 había postulado frente al virrey Baltazar de Cisneros, y con más insistencia que nadie, la necesidad de instaurar una verdadera libertad de comercio. Pero ésta no había sido una postura meramente táctica. La fe en la libertad de comercio era casi religiosa en adalides como Moreno. Por ejemplo, escribía: "A la libertad de exportar sucederá un giro rápido que, poniendo en movimiento los frutos estancados, hará entrar en valor los nuevos productos, y aumentándose los valores por las ventajosas ganancias que la concurrencia de extractores debe proporcionar, florecerá la agricultura y resaltará la circulación consiguiente a la riqueza del gremio que sostiene el giro principal y privativo de la provincia." [70] Sin embargo, en Buenos Aires, la alianza entre los poderosos y los radicales sociales comenzaba y terminaba en la consigna relativa a la libertad de comercio. Los primeros habían sido extraordinariamente hábiles al utilizar a los segundos y Moreno, como muchos otros, creyó que hacia 1810 había comenzado una auténtica revolución social apoyada por toda la clase criolla. Pronto caería en cuenta de su garrafal error. La clase dominante porteña sabía mucho de negocios, pero nada quería saber de reformas sociales.

En consecuencia, la tercera fase dentro del ejército puede caracterizarse como un movimiento de reacción en contra del radicalismo morenista. Así, el ejército, sin abandonar sus funciones originales, pasó a ser además un medio de represión social. El conflicto entre las diversas tendencias en juego se

[69] *Ibid.*, p. 123.

[70] Mariano Moreno, "Representación de los hacendados", en J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 76.



inició con el fracasado intento de Moreno por destituir al jefe supremo Cornelio Saavedra, que representaba los intereses de la oligarquía de la región. Saavedra logró movilizar al ejército en contra de la propia junta obligándola a incorporar en ella a los sectores antimorenistas, que eran en su mayoría representantes de los pueblos y ciudades del virreinato. Después de tal éxito tuvo lugar un proceso de depuración en el ejército realizado bajo el pretexto de profesionalizar a las fuerzas armadas. De este modo, el grupo oligárquico ganó para sí la conducción de la guerra contra España al precio de aplastar cualquier intento de rebelión social. Hacia 1815 ese ejército era muy distinto al originario, "y el nuevo sistema buscó sin vacilaciones su apoyo político entre los grupos adinerados de la sociedad".[71] La región del Plata contaría así con un instrumento nada despreciable para conquistar su autonomía local, pero también con un medio de represión aún más eficaz.

La neutralización de las "clases peligrosas" que tuvo lugar en el Plata no iba a ocurrir tan fácilmente en otras regiones de América, donde por cierto había masas dispuestas a luchar no por ideales abstractos sino por sus propios intereses, por lo demás muy concretos y materiales.

## EL GRITO MEXICANO

En México, a la hora de las reformas borbónicas, se daban condiciones similares a las que hemos observado en otras regiones americanas, sólo que en magnitudes ampliadas. Por de pronto, el conflicto clásico entre peninsulares y criollos encontraba su base no sólo en querellas como la de los puestos públicos, sino en la propia estructura económica de la región, modificada radicalmente a partir de 1800 debido a la hegemonía alcanzada por el sector minero sobre el agroexportador. "Entre 1740 se triplicó la cantidad de oro y plata extraídos. El crecimiento mayor se registró en los últimos treinta años del siglo cuando la producción anual de plata pasó de 12 a 18 millones de pesos." [72] Guanajuato, por ejemplo, llegó a ser el principal productor de plata del mundo entero, con una producción anual de más de cinco millones de pesos, que

[71] T. Halperín-Donghi, *op. cit.*, pp. 156-157.

[72] Luis Villoro, "La revolución de la independencia", en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1977, p. 305.

suponía un monto equivalente a la sexta parte de toda la plata de América.[73]

De este modo se fue formando, sobre todo en el norte, una clase de mineros riquísimos que, por supuesto, pugnaba por sustraerse a la tutela burocrática de los peninsulares. Lo mismo se puede decir del sector comercial que predominaba en el México central "gracias a la hegemonía de Veracruz".[74] Cierto es que hacer un corte abrupto entre el sector minero y el comercial es tarea difícil, considerando que muchos de los grandes propietarios de minas habían sido originariamente comerciantes que habían decidido cambiar de rumbo debido a las dificultades que les ocasionaba el monopolio comercial español.[75] Toda la estructura económica descrita reposaba en la agricultura, y ésta en el sistema de tenencia de la tierra que tenía como base a la hacienda, que era a su vez la principal fuente de explotación de la fuerza de trabajo del país. El sistema de propiedad vigente determinaba asimismo el carácter predominantemente agrario que desde antes de la independencia han asumido las rebeliones sociales en México. Hacia 1810, por ejemplo, los ranchos y comunidades indígenas coexistían "con una economía de baja productividad y reducida prácticamente al consumo... [y] con unas cinco mil haciendas grandes que producían para un mercado nacional, o al menos regional".[76]

El proceso de expropiación por los grandes propietarios agrícolas iba en constante aumento y a comienzos del siglo XIX había alcanzado un grado intolerable para los campesinos pobres. Así, en 1810 se podían contar cinco mil haciendas que coexistían con 55 mil propiedades agrícolas muy pequeñas.[77] Importante es mencionar que el latifundista principal era la Iglesia, lo que explica la solidaridad de las altas jerarquías con el bloque económico dominante, así como las numerosas disidencias de miembros del bajo clero que apenas participaban de las enormes riquezas de la institución. A pesar de las conexiones existentes entre la agricultura, el comercio y la minería, había también bastantes conflictos en el interior del bloque dominante. Por de pronto, la hacienda era el bastión de la llamada aristocracia, que por cierto no era tímida para invertir en minería, pero también debemos decir que

[73] J. Lynch, *op. cit.*, p. 330.
[74] T. Halperín-Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1975, p. 21.
[75] L. Villoro, *op. cit.*, p. 306.
[76] *Ibid*, p. 308.
[77] Moisei-Samoilovik Al'Pirovic, "Hidalgo und der Volksaufstand in Lateinamerika und Mexico", en *Lateinamerika zwischen Emanzipationund Imperialismus 1810-1960*, Ost Berlin, 1961, p. 37.



había muchos mineros y comerciantes que no provenían del sector agrario. Para los terratenientes, tales grupos no eran más que advenedizos, sobre todo si eran peninsulares. Por lo demás, el acceso que estos últimos tenían hacia las funciones públicas se prestaba para divulgar la creencia de que las utilizaban para aumentar sus riquezas.

A pesar de lo marcados que eran los conflictos entre peninsulares y criollos, muy poca cosa constituían comparados con el enorme abismo que separaba a ambos grupos respecto a las clases pobres del país. Quizá la mexicana era la sociedad más polarizada del continente. Una sociedad que, como decía el abad de Queipo, se dividía entre "los que tienen todo y los que no tienen nada".

## *Movimientos rebeldes precursores*

De acuerdo con las condiciones descritas, no puede extrañar que la sociedad mexicana haya estado sometida a tensiones mayores que las que prevalecían en otras regiones hispanoamericanas. Si echamos un vistazo a las diferentes rebeliones ocurridas antes de la independencia, ello resulta evidente. Ya en 1616 nos encontramos con la de los tepehuanes de Durango, cuyos caudillos tuvieron el mismo sentido mesiánico que los del Perú y del Alto Perú.[78] También en la Tarahumara, en Chihuahua, estallaron sucesivas rebeliones en 1648, 1650 y 1652. En Oaxaca hubo una de gran magnitud en 1660. En Nuevo México, entre 1680 y 1696, los indios se encontraban en abierto estado de insurgencia. Lo mismo ocurrió con los indios de Chiapas entre 1695 y 1712; los yaquis de Sonora, en 1740; los indios de California en 1743; los de Yucatán en 1761, y los de Michoacán en 1767. También en las ciudades hubo significativas rebeliones, como las de México en 1624 y 1692, que alcanzaron altos grados de violencia, y la de Tlaxcala en 1692. En 1537 y 1609 hubo además rebeliones de esclavos negros.

Paralelamente a las rebeliones indígenas, surgieron, desde fines del siglo XVII, motines y conspiraciones criollos, algunos incluso evidenciando el propósito de movilizar a los indios. Así, en 1794 fue detectada la conspiración de Juan Guerrero, español llegado de Filipinas que pretendía sublevar a los indios y apoderarse de Veracruz. El mismo año fue descubierta otra rebelión encabezada por un médico francés que pretendía realizar los ideales de la revolución francesa en suelo me-

[78] Véase Luis González Obregón, *Rebeliones indígenas de los siglos xvi-xvii y xviii*, México, 1952, p. 374.

xicano. En 1799 tuvo lugar la "rebelión de los machetes" encabezada por el comerciante Pedro de Portilla, quien logró sublevar a algunos criollos y cuyos objetivos eran derribar al virrey, tomar el poder, liquidar a los españoles e iniciar una guerra de liberación en contra de España.

Por si fuera poco, también dentro del bajo clero se vivía un clima de permanente inquietud. En el siglo XVIII hubo muchos procesos a clérigos y religiosos por hacer propaganda liberal y divulgar ideas contrarias al régimen. Precursor de los famosos curas Hidalgo y Morelos fue el fraile peruano que vivía en México Melchor de Talamantes, procesado por la Inquisición a causa de sus ideas "heréticas" y que murió en la cárcel de Veracruz.[79] Incluso el obispo de Michoacán, Antonio de San Miguel, lanzó una proclama en contra de los tributos personales y del monopolio español de los cargos públicos, y en favor de una distribución más equitativa de la tierra.[80]

Cuando llegaron a México las noticias de los acontecimientos ocurridos en España en 1808, se hizo manifiesto el estado de rebelión latente que se vivía. Por ejemplo, en la ciudad de Valladolid, un grupo de criollos, apoyados por algunos oficiales liberales, pretendieron tomar la guarnición dirigiendo al pueblo proclamas en las que prometían la abolición de los impuestos individuales.

Vientos revolucionarios soplaban en México. El cura don Miguel Hidalgo y Costilla iba a ser sólo el eslabón terminal de una larga cadena. Probablemente no hubiese pasado de ser un agitador entre muchos si sus proclamas no hubieran sido lanzadas en un medio preparado por una situación altamente explosiva.

## *La insurrección del cura Hidalgo*

Estamos casi seguros de que cuando el muy lúcido y culto cura don Miguel Hidalgo y Costilla (en 1808) se puso en contacto con el capitán Ignacio Allende, nunca pensó en las magnitudes sociales del movimiento que iba a desatar. Si lo hubiera sabido, quizás habría preferido seguir criando abejas o continuar sumido en lecturas en su casa, a la que llamaban "la pequeña Francia", dada la reconocida admiración del cura por las ideas de la Ilustración. Gran mérito de Hidalgo fue el

[79] Leandro Tormo y Pilar Gonzalbo Aizburru, *Historia de la Iglesia en América Latina*, tomo 2, Buenos Aires, sin fecha, p. 52.
[80] Alexander Humboldt, *Ensayos políticos sobre el reino de la Nueva España*, 1799, pp. 99-103 [ed. Porrúa].



hecho de que no rehuyó la responsabilidad que le cabía cuando la rebelión estalló. Por lo contrario, se puso a la cabeza, sin más armas que su buena voluntad, a más de que de estrategias militares no tenía la menor idea.[81]

En un comienzo, la vinculación del cura Hidalgo con algunos oficiales como Ignacio Allende (hijo de un rico comerciante español), Juan Aldama y Miguel Domínguez no parecía ir más allá de los límites de cualquier confabulación criolla.

Tres iban a ser los factores fundamentales que desatarían el vendaval revolucionario. Primero, el potencial explosivo de la región. El Bajío era, en efecto, "un complejo agrícola y minero relativamente próspero, autosuficiente; poseía una estructura social más flexible que en otras partes, una gran proporción de indios y un gran porcentaje de negros libres y mulatos".[82] La existencia de una gran cantidad de indios vagabundos y sin tierra desempeñaría un papel decisivo en esta región, como en otras regiones del continente. Tales indios "sin Dios ni Patria ni Ley" constituían, en efecto, el contingente apropiado para formar bandas guerrilleras.

Un segundo factor era el momento político internacional. Como está visto, la prisión del "muy amado Fernando" hizo ver a muchos criollos la posibilidad de acceder directamente al poder y, en consecuencia, se manifestaron dispuestos a vincularse a cualquier movimiento que cuestionara el orden político existente, e incluso a canalizar las demandas de las masas indias —paradójicamente, dirigidas en su mayor parte contra ellos mismos— hacia los peninsulares. De este modo, las rebeliones indígenas, hasta ese momento aisladas, pudieron alcanzar, después de la prisión de Fernando VII y mediante la canalización criolla, una proyección política o de cuestionamiento de poder que antes no tenían.

El tercer factor fue sin duda la propia persona de Hidalgo. Por de pronto, antes de que fuera sorprendido en conspiraciones, se había perfilado como un líder natural, papel que no era extraño a muchos curas de pueblo. Ser sacerdote era también ser la figura central de una aldea o pueblo, más central mientras más alejado se estuviese de las ciudades. Si a esto agregamos la cultura personal de Hidalgo en un tiempo en que el saber principal seguía siendo de índole religioso, más su acceso a las fuentes del conocimiento racionalista y el haber sido nada menos que rector del Colegio de San Nicolás, en Valladolid, antes de ser enviado a Dolores en cas-

[81] Acerca del tema, Hugh M. Hanill Jr., *The Hidalgo revolt. Prelude to Mexican independence*, Gainesville, 1966.
[82] J. Lynch, *op. cit.*, p. 342.

tigo por la profesión de sus ideas, no hay necesidad de tener mucha imaginación para adivinar que entre muchos criollos fue visto como una especie de guía intelectual. El hecho mismo de haber sido prácticamente desterrado debe haber favorecido sus convicciones antimonárquicas. Era pues, Hidalgo, un legítimo representante de la numerosa fracción rebelde del bajo clero. Quizás fueron todas esas razones las que determinaron que cuando fue descubierta su insignificante conspiración de Querétaro, se decidiera a jugar de una vez todas sus cartas, pronunciando, ante el asombro de sus camaradas y con increíble calma, las siguientes palabras: "Caballeros, somos perdidos: aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines." [83]

En Dolores, Hidalgo pronunció un discurso en el que, entre otras palabras, dijo: "Este movimiento que están viendo tiene por objeto quitar el mando a los europeos, porque, como ustedes sabrán, se han entregado a los franceses y quieren que corramos la misma suerte." [84]

Su discurso, del cual no hay ninguna versión exacta, se conoce como el "grito de Dolores" y es festejado en México como el primer llamado a la independencia del país.

Quizás el mismo Hidalgo se sorprendió por la disposición de aquellas muchedumbres de indios y campesinos descalzos y andrajosos para seguirlo hasta la muerte. Como si desde mucho tiempo atrás hubieran estado esperando su llamado, los indios comenzaron a llegar con sus familias desde los lugares más distantes. A ellos se iban sumando caravanas de negros, mulatos y mestizos y hasta algunos criollos empobrecidos: un curioso ejército cuyas armas principales eran flechas, lanzas, machetes y piedras. Así comenzó una larga marcha que enfiló hacia San Miguel, poblado principalmente por los trabajadores semiasalariados de los llamados obrajes. Desde allí el movimiento avanzó hacia Celaya para alcanzar finalmente Guanajuato, donde fue establecido un cuartel general.

Aunque Allende e Hidalgo lo hubieran querido, el que conducían no era un simple movimiento por la independencia del país. Era mucho más: una auténtica insurrección popular. Las multitudes obedecían a la consigna de "viva América, abajo el mal gobierno, mueran los gachupines" [85] y era muy poco lo que les importaba el rey o el gobierno. Lo que sí les

[83] Fernando Orozco Linares, *Grandes personajes de México*, México, Panorama, 1981, p. 126.

[84] Luis Castillo León, *Hidalgo, la vida del héroe*, vol. 2, México, 1948, p. 6.

[85] H. Hamill, *op. cit.*, 1966, p. 121; véase también, L. Castillo León, *op. cit.*, p. 6.



importaba eran sus propias reivindicaciones, y éstas eran antes que nada indigenistas y agrarias. El símbolo del movimiento fue, por cierto, la Virgen de Guadalupe, lo que parecía vincularlo con la tradición católica del país, aunque también es cierto que Guadalupe es la virgen de los pobres. Para las huestes de Hidalgo, promesas como la de autonomía nacional, expulsión de los peninsulares, establecimientos de juntas, etc., significaban muy poco comparadas con la ley de abolición de tributos a los indios promulgada por el cura al darse cuenta del exacto carácter del movimiento. Por lo mismo, de la pluma de Hidalgo saldría el segundo documento hispanoamericano que mandaba abolir la esclavitud: [86] un bando emitido el 1 de octubre de 1810. Un segundo bando fue emitido poco después desde Guadalajara precisando que no sólo serían abolidos el tráfico y el comercio de esclavos sino también las llamadas "adquisiciones".[87]

El asalto ejecutado por las tropas de Hidalgo a Guanajuato el 28 de septiembre de 1810 fue una confrontación entre las autoridades establecidas y el "pueblo". La violencia desatada contra los españoles no puede explicarse por el simple deseo de independencia nacional; sencillamente se trataba de odio social y racial. Vanos fueron los esfuerzos de Allende e Hidalgo por tratar de disciplinar a sus tropas, entregadas a una verdadera orgía de sangre. Los trescientos españoles ejecutados en la ciudad fueron también una señal de alerta para los criollos que originariamente habían apoyado el movimiento. Fue así como, al advertir el verdadero carácter que éste asumía, comenzaron a desertar. Muy pronto Hidalgo se encontraría conduciendo un ejército que odiaba a los "blancos" por sobre todas las cosas.[88] En esas condiciones resulta verdaderamente asombroso la rapidez con la que se acomodó Hidalgo a su papel de caudillo social. Más todavía, captando el esencial contenido agrarista de la insurrección, dictó en diciembre de 1810 las leyes que abolían el latifundio y distribuían las tierras entre los indios. Esta fue la ruptura final con la clase criolla.[89] Y esa ruptura significó al mismo tiempo

[86] El primero es un edicto de Túpac Amaru; véase el capítulo anterior. Jesús Silva Herzog, *De la historia de México, 1810-1938. Documentos fundamentales, ensayos y opiniones*, México, Siglo XXI, 1980, p. 13.

[87] Por adquisiciones se entendía la compra "legal" de fuerza de trabajo indígena.

[88] En efecto, para los criollos el movimiento no se revelaba como el preludio de la independencia, sino como una sangrienta *jackerie*. Véase H. M. Hamill, *op. cit.*, p. 171.

[89] Según Silva Herzog (*op. cit.*, p. 15), el bando dictado por Hidalgo el 5 de diciembre de 1810 es el primer documento agrarista de la historia de México.

el comienzo del fin del movimiento hidalguista. Incluso las relaciones entre Allende, un criollo al fin, e Hidalgo comenzaron a deteriorarse.

Particularmente decisiva en el aislamiento de Hidalgo respecto al sector criollo fue la actitud de la jerarquía eclesiástica. La Iglesia de México no ahorró términos para condenar a Hidalgo. Entre otras cosas fue calificado de "hereje formal, apóstata de nuestra sagrada religión, ateísta, materialista, deísta, libertino, sedicioso, cismático, judaizante, luterano, calvinista, reo de lesa Majestad divina y humana, blasfemo, enemigo implacable del cristianismo y del Estado, etc." [90] Curiosamente, el primero que lanzó tales anatemas fue el obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, que inicialmente había mostrado algunas simpatías hacia el movimiento.[91] El distanciamiento del obispo respecto a Hidalgo se hizo manifiesto el 24 de septiembre de 1810 cuando fue dado a conocer un edicto en el que calificaba a Hidalgo y a sus compañeros de "perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos y paganos".[92] El obispo tenía razones muy especiales para atacar tan duramente a Hidalgo. El movimiento había penetrado con increíble fuerza en el interior del bajo clero, que en el marco general de la rebelión social realizaba un levantamiento propio en contra de las altas jerarquías eclesiásticas. Prueba de la magnitud de tal levantamiento fue el hecho de que hacia 1815 habían sido ajusticiados en México nada menos que ¡125 sacerdotes! [93] La ira del obispo se explica más todavía si se toma en cuenta que Hidalgo, conociendo el apoyo con que contaba en el bajo clero, intentó perfilarse, y no sin éxito, como su representante. Por ejemplo, después de haber sido excomulgado hizo publicar una proclama en donde se leían las siguientes palabras: "Abrid los ojos americanos; no os dejéis seducir de vuestros enemigos. Ellos no son católicos sino por política. Su Dios es el dinero, y las conminaciones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis acaso que no puede ser verdaderamente católico el que no está sujeto al déspota español?" [94]

Probablemente Hidalgo seguía soñando con una república independiente, en la que por medio de la formación de un congreso se materializarían todos los ideales de Rousseau. En

[90] B. Lewin, *La inquisición en Hispanoamérica: judíos, protestantes y patriotas,* Buenos Aires, Paidós, 1966, p. 269.
[91] *Ibidem.*
[92] José Toribio Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México,* México, 1952, p. 352.
[93] L. Tormo y P. Gonzalbo, *op. cit.,* p. 53.
[94] Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de México,* México, 1953, p. 247.



los propios manifiestos políticos del cura estaba contenida su utopía. Por ejemplo, en uno emitido en diciembre de 1810, decía: "Establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que teniendo como objeto principal mantener nuestra religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo." [95] Pero detrás de esa utopía desfilaba una muchedumbre hambrienta y andrajosa; un verdadero movimiento mesiánico y herético a la vez; pero sobre todo popular. Un movimiento así sólo podía ser repudiado por los criollos, especialmente por los más aristocráticos, como el historiador Lucas Alamán que conoció personalmente a Hidalgo y no ahorró tinta para describir los luctuosos hechos de su campaña.[96] La principal tesis de Alamán afirmaba que el de Hidalgo no era un auténtico movimiento por la independencia. Y tenía razón. Pero —y eso naturalmente no lo podía captar Alamán— ahí precisamente residía su grandeza,[97] pues se trataba de una insurrección indígena, agraria y popular que en nombre de la independencia planteaba objetivos socialmente revolucionarios.

Las numerosas pero desorganizadas masas dirigidas por Allende e Hidalgo, una vez privadas del apoyo de los sectores criollos, no pudieron resistir a las tropas profesionales enviadas por el virrey y fueron prácticamente arrinconadas en el norte. Allende e Hidalgo fueron capturados el 21 de marzo de 1811, y poco después ejecutados.

Sin embargo la revolución no estaba derrotada. En el sur había aparecido un nuevo caudillo, y al igual que Hidalgo era un cura rural: José María Morelos y Pavón.

### *La insurrección del cura Morelos*

Después de la muerte de Hidalgo, distintos jefes se disputaban la sucesión del mando, entre ellos Ignacio López Rayón, Manuel Félix Fernández (Guadalupe Victoria), Vicente Guerrero, los Matamoros, la familia Bravo, etc. La hegemonía de Morelos se impuso por la razón de la fuerza, esto es, debido

[95] Luis Chávez Orozco, *Historia de México 1808-1836,* México, 1947, p. 72; también J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...,* cit., p. 43.
[96] Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808 hasta la época presente,* vol. 2, México, 1849-1852, p. 214 [edición en 5 vols.].
[97] Como además apunta H. Hamill, las opiniones independentistas de Hidalgo eran bastante confusas (*op. cit.,* p. 192).

a la constitución de un nuevo ejército en el sur del país, zona donde el sacerdote tenía enorme ascendencia popular.

José María Morelos y Pavón había iniciado su carrera revolucionaria cuando, fascinado por la figura mesiánica de Hidalgo, emprendió una peregrinación en su búsqueda. En realidad, el cura Morelos quería ofrecer sus servicios como capellán de ejército, pero Hidalgo, demostrando muy buena visión, lo nombró organizador de la resistencia en el sur.[98] El cura Morelos parecía en verdad como hecho para las tareas encomendadas. Hijo de un modesto carpintero, y con una formación intelectual más bien tardía, no descollaba como Hidalgo en el terreno de las ideas. Pero, por otra parte, tenía un conocimiento mucho más real del pueblo y, además, un profundo sentido práctico, la virtud que más escaseaba en Hidalgo. En el curso de la lucha demostraría además dos nuevas dotes: el de organizador político y el de sagaz estratega militar.[99]

Morelos extrajo rápidamente las lecciones que había dejado la derrota de Hidalgo. En el nivel organizativo las tropas insurgentes no se habían caracterizado por su disciplina, de modo que el nuevo jefe dedicó enormes esfuerzos a tareas de reorganización. De acuerdo con sus experiencias en las "tierras calientes" del sur procedió a dividir el ejército en pequeñas unidades de combate, dando así preferencia a la guerra de movimiento más que a la de posiciones, lo que se acomodaba bastante bien a las tradiciones de lucha de los indios. Pero los problemas heredados de la campaña de Hidalgo no podían ser resueltos sólo organizativamente. La misma falta de disciplina de las tropas tenía su origen en la dispersión ideológica del movimiento, pues dentro de él habían dos corrientes que a primera vista se contradecían. Dicho de otro modo, no había armonía entre la composición social, indígena y agrarista de la rebelión, y sus objetivos ideológicos de tipo independentista.

La superposición de la corriente social había determinado la deserción en masa de los criollos, debilitándose así el conjunto del movimiento. Por supuesto que Morelos no era ingenuo y sabía que a las masas de indios pobres lo que menos interesaba era la independencia y que los criollos se aterraban frente a cualquier posibilidad de cambio social. Entonces, era necesario, por lo menos, intentar que ninguna de las dos corrientes desbordara a la otra y para ello había que fijar

[98] Wilbert H. Timmons, *Morelos of Mexico, soldier, statesman*, El Paso, Texas, 1963, p. 42.

[99] *Ibid.*, p. 102. Acerca del tema, véase además José Valero Silva, "Las ideas políticas de Morelos", en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, 1965, pp. 35-55.



claramente los objetivos políticos de la rebelión. Así, según Morelos, era necesario destruir "al gobierno tirano y sus satélites, poner coto a su avaricia mediante la destrucción de los medios que utilizan para hacer la guerra, y arrebatar a los ricos los fondos mediante los cuales apoyan al gobierno".[100]

En buenas cuentas, lo que intentaba realizar Morelos era introducir los objetivos sociales en el marco de la lucha por la independencia nacional. Por ejemplo, contradiciendo a su rival en la jefatura del movimiento, el antiguo secretario de Hidalgo, Ignacio López Rayón, Morelos eliminó en sus manifiestos el nombre de Fernando VII planteando abiertamente la guerra contra España.[101] El cura sabía bastante bien que a esas alturas ganar para su causa a la totalidad del bando criollo no era más que una ilusión, pero radicalizando los términos de la lucha esperaba por lo menos contar con el apoyo de sus fracciones más decididamente antiespañolas.[102] Incluso se mostraba dispuesto a realizar concesiones a los criollos, y para que éstos no tuvieran dudas dio clara expresión programática a sus planes.

En el Congreso de Chilpancingo, organizado por el propio Morelos en septiembre de 1812, planteaba como objetivo principal lograr la independencia política respecto a España, garantizando el respeto de las propiedades de los criollos. Sabiendo además que el único vínculo ideológico que podía unir a las diversas fracciones de la rebelión era el religioso, planteó enfáticamente el pleno respeto a las instituciones eclesiásticas. Otras interpelaciones dirigidas por Morelos a los criollos fueron la promesa relativa a la separación de los poderes públicos y la formación de un poder ejecutivo que sería ocupado exclusivamente por americanos. Pero en ese mismo documento, no por casualidad intitulado "Sentimientos de la Nación", planteaba también las reivindicaciones más sentidas de los más pobres de la sociedad, como por ejemplo la abolición definitiva de la esclavitud, el fin del sistema de castas y leyes "que moderaran la opulencia y acabaran con la pobreza".[103]

El 5 de octubre de 1813, sentando hechos precedentes, el Congreso abolía definitivamente la esclavitud y el 6 de noviembre emitía la primera Declaración de Independencia de México.

El proyecto de Morelos era el más lógico en ese momento. Para luchar contra los realistas, los criollos necesitaban el

[100] W. H. Timmons, *op. cit.*, p. 102.

[101] L. Villoro, *op. cit.*, p. 331.

[102] Véase por ejemplo J. M. Morelos, "Proclama de Tlacosautitlán", en J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., pp. 54-55.

[103] J. M. Morelos, "Plan Político", en *ibid.*, pp. 56-57.

apoyo de las masas indígenas y, a la inversa, para cumplir sus reivindicaciones, estas últimas necesitaban del apoyo de los criollos. Pero después de sus terribles experiencias con el movimiento de Hidalgo, los criollos ya no se atrevían más a mezclarse con masas que los odiaban. Por lo demás, Morelos mismo no estaba dispuesto a transar el contenido igualitario del movimiento. Por ejemplo, en su llamado "Plan de Devastación", dictado probablemente en 1815, estipulaba que los jefes de los ejércitos americanos "deben considerar como enemigos de la nación y adictos al partido de la tiranía a todos los ricos, nobles y empleados del primer orden, criollos y gachupines, porque todos éstos tienen autorizados servicios y pasiones en el sistema y legislación europea".[104]

La clase criolla era nacional en un sentido muy dudoso; era definitivamente antiigualitaria y, en ese sentido, ya había dado su veredicto: la condición para pronunciarse en contra de la dominación peninsular no era otra que la represión, incluso sangrienta, de las masas populares. Por lo demás, para cumplir esa condición no vacilaría en contraer alianzas con los propios peninsulares. Y cumplió puntillosamente. Morelos fue finalmente derrotado, hecho prisionero y, el 22 de diciembre de 1815, condenado como hereje —en el buen sentido del término, lo era— y fusilado. En los campos, al mando de guerrilleros como Vicente Guerrero y Guadalupe Victoria, sólo quedaban algunos destacamentos dispersos, que evocaban a sus redentores: los curas Hidalgo y Morelos.

### *La independencia de los aristócratas*

Después de las gestas de Hidalgo y Morelos, la clase criolla terminaría siendo más realista que la clase peninsular. La independencia de México, en esas condiciones, sería resultado de acontecimientos ocurridos en España, y no consecuencia de impulsos internos. El hecho determinante fue la revolución liberal del general Rafael Riego, que obligó a Fernando VII a restaurar la Constitución de 1812 y a reconvocar a las cortes, ante las cuales tendrían representación algunos mexicanos por estar todavía México bajo dominación española.

El año 1820 recreaba las condiciones de 1810, pero sólo para México. Aterrados frente a la posibilidad de otra revolución, los criollos llevaron al poder a Agustín de Iturbide, "católico, terrateniente y militar",[105] no para que condujera el

[104] J. Silva Herzog, *op. cit.*, p. 22.
[105] J. Lynch, *op. cit.*, p. 356.



proceso sino para que lo detuviera. El nuevo jefe fue muy bien escogido: había sido uno de los más despiadados verdugos de la rebelión popular. En febrero de 1821, y no sin antes haber asestado duros golpes a las guerrillas de Guerrero, Iturbide se decidió a publicar el Plan de Iguala, que es considerado el acta formal de la independencia de México, pero a juzgar por su contenido más parece el programa de una contrarrevolución, pues ahí estaban asegurados todos los privilegios de la jerarquía eclesiástica y de la oligarquía criolla. El propio Guerrero terminó aprobando el Plan, lo que en el fondo significaba la claudicación definitiva de la rebelión social en favor de una independencia forzada por las circunstancias. Culminando su trayectoria, Iturbide se adjudicaría, poco tiempo después, el pomposo título de Emperador de México y clausuraría el Congreso. En 1823 sería derrocado por una coalición republicana dividida a su vez en centristas, federalistas, conservadores y liberales.[106]

En octubre de 1824, como intentando reconciliarse con el pasado, los criollos eligieron presidente al antiguo seguidor de Hidalgo, el ya legendario Guadalupe Victoria. El título era puramente simbólico; fundamentalmente servía para que, bajo la sombra de una figura histórica, los conservadores y liberales negociaran sus cuentas pendientes. Pero ni un guerrillero en el poder podía borrar el pecado original de la sociedad mexicana, en muchos sentido el mismo de tantos otros países latinoamericanos cuyas independencias tampoco serían resultado de auténticas revoluciones sociales. Pero en el caso de México, la independencia había surgido en contra de la revolución. ¿Es una paradoja? Probablemente. Pero antes que nada es una tragedia.[107]

## LAS REVOLUCIONES LOCALES

Los levantamientos de Hidalgo y Morelos en México mostraban que cuando en el edificio colonial aparecieron las primeras grietas, emergían de inmediato un conjunto de movimientos sociales que no respondían necesariamente al propósito de construir naciones independientes, o lo que es igual: la sola posibilidad de independencia nacional abrió paso al avan-

[106] W. S. Robertson, *op. cit.*, p. 141.
[107] En el Congreso de México de 1823, la clase criolla dominante evidenció su mala conciencia al declarar que Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos y otros caudillos revolucionarios eran "beneméritos de la patria".

ce de movimientos interesados en resolver reivindicaciones sociales, no siempre articuladas con la cuestión nacional. Los acontecimientos iniciados en 1810 muestran el carácter extraordinariamente complejo de la sociedad colonial, la diversidad de intereses que estaban en juego y la imposibilidad de analizar el periodo como una simple confrontación entre "americanos" y españoles. Incluso la terminología es engañosa. En muchos lugares, detrás del término patria —o nación o, más todavía, América— se escondían simples intereses localistas o regionales. En efecto, la lucha por la independencia frente a España ofreció condiciones para que salieran a la superficie una gran cantidad de movimientos regionalistas que, en medio del caos momentáneo, comenzaron a plantearse la posibilidad de una autonomía, no tanto respecto a España como con relación a las submetrópolis económicas, como por ejemplo los virreinatos del Perú y del Plata.

### *La revolución regionalista de Artigas*

Quizás en ninguna otra zona de América se dio de un modo tan marcado el desfase entre independencia política y autonomía local que en el movimiento regional, agrario y popular encabezado por José Gervasio Artigas.

Para explicarnos el carácter y el sentido del movimiento artiguiano debemos partir del antagonismo tradicional existente entre dos ciudades: Buenos Aires y Montevideo, baluartes cada una de fuertes sectores económicos que se disputaban la hegemonía del Plata. Ya desde antes de la independencia, los criollos de Buenos Aires habían dado bastantes pruebas de querer subordinar a Montevideo. Por de pronto, el puerto vecino ocupaba un punto geográfico estratégico. En primer lugar, Montevideo tenía una posición dominante en la entrada del río de la Plata, desde donde podía ejercer mejor control que Buenos Aires sobre el tráfico fluvial. En segundo lugar, era muy importante como factor de equilibrio geopolítico ya que estaba situado al lado de las posesiones portuguesas de Brasil. Por último, era la cabeza visible de un inmenso *hinterland* ganadero y agrícola. A su vez, la clase comercial montevideana daba pruebas permanentes de no querer aceptar la hegemonía de Buenos Aires. Por esas razones la revolución de Buenos Aires no tenía por qué ser la de Montevideo.[108] Y cuando como consecuencia de los acontecimientos de 1808 surgieron en Buenos Aires demostrativas posiciones antirrealistas, los criollos de Montevideo tendieron a nuclearse en

[108] J. Lynch, *op. cit.*, p. 107.



torno del ultrarrealista virrey Elío. Era ésta una reacción natural, casi instintiva. Para los montevideanos lo que en primer lugar estaba en juego no era la independencia frente a España, sino la autonomía frente a Buenos Aires. Desde luego, en Montevideo se daban las mismas contradicciones entre peninsulares y criollos que en otros lugares del continente. En este sentido, su decisión de apoyar a Elío constituía un "mal menor". En la lógica montevideana el "mal mayor" sería siempre Buenos Aires. Sin embargo, también había criollos que no miraban con simpatía la política del mal menor, sobre todo si consideraban que la tendencia continental apuntaba a la independencia respecto a España. Para ellos era necesario levantar una política que fuese alternativa contra España y Buenos Aires al mismo tiempo; una política, en fin, que podríamos denominar como de "doble independencia". Si se tomaba en cuenta sólo la fuerza que representaba Montevideo, tal política era imposible de realizar. Pero, como hemos dicho, Montevideo era sobre todo la expresión urbana y comercial de un poderoso *hinterland* agroganadero. Fueron, principalmente, los intereses corporativos del interior del país los que buscaron afirmar una posición autonómica, equidistante de Buenos Aires y España a la vez.

El sector clave en la lucha por la autonomía regional era el de los estancieros. En efecto, la célula vital de la sociedad agraria del interior era la estancia, que puede ser caracterizada como un "señorío con una vida social y económica plenamente autárquica".[109] La estancia era un centro de poder autónomo, y no sólo en sentido figurado: "tenía defensas militares que remedaban al torreón medieval, a veces una capilla para servicios religiosos y siempre una hueste que el estanciero conducía a la guerra como un señor feudal".[110] De esta manera es explicable que en esas tierras sin Dios ni Ley los estancieros fueran, muchas veces, verdaderos caudillos y sus seguidores trabajadores libres asociados que podían rápidamente transformarse en aguerridos soldados si las exigencias lo requerían. Bandidaje social, latifundismo y cofradías guerreras no eran en esas pampas desoladas términos muy diferentes. La zona abundaba además en contingentes humanos que la terminología del lugar denominaba "hombres sueltos",[111] pues no pertenecían a ningún dueño, y que, acostum-

[109] Juan E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811*, Montevideo, 1952, p. 15.

[110] *Ibidem*.

[111] Lucía Sala de Touron, Nelson De la Torre, Julio C. Rodríguez, *Artigas y su revolución agraria, 1811-1820*, México, Siglo XXI, p. 54.

brados a luchar, se unieron gustosamente a los estancieros cuando éstos les ofrecieron un lugar en los recién formados ejércitos. Se trataba, en buenas cuentas, de una población marginal "integrada por jornaleros urbanos muchas veces sin trabajo permanente, peones de estancia y chacra, 'puesteros' destinados a cuidar las lindes de los campos, y la mayoría absoluta de ese sector heterogéneo conocido como 'agregados' ".[112] Por último, si sumamos el 40% de la población negra y el 20% de habitantes de la capital que eran esclavos,[113] podemos formarnos una idea de la potencialidad social de la región. Sin embargo, para que toda esa constelación social pudiera ser puesta en movimiento se requería que los estancieros levantaran una política que contuviese promesas reivindicativas, y que apareciera un jefe con características mesiánicas que pudiese transformar esa masa dispersa y heterogénea en una fuerza histórica. Los estancieros temían tanto la supremacía de Buenos Aires, que estaban incluso dispuestos a hacer algunas concesiones sociales. El jefe mesiánico no tardó en aparecer: Artigas.

José Gervasio Artigas (1764-1850) pertenecía a una familia de hacendados españoles. Debido a algunas actividades en contrabando de ganado, estuvo, en su juventud, fuera de la ley. Después, gracias a influencias externas, ingresó en el regimiento de blandengues, encargado precisamente de combatir el bandolerismo y el contrabando así como de custodiar los límites siempre amenazados por los portugueses. Debido a su talento militar pronto llegó Artigas a ser uno de los oficiales más prestigiosos del regimiento. Artigas ejercía, sobre todo, una particular ascendencia entre los "hombres sueltos", muchos de los cuales eran reclutados por él mismo para el ejército. Conocedor de la zona y de su gente, militar querido y temido, era Artigas la persona indicada para representar tanto a los estancieros como a los pobres del campo. Sus oficiales eran una especie de "samurais" de las pampas, gauchos fieros, juramentados entre sí y leales a toda prueba. Por si fuera poco, Artigas era un experto en cuestiones agrarias. Ya en 1800 había fundado, junto al comisionado Félix de Azara, la colonia de Batú, donde repartió entre los colonos chacras y estancias.[114] El título de juez de repartos lo había obtenido Artigas del gobernador Elío.[115] Es necesario, pues, imaginarse qué ascendencia debía poseer un militar que era

[112] *Ibid.*, p. 32.
[113] *Ibidem.*
[114] José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista*, Montevideo, 1964, p. 129.
[115] *Ibidem.*



a la vez caudillo popular y repartidor de tierras para entender por qué fue, como lo calificó un historiador, "el alma de la independencia oriental".[116]

Cuando se formó la Junta de Buenos Aires en 1810, Artigas dio muestras de poseer un fino instinto político al captar que lo más importante en ese momento era insertar el movimiento regionalista en el proyecto revolucionario porteño y no contradecirlo, como habían hecho los criollos de Montevideo.[117] Así rompió con la jefatura española del ejército de blandengues y se erigió en jefe máximo de las fuerzas del interior. El 26 de febrero de 1811, después de que los estancieros hicieran público un manifiesto conocido como el "Grito de Asencio", el ejército rural, al mando de Artigas y reforzado por tropas provenientes de Buenos Aires al mando del general Rondeau, derrotaba a los españoles en la batalla de las Piedras (mayo de 1811). Después se inició el sitio de Montevideo.

Las operaciones militares de Artigas se vieron sin embargo bloqueadas por dos factores inesperados. El primero fue que el virrey Elío no vaciló en llamar en su auxilio nada menos que a las tropas portuguesas. El segundo, que los criollos de Buenos Aires, aterrorizados frente a la arremetida portuguesa, firmaron un armisticio nada menos que con Elío y sin consultar a Artigas (20 de octubre de 1811). Aparte de que el orgulloso Artigas no aceptaba el papel de objeto posible de transar en cualquier momento, también comprendió que la independencia de la Banda Oriental no era posible realizarla junto a los políticos de Buenos Aires, aunque tampoco en su contra. Era pues necesario actuar como una fuerza independiente. Ésta, y no otra, fue la lógica política que determinó su retirada hacia el interior, a través del río Uruguay y en dirección a Entre Ríos, conocida en la leyenda como el "Éxodo del Pueblo Oriental",[118] que fue también una experiencia "si no de soberanía popular, sí al menos de soberanía provincial, un anuncio de que en realidad la Banda Oriental prefería la secesión a la subordinación y que no serviría ni a España ni a Buenos Aires".[119] En efecto, "la retirada de Artigas del sitio de Montevideo señala una etapa decisiva en la ruptura

[116] John Street, *Artigas and the emancipation of Uruguays*, Cambridge, 1959, p. 146 [*Artigas y la emancipación del Uruguay*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1980].
[117] Según J. Street, "es probable que Artigas haya sido contactado por agentes de Buenos Aires antes de que él cambiara de posición" (*ibidem*).
[118] A. Fernández, *Éxodo del Pueblo Oriental*, Montevideo, 1930.
[119] J. Lynch, *op. cit.*, p. 111.

de relaciones políticas entre Buenos Aires y la Antigua Provincia Oriental".[120]

Aunque militarmente el éxodo era algo discutible, políticamente era parte de una estrategia destinada a reagrupar las fuerzas precisamente donde ellas eran fuertes, en el interior. Desde el éxodo, además, los representantes de Buenos Aires se vieron obligados a tratar a Artigas no ya como a un subordinado sino como a un poder autónomo.[121] Por lo menos quedó clara la compacta unidad popular que existía detrás de él.

El éxodo agudizó también los problemas en el interior del movimiento artiguiano. Los criollos de Montevideo, al comprobar que el de Artigas era, antes que nada, un movimiento rural, comenzaron a restarle apoyo. Igualmente, cuando los grandes estancieros comprobaron que Artigas extremaba su radicalismo social para incorporar a la guerra a la mayoría de las masas rurales, comenzaron a desertar.

Artigas, comprendiendo que para eliminarlo los criollos de Buenos Aires y aun los de Montevideo estaban dispuestos a pactar hasta con los españoles si fuera necesario, extremó aún más el carácter antiespañol de su política, con lo que se puso a la cabeza en la lucha contra España en momentos en los que todavía lo principal era expulsar a los ejércitos españoles de la región.

El consecuente ejemplo de Artigas le permitió ganar muchos partidarios en las provincias del interior y muy pronto pasó a convertirse en una suerte de jefe simbólico del "partido federalista" en contra del "partido centralista" con asiento en Buenos Aires. Pero fue sólo a partir de 1813 cuando Artigas definió lo que podría denominarse un programa político. Sus principios generales eran: "independencia absoluta, gobierno republicano, separación de poderes, respeto a las autonomías provinciales en camino hacia la constitución de un estado federativo, libertad civil y religiosa en 'toda su extensión imaginable', derecho de los pueblos a guardar armas y erradicación del despotismo militar".[122] En tal programa, el punto de ruptura definitivo con Buenos Aires se encontraba, naturalmente, en la concepción federativa. En este punto Artigas era intransigente. Así, por ejemplo, en las Instrucciones para los Diputados en la Asamblea de Buenos Aires (13 de

[120] Pablo Blanco Acevedo, *El federalismo de Artigas y la independencia nacional*, Montevideo, 1950, p. 65.

[121] J. Street, *op. cit.*, p. 146. Véase también "La Oración de Abril" de Artigas, en donde se afirma la idea de un patriotismo puramente oriental, en J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 12.

[122] L. Salas de Touron y otros, *op. cit.*, p. 61.



abril de 1813), después de exigir la independencia absoluta de las colonias (artículo 1), planteaba que "no admitirá otro sistema que el de la confederación para el pacto recíproco con las provincias que forman nuestro Estado".[123]

Debido a sus posiciones federativas Artigas ha sido por lo general presentado como el caso más opuesto al centralismo de tipo bolivariano. Aquí pensamos que tal tesis es fundamentalmente errónea. Como ya veremos, el centralismo de Bolívar no tiene nada que ver con el tipo de centralismo que postulaban las clases dominantes de Buenos Aires, cuyo objetivo fundamental era subordinar a los sectores rurales a la dominación mercantil del Plata. Se trataba, en buenas cuentas, de un centralismo social y no geográfico, y naturalmente Artigas, legítimo representante de las clases rurales, en especial de las más pobres, tenía que rechazar tales pretensiones. En otras palabras, el federalismo artiguiano se oponía radicalmente al federalismo disgregador de tipo oligárquico y caciquista que combatiría Bolívar. Prueba de ello son sus permanentes adhesiones al sistema republicano de gobierno. En sus ya mencionadas Instrucciones de 1813, por ejemplo, planteaba taxativamente que "la constitución garantizaría a las Provincias Unidas una forma de gobierno republicana".[124] En ese sentido sus posiciones se dirigían en "contra de los propósitos de dictaduras ya comenzadas y que tenían la apariencia de repetir los excesos de las corporaciones virreinales y de corte aristocrático".[125] En fin, Artigas era federalista, más no segregacionista.[126]

Con el objetivo de deshacerse de Artigas, los centralistas porteños no vacilaron, a través de Pueyrredón, en recurrir a la misma táctica que tanto habían repudiado en el virrey Elío: la de solicitar la ayuda de los portugueses de Brasil. A partir de la ocupación de Montevideo por los portugueses en 1816, Artigas se vio obligado a arrinconarse en el interior e iniciar una guerra de guerrillas de carácter más bien defensivo. Artigas se encontró de pronto en medio de todos los fuegos: españoles, portugueses, oligarquía porteña y grandes estancieros; todos estaban coludidos tácitamente para destruir aquel "poder social" que personificaba Artigas, quien pese a comandar un simple ejército regional se vio, en esas condiciones, como el único auténtico representante de la idea nacional. En cambio, las oligarquías del Plata, dispuestas siempre a transar con españoles o portugueses o con quien fuera a fin

[123] J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 15.

[124] P. B. Acevedo, *op. cit.*, p. 25.

[125] *Ibidem.*

[126] Eduardo Acevedo, *José Artigas, su obra cívica, alegato histórico*, Montevideo, 1950, tomo 3, p. 399.

de preservar sus privilegios, dieron prueba de no ser, ni con mucho, una clase nacional. Es decir, su independencia de clase no pasaba necesariamente por la constitución de una nación.[127]

Después de la derrota de Artigas. Uruguay, pese a la heroica resistencia de sus habitantes, sólo surgiría como nación independiente en 1926, y a consecuencias de un tratado entre Brasil, Buenos Aires y Gran Bretaña. En ese tiempo ya casi nada quedaba de los grandes ideales de Artigas. El que fuera llamado Protector de los Pueblos Libres seguía viviendo, sólo que en Paraguay y como virtual prisionero de uno de los jefes locales más extraños producto de la desarticulación de la estructura colonial: el Doctor Francia.

## *El Paraguay del Doctor Francia*

Desaparecidos los límites que dividían la administración colonial, las clases locales más vigorosas se aprestaron a avalanzarse sobre sus vecinos más débiles. La pujante burguesía del Plata atemorizó tanto a las clases agrarias del "interior", que para éstas era más importante defenderse de los codiciosos comerciantes del puerto que la independencia "nacional". Para hacerlo, se adhirieron a la causa del rey o hicieron concesiones a las masas de esclavos, indios y pobres agrarios en general. Fue así como en algunas ocasiones, en nombre de principios que parecían retrógrados a los patriotas esclarecidos, tuvieron lugar verdaderos levantamientos populares. Para las provincias del interior del Plata, por ejemplo la de Buenos Aires, no había sido una revolución de los criollos sino "de los porteños".[128]

Ahora bien, si en la revolución de los "orientales" el regionalismo había sido muy fuerte, mucho más tenía que serlo en el Paraguay dadas las condiciones de aislamiento, atraso económico y cultural de la región.

Debido a los peligros comunes que habían tenido que enfrentar, los estancieros del Paraguay se habían constituido como una clase extraordinariamente cerrada. Desde luego, los peninsulares establecidos en Asunción no eran menos burocráticos que los de otras colonias del continente. Por otra

[127] Para Artigas, los objetivos sociales se vinculan estrechamente con los agrarios, pues especificaba que "los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores américanos que hasta la fecha se hallen indultados por el jefe de la Provincia para poseer antiguas propiedades" (J. P. Barrán, B. Nahum, *op. cit.*, pp. 133-134.

[128] R. A. Humphrey, *Liberation in South America*, Londres, 1952, p. 149.



parte, Paraguay vivía permanentemente cercado por las tropas portuguesas. Y por último, el mayor de los peligros: la dependencia económica respecto a Buenos Aires.

La independencia de Paraguay no fue tanto activada por la prisión de Fernando VII cuanto por la revolución de mayo de 1810 en Buenos Aires. La junta presidida por Cornelio Saavedra, a fin de asegurar su poder, se apresuró a conectarse con las intendencias del interior con el objetivo de lograr su apoyo. La tarea, como ya hemos insinuado, distaba de ser fácil pues las intendencias tenían más contradicciones con la burguesía del Plata que con la administración española. Herida de muerte ésta, los ávidos comerciantes porteños quedaban con las manos libres para realizar aquella política expansiva que tanto temían las provincias. Por si fuera poco, el procedimiento para atraer al Paraguay hacia las intenciones independentistas de Buenos Aires fue extremadamente torpe, pues fue nombrado como comisionado el coronel José de Espínola, "el hombre más odiado del Paraguay" debido a las arbitrariedades que había cometido en la región cuando fue representante del gobernador Lázaro de Ribera.[129]

Fue ese mismo nombramiento el que ayudó a debilitar aún más las de por sí débiles posiciones de la fracción "porteñista" del Paraguay, dando más poderío a la "españolista". A la tercera fracción, la "patriota", que simpatizaba con las intenciones de la revolución de Buenos Aires, mas no con sus representantes, no le quedó más posibilidad que situarse a la expectativa, en espera de momentos más favorables. Fue en esos momentos, y atizado curiosamente por el gobernador español Bernardo de Velasco y Huidobro, cuando comenzó a desarrollarse, por primera vez, un patriotismo "paraguayo". Qué extraña situación: el patriotismo surgía en el Paraguay no en contra de España sino en contra de Buenos Aires y... ¡dirigido por los españoles! Estos últimos jugaban con fuego y no tardarían en quemarse, pues esa conciencia pronacional se volvería en contra de España.[130]

Error sobre error: en julio de 1810, la Junta del Plata envió una expedición al mando del general Belgrano para "liberar" a Paraguay. Si los platenses todavía no estaban seguros de que no eran queridos en las provincias, ésta fue la ocasión en que se convencieron. El general Belgrano seguramente dejó de entender el mundo cuando el 9 de enero de

[129] Julio César Chaves, *Historia de las relaciones entre Buenos Aires y el Paraguay, 1810-1813*, Buenos Aires, Nizza, 1959, p. 30.

[130] Günter Kahle, *Grundlage und Anfänge des paraguayischen Nationalbewustsein*, West Berlin, p. 235.

1811 en Paraguarí y el 9 de marzo de 1812 en Tacuarí fue derrotado totalmente, y no por los españoles sino por un verdadero movimiento popular acaudillado por los terratenientes de la zona. Lo impresionado que estaba Belgrano frente a tan extraño patriotismo antiporteño se deja ver en un informe a Cornelio Saavedra donde, entre otras cosas, se dice: "[. . .] así que han trabajado para venir a atacarme de un modo increíble, venciendo imposibles que sólo viéndolos puede creerse: pantanos formidables, el arrojo a nado, bosques inmensos e impenetrables, todo ha sido allanado; ¡qué mucho! si las mujeres, viejos, clérigos y cuantos se dicen hijos de Paraguay están entusiasmados por su patria".[131]

Belgrano resultó un general bastante inteligente y rápidamente comprendió que para obtener algo tenía que proceder más política que militarmente y, en consecuencia, hizo saber a los criollos paraguayos que estaba dispuesto a realizar concesiones. Así, sólo cuando se aseguraron de que los porteños postergaban sus ambiciones anexionistas, se decidieron los paraguayos a dar un color antiespañol a su patriotismo.

Como resultado de los compromisos acordados con Belgrano, el 17 de mayo de 1811 fue decretada la independencia del Paraguay respecto a España y a Buenos Aires. De inmediato se constituyó una junta provisoria de gobierno encabezada por dos estancieros: Fulgencio Yegros, que había combatido en Itapú, y Pedro Juan Caballero. También formaba parte de la junta el abogado, doctor en derecho, José Gaspar Rodríguez de Francia quien, en una región donde había muy pocos políticos, comenzaba a hacer su carrera como tal.

El Doctor Francia era lo bastante hábil como para darse cuenta de que todavía los principales resentimientos de los estancieros del interior estaban dirigidos en contra de Buenos Aires, y comenzó a perfilarse dentro de la junta como el más declarado enemigo de los porteños. Eso, sin embargo, no le impedía concertar compromisos, proponiendo por ejemplo una confederación con las otras provincias de "nuestra América", aunque remarcando que su propósito no era el de cambiar "las antiguas cadenas ni los antiguos amos por otros".[132] La posición de Francia fue rápidamente coronada por el éxito. El 12 de octubre de 1811, Buenos Aires reconocía la autonomía de Paraguay. Era evidente que los porteños querían primero resolver sus problemas con España y después arreglar cuentas con Paraguay. Pero se equivocarían rotundamente. El Doctor Francia aprovecharía muy bien ese tiempo para fortalecer sus posiciones. Contando con el apoyo unánime de los estancieros, logró perfilarse individualmente mientras los demás miembros de la junta se entretenían en dictar constituciones para una nación que todavía no existía. En el congreso de 1813, junto al inepto y analfabeto Yegros, Francia fue elegido "Cónsul" de la República del Paraguay, de acuerdo al modelo de ¡la antigua Roma! En 1814, el Doctor Francia preparó otro congreso que lo nombró "Dictador Supremo de la República". El 1 de junio de 1816 otro congreso le otorgó nada menos que el título de "Dictador Perpetuo". Después, naturalmente, no hubo más congresos.

[131] Efraín Cardoso, "Paraguay independiente", en *Historia de América y de los pueblos americanos*, dirigida por Antonio Ballesteros y Beretta, Barcelona, 1949, p. 9.
[132] G. Kahle, *op. cit.*, p. 249.



Un fracasado complot dirigido por Yegros en la Semana Santa de 1820 sirvió de pretexto al dictador para establecer el pleno ejercicio del terror. El 17 de julio de 1821, el infeliz Yegros fue fusilado. "Los fusilamientos continuaron durante los días siguientes siendo ajusticiadas casi un centenar de personas, lo más caracterizado de la sociedad paraguaya. No quedó ninguna cabeza saliente; desaparecieron las fortunas. Francia gobernó, desde ese momento, solo y sin rivales."[133] Convertido en una especie de patriarca del Paraguay, gobernó al país hasta su muerte, en 1840, a la edad de setenta y cuatro años.

Tanta era la seguridad de poder de Francia, que acostumbraba bromear diciendo "que los paraguayos tenían un hueso entre su cerviz porque él nunca vio ninguno que mantuviese su cabeza derecha",[134] agregando que si alguien la levantaba sus guardias se encargarían de cortársela.[135] En este sentido fue el primer dictador latinoamericano que sustentaría una tesis que haría escuela, a saber: que los pueblos del continente no eran aptos para la democracia.

Francia fue la personificación misma de un Estado totalitario y absoluto; controlaba todos los hilos del poder. Un refinado sistema policial le permitía deshacerse a tiempo de cualquier tipo de oposición. Pero no se crea que durante su gobierno todo funcionaba a través de la represión: bastantes indicios muestran cómo lo respetaba la población indígena. Y desde el punto de vista de la historia indígena, que no puede ser el de las clases criollas, lo anterior tiene cierta explicación. Francia, más que los esclarecidos republicanos de otras regiones, respetó no sólo gran parte de las costumbres, tradiciones y culturas de los indios, sino que además les garantizó ciertos derechos territoriales, razón suficiente para que los naturales

[133] E. Cardoso, *op. cit.*, p. 60.
[134] H. Gaylor Warren, *Paraguay, an informal history*, Oklahoma, 1949, p. 160.
[135] *Ibidem.*

lo vieran como una especie de figura patriarcal; una figura severa, pero también generosa. Igualmente, Francia se preocupó de dar a su dictadura una legitimación ideológica y, naturalmente, no encontró para ello mejor instrumento que la Iglesia, sobre la que ejerció una dominación absoluta, traspasando todos los derechos del rey a su persona y creando para el efecto un clero extremadamente dócil.[136]

El Paraguay del Doctor Francia se convirtió en un territorio aislado "del resto del mundo"; un territorio donde predominaba un sistema que políticamente puede ser definido como autocracia y económicamente como autarquía. El único vínculo que ataba al país con el exterior, el comercio de la yerba mate, pasó a ser un estricto asunto de Estado que funcionaba por medio de concesiones a comerciantes extranjeros (seguramente para impedir que se formara una clase mercantil local con pretensiones de poder político). Éste fue, en fin, el precio que tuvo que pagar Paraguay por su independencia.

### *Las guerrillas del Alto Perú*

Aunque podríamos coincidir con la afirmación de José Luis Romero en el sentido de que "las nacionalidades estrictas, que aún para algunos no eran sino un conjunto de regiones distintas, lograron imponer su voluntad de independencia y su designio de correr su propia aventura",[137] es necesario tener en cuenta que las nacionalidades latinoamericanas no siempre surgieron como consecuencia del desarrollo regional. La región era, antes que nada, una unidad socioeconómica. La nación, en cambio, es una unidad jurídico-política. Las propias demarcaciones terrritoriales coloniales no eran siempre coincidentes con las demarcaciones regionales, y de ahí su artificiosidad. De ahí también que tantas veces los criollos patriotas, que pensaban en términos de naciones y estados, se estrellaran contra las resistencias localistas cuando pretendieron imponer autoritariamente un tipo de independencia nacional que no había madurado regionalmente. Incluso cuando las regiones optaban por la emancipación respecto a España, la querían como algo propio, sin injerencia de poderes extrarregionales, por mucho que éstos dijeran representar la idea americanista. Los regionalista sabían muy bien que la independencia era también una posibilidad de que las oligarquías más poderosas —y sobre todo la más poderosa de todas, la

[136] G. Kahle, *op. cit.*, p. 249.
[137] J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades...*, cit., p. 77.



porteña— se sintieran liberadas para iniciar una recolonización del "interior" por cuenta propia, una especie de segunda conquista que subordinaría el campo a las grandes metrópolis, las provincias a las capitales, las regiones a los puertos y, por medio de estos últimos, al mercado mundial. En el Alto Perú ocurrió quizás uno de los mejores ejemplos de cómo, en nombre de la expulsión de los españoles, las oligarquías realizaban su propia expansión.

En el periodo inicial de la lucha de emancipación respecto a España habían surgido en el Alto Perú formas de lucha completamente adecuadas a las condiciones geográficas e históricas de la región. Las más notables fueron las guerrillas montoneras. La guerrilla correspondía a la tradición de resistencia indígena-campesina, por una parte, y a las relaciones de poder local vigentes durante la propia Colonia, por otra. Era común que obedecieran a un caudillo al que prestaban servicios. Como los caudillos no eran pocos, tampoco eran escasas las guerrillas. Cada guerrilla establecía su propio sistema de relaciones informales con los organismos de micropoder local (latifundistas, caciques indios, sacerdotes, etc.). Cuando un peligro común se hacía presente, los montoneros se agrupaban entre sí formando verdaderos ejércitos regulares, para luego, desaparecido el peligro, volver a separarse. Hacia 1810 "había seis principales focos de resistencia, cada uno al mando de un jefe guerrillero".[138]

Las guerrillas del Alto Perú estaban en condiciones de hostigar a los españoles impidiéndoles gobernar, pero no estaban todavía en condiciones de expulsarlos. Debido a esas circunstancias, las autoridades de Buenos Aires creyeron que bastaba enviar algunos regimientos al Alto Perú para que las guerrillas, así como la población, se plegaran a ellas. Cayeron así en el error más antiguo de los revolucionarios: confundir sus ideales abstractos con los intereses concretos de la mayoría de la población.

La primera expedición rioplatense se desplazó hacia el Alto Perú en octubre de 1810 y, luego de algunas escaramuzas con las tropas españolas, avanzó hasta Potosí. En este lugar, el comisionado Castelli estableció un régimen de terror fusilando a cantidad de españoles y a todos los que colaboraban con ellos, que no eran pocos. Al aplicar estas medidas pasó por alto a las autoridades que desde mucho tiempo atrás se habían asignado los propios patriotas altoperuanos. Fue así evidente lo negativo que resultaba hacer la revolución "desde fuera". Aclamados al comienzo como libertadores, los soldados rioplatenses no tardaron en ser vistos como invasores; y

[138] J. Lynch, *op. cit.*, p. 136.

es que en la práctica lo eran y, por si fuera poco, se comportaban como tales. Ya no estaban en Buenos Aires, donde habían luchado por la liberación de su propia región, sino en un territorio "extranjero" luchando por lo que luchan todos los ejércitos invasores: el botín; y si éste no podía ser obtenido a costa de los españoles, lo era a costa de los criollos. En estas condiciones, su moral de combate no podía ser muy alta y pronto comenzaron a ser fácilmente derrotados por los españoles, sobre todo cuando a estos últimos se sumaron aquellos criollos que no aceptaban la intromisión de Buenos Aires en su territorio.

Los ejércitos enviados desde Buenos Aires no habían cumplido su cometido. Independientemente de que los generales dictaran proclamas llamando a la revolución, el espectáculo cotidiano de la soldadesca borracha, saqueando las posesio- algunos contingentes montoneros optaron por servir al bando nes de los criollos, daba al traste con sus intenciones. Incluso peninsular; los grandes propietarios de minas también se sumaron a la causa realista. Los ejércitos del Plata no sólo no habían llevado la revolución; no sólo perdieron batallas decisivas, sino que además destruyeron las defensas naturales que habían erigido los altoperuanos en sus luchas contra los españoles. Al final sólo quedaban resistiendo algunos restos dispersos de las bandas montoneras.

En vista de las circunstancias descritas, la clase criolla altoperuana no optaría por la independencia sino cuando se dieran todas las condiciones que garantizaran su dominación. Mientras tanto apoyaban a los españoles en contra de la intromisión de Buenos Aires e incluso para que diezmaran a las resistencias montoneras a fin de que nadie en el futuro estuviese en condiciones de sublevar a los indios de las estancias.

### *El caso chileno*

Como hemos visto, la idea nacional surgía a veces como continuación de la idea regional. Otras veces la región aparecía como algo contrapuesto a la nación. Chile fue un caso especial: allí la idea nacional surgiría paralelamente con la de región. Debido al aislamiento geográfico de la "capitanía general" y a su dependencia nunca resuelta respecto al virreinato del Perú, la oligarquía chilena tenía un alto grado de homogeneidad política. "Fronda aristocrática" denominaría un autor a esa oligarquía, aludiendo a su densidad interna.[139]

[139] Alberto Edwards Vives, *La fronda aristocrática*, Santiago de Chile, Universitaria, 1945.



Ya antes de la independencia, esa oligarquía consideraba a Chile como una especie de nación particular, cuya base material hay que encontrar en una economía con ciertas tendencias autárquicas. Sin embargo, pese a considerarse nacional, la oligarquía era menos antihispanista que otras del continente. Su nacionalismo estaba desprovisto de una proyección auténticamente anticolonial, con excepción de la que tenían grupos aislados de intelectuales.

Cuando ocurrió la revolución de mayo en Buenos Aires, la administración española en Chile cometió el más garrafal de sus errores: ejercer la represión en sentido preventivo sobre algunos miembros de la clase criolla colonial pretextando supuestas ideas republicanas. De inmediato esta clase reaccionó como tal en contra del torpe gobernador García Carrasco. Fue en ese agitado ambiente donde se produjo, naturalmente en nombre de Fernando VII, la deposición del gobernador y su remplazo por una junta que tenía como presidente a don Mateo de Toro y Zambrano, "Conde de la Conquista", anciano aristócrata que representaba en un sentido más bien simbólico la unidad de toda la "fronda". La chilena sería pues "una de las insurrecciones más típicamente representativas del cariz aristocrático criollo del juntismo en Sudamérica".[140]

La junta de 1810 fue también un modelo de astucia de leguleyo. Por ejemplo, el argumento esgrimido para destituir a los gobernantes españoles fue que ¡no poseían credenciales! para mantenerse en sus puestos. En seguida cuidaron nombrar como miembros de la junta a algunos españoles, pero asegurándose de que estuvieran en minoría, en una relación de cinco a dos. Igualmente, la junta nunca emitió alguna declaración antimonárquica. Más todavía: "El Cabildo Abierto del 18 de septiembre [día que sin ningún motivo es celebrado en Chile como el de la independencia nacional] había sido una magnífica demostración de lealtad al rey Fernando VII, y quienes habían asistido al acto estaban convencidos de haber ayudado a salvaguardar los derechos del monarca."[141] Los grupos insurgentes se movían de preferencia tras bambalinas, especialmente atrincherados en la ciudad de Concepción, tradicional rival de la de Santiago, liderados por el hábil funcionario Juan Martínez de Rozas, "el hombre más rico de Chile en 1810".[142] Pero su mejor hombre era sin duda el joven Bernardo O'Higgins, acaudalado hacendado de Chillán, hijo de Ambrosio O'Higgins, irlandés al servicio de España y ex

[140] Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América*, Buenos Aires, Losada, p. 278.
[141] S. Villalobos, *op. cit.*, p. 23.
[142] L. Vitale, *op. cit.*, p. 11.

virrey del Perú. O'Higgins, después de estudiar en Inglaterra, donde recibió la influencia de las ideologías republicana y liberal, y de trabar conocimiento con otros intelectuales hispanoamericanos, entre ellos Francisco Miranda, regresó a Chile en 1802 y alrededor de 1810 parecía estar sólo preocupado en administrar su hacienda.

Pese a su conservadurismo, la junta decretó algunas medidas rupturistas frente a España, como la relativa a la libertad de comercio que fue recibida con entusiasmo por toda la clase criolla. Sin embargo, el paso decisivo nadie se atrevía a darlo. Más todavía: el primer Congreso, que comenzó a funcionar el 4 de julio de 1811, estaba dominado por tendencias monárquicas. Ante tal situación, los sectores más radicales dirigidos por Rozas, en abierta minoría, optaron por retirarse a Concepción, donde fundaron una junta alternativa esperando un giro de los acontecimientos. Ese giro fue provocado por la violenta irrupción de un joven aristócrata de veintiséis años de edad, recién llegado de España donde había seguido una brillante carrera militar: José Miguel Carrera, que al mando de un incipiente ejército, y secundado por sus hermanos, llevó a cabo un verdadero golpe al clausurar el Congreso y dar un impulso nuevo al proceso.

José Miguel Carrera, "aristócrata nacido para mandar y no para obedecer",[143] era el caudillo que las circunstancias exigían. El apuesto joven, apoyado por algunas fracciones de la oligarquía, hizo posible que aparecieran en la escena política otros jóvenes radicales que lo secundaban, como sus dos hermanos Juan José y José Luis, su hermana Javiera, el sacerdote Camilo Henríquez y el después legendario guerrillero Manuel Rodríguez. En segundo lugar, Carrera organizó el ejército, dándole un carácter abiertamente antiespañol.

Sin embargo, la política de Carrera no contaba con el apoyo de toda la "fronda". Por de pronto, debido a su temperamento e ideales políticos, el caudillo era difícil de controlar. Por otra parte, José Miguel y sus hermanos fueron los primeros patriotas que en ese periodo se dirigieron a los sectores populares.[144] En esas circunstancias el disciplinado Bernardo O'Higgins, debido a sus vinculaciones con los estancieros del sur, les parecía un mal menor. Pero O'Higgins hasta el último momento se negó a erigirse como alternativa al poder de Carrera y sólo lo hizo cuando los españoles, avanzando desde el sur y apoyados por muchos sectores criollos, propinaron decisivas derrotas a los patriotas (9 de diciembre de 1813). A fin de unificar el mando militar, O'Higgins estimó conveniente desplazar a Carrera y, de acuerdo con lo requerido por la oligarquía chilena, hizo un llamado —en esos momentos muy poco oportuno, pues los españoles avanzaban hacia la capital— a constituir un nuevo congreso, al que naturalmente Carrera se opuso. Así, los dos ejércitos patriotas terminaron enfrentándose en la Batalla de las Tres Acequias, el 26 de agosto de 1814. Los españoles podían vencer gracias a la división de los criollos.

O'Higgins, sabiéndose derrotado antes de luchar, intentó conseguir un armisticio, que el virrey Abascal no aceptó. Por otro lado, debido también a que O'Higgins y Carrera no lograron unir a tiempo sus tropas, la resistencia chilena fue quebrada en Rancagua (1 y 2 de octubre de 1814) y los españoles tuvieron acceso libre a Santiago. O'Higgins y Carrera, derrotados, huyeron con los restos de sus ejércitos hacia Mendoza. No pudieron los chilenos lograr la independencia con sus propias fuerzas, pero detrás de los Andes los esperaba un verdadero genio militar: el general José de San Martín. Desde ese momento, la revolución chilena dejaba de ser un hecho puramente local y se inscribía en el amplio contexto de la revolución continental.

[143] J. Eyzaguirre, *op. cit.*, p. 131.
[144] L. Vitale, *op. cit.*, p. 23.



## LA REVOLUCIÓN CONTINENTAL

Hacia 1810 las reacciones surgidas en el continente americano frente a la nueva situación de Europa fueron muy diversas. Y ello ocurrió así porque también muy diversas eran las relaciones que habían contraído las diferentes oligarquías locales con la metrópoli española, por una parte, con las clases subalternas, por otra, y por último con las oligarquías submetropolitanas de Indias. En otros términos: a cambio de emanciparse de España, tales oligarquías exigían garantías mínimas, entre otras la neutralización de las "clases peligrosas" y la permanencia de sus privilegios regionales. Probablemente éste era el razonamiento que se hacía el general San Martín cuando comenzaron a llegar los primeros refugiados desde Chile. En efecto, los triunfos militares no podrían cristalizar en proyectos de independencia si no se contaba desde un comienzo con el apoyo indivisible de los grupos criollos económicamente dominantes. Quizás, allá muy lejos, otro brillante general, Simón Bolívar, vivía con las mismas preocupaciones. Para ambos generales, lo prioritario era derrotar militarmente a los destacamentos españoles, pero para lograr ese objetivo era preciso pensar no sólo militar sino políticamente. Las solu-

ciones que cada uno de ellos encontraría para resolver los mismos dilemas serían muy distintas.

### *La gesta de San Martín*

El éxito de la política de San Martín se edificó sobre la base de la derrota de los chilenos. Esta última había sido posible gracias a las divisiones experimentadas en el mando militar, que a su vez estaban determinadas por las indecisiones de la oligarquía local. Por si fuera poco, el apoyo popular a la causa de la independencia había sido muy escaso. Este último problema, sin embargo, se lo solucionaron los propios españoles a través de la llamada Reconquista de 1814. Cuando los gobernantes Osorio, primero, y Marcó del Pont, después, aplicaron medidas represivas al conjunto de la población, comenzó a generarse aquella base social popular que no había tenido el proceso en sus orígenes. Las medidas restrictivas de los españoles se extendían hasta el campo de la economía, y cada vez eran más los sectores que añoraban los tiempos antiguos. Las condiciones para una resistencia de tipo clandestino eran más que favorables, y fueron bien aprovechadas por el guerrillero Manuel Rodríguez para iniciar una guerra de guerrillas cuyo objetivo era desgastar a las tropas españolas mientras se organizaba el ejército de los Andes. Incluso, los criollos hispanistas, víctimas también de la represión española, comprendieron que de ahí en adelante la única alternativa que les quedaba era sumarse a la lucha por la independencia. Solucionado el frente social por la fuerza misma de las circunstancias, sólo faltaba por resolver los problemas relativos al mando militar. La elección de uno de los dos caudillos, Carrera y O'Higgins, estaba necesariamente en manos de San Martín. Calculando con frialdad, San Martín eligió al segundo. Su razonamiento era sencillo: O'Higgins contaba con el apoyo de la mayoría de la clase criolla chilena, Carrera no. Además, el orgulloso Carrera no aceptaba la injerencia de San Martín y aspiraba lograr la independencia de Chile con medios e iniciativas propios. Incluso, a fin de contrarrestar la estrategia de San Martín y O'Higgins, que contaban con el apoyo financiero inglés, Carrera viajó a Estados Unidos, en noviembre de 1815, buscando financiamiento para su causa. Finalmente, él y sus hermanos pagarían con sus vidas el intento de oponerse al inflexible San Martín.

José de San Martín nació el 25 de febrero de 1778, en Yapeyú, uno de los treinta pueblos de las antiguas misiones guaraníes, pertenecientes entonces al gobierno de Buenos Aires. Como muchos otros patriotas americanos, había recibido



formación política y militar en Europa. Cuando regresó de Inglaterra a Buenos Aires iba a cumplir treinta y cuatro años. En España, San Martín había mostrado ser un excelente oficial[145] y sus méritos militares, especialmente los de organizador, iban a ser sus mejores credenciales en la caótica situación del Buenos Aires de 1812. Sabiendo que la única fuerza que finalmente podría imponerse sería un ejército, se dio a la tarea de fundar el regimiento de granaderos a caballo, verdadero modelo de disciplina y cohesión militar. Después de esto reafirmó sus posiciones políticas y el 8 de octubre de 1812 tomó parte activa en el derrocamiento del gobierno liberal de Rivadavia, que fue suprimido por un triunvirato.

Después San Martín fue comisionado en el norte, donde demostró ser lo suficientemente hábil como para no seguir el ejemplo de Belgrano, es decir, no emprendió expedición alguna al Alto Perú. En estos momentos, sin embargo, elaboró la línea central de su estrategia militar: avanzar hacia Perú desde Chile. La derrota de los chilenos lo convenció de la viabilidad de su proyecto.

### *El comienzo de la expedición libertadora*

El plan de San Martín comenzó a tomar forma real en Cuyo, ciudad convertida en bastión de las tropas libertadoras, y pronto contó con el apoyo de Pueyrredón, jefe político del gobierno a quien no le convenía enemistarse con el militar más poderoso del Plata.

Un ejército de más de cinco mil hombres bien pertrechados, entre los que se contaban mil quinientos esclavos negros a quienes les habían prometido la libertad a cambio de guerrear, inició la travesía de los Andes. En Chacabuco vencieron totalmente a las tropas españolas (12 de febrero de 1817). Pronto los españoles comenzaron a contraatacar desde el sur y las tropas libertadoras sufrieron el 19 de marzo de 1818 una severa derrota. Pero la batalla de Maipo (5 de abril de 1818) constituyó la victoria definitiva de los patriotas. A partir de ese día, aunque los españoles seguían manteniendo sus tropas de hostigamiento en el sur, Chile comenzaba a ser una nación independiente.

Como era de esperarse, el poder pasó a manos de Bernardo O'Higgins. Pero las tareas que tenía por delante el recién nombrado Director Supremo no eran envidiables. Por una parte tenía que dar forma a la nación por medio de la construcción de un Estado que no contradijera los intereses fun-

[145] Bartolomé Mitre, *op. cit.*, tomo 1, p. 93.

damentales de la aristocracia. Por otra, tenía que llevar a cabo algunas reformas sociales a fin de gratificar a la población los servicios prestados en la guerra. Por si fuera poco, de acuerdo con los compromisos contraídos con San Martín, tenía que dedicar gran parte del erario para financiar una expedición libertadora hacia Perú, máxime cuando desde Buenos Aires, dada la anarquía política que allí reinaba, no era posible esperar ningún apoyo.[146]

En vista de las dificultades señaladas, a las que habría que agregar la presencia de divisiones españolas en el sur del país, se explica que el nuevo gobierno, independientemente de los ideales republicanos de O'Higgins, no pudiera ser un modelo de democracia. Aun en medio de una economía de guerra, O'Higgins asestó duros golpes a la oligarquía local, aboliendo los títulos de nobleza —los que después de todo no eran muchos— e intentando suprimir la institución del mayorazgo. Evidentemente, este gobernante con ideas adquiridas en Inglaterra quería gobernar con independencia respecto a la oligarquía que lo había llevado al poder, y eso esta última no se lo perdonaría. O'Higgins no podía sino perder. Toda su fuerza provenía de aquel débil Estado que él mismo había formado y del apoyo —muy poco— que le prestaba el general San Martín. Su mayor legitimidad era la revolucionaria —reconocida hasta por la oligarquía durante los primeros años de gobierno—, pero con una economía destruida y teniendo que solventar además la expedición hacia Perú, tal legitimidad no podía durar demasiado. Ante esas condiciones O'Higgins pasaría a ser una figura trágica. Pocos deseaban más que él una democracia y tuvo que erigirse, por la fuerza de las circunstancias, en un dictador. Por lo demás, él mismo se había encargado de destruir las únicas bases posibles de apoyo, al proceder duramente contra la fracción carrerina y su representante Manuel Rodríguez. Así, la revolución perdió su ala "jacobina" sin tener ningún ala "girondina".

El 28 de enero de 1823, O'Higgins, políticamente aislado, aun dentro de su propio ejército, fue obligado a abdicar. No sería ni el primer ni el último prócer desterrado de su propia patria por una oligarquía que era cualquier cosa, menos patriota. Quizá lo mismo pensaba el ex general en su interminable exilio en el Perú.

Pero retrocedamos un poco. O'Higgins cumplió la palabra empeñada a San Martín, y Chile, a pesar de las dificultades por las que atravesaba el gobierno, fue la base que esperaba San Martín para realizar su ambicioso sueño: invadir Perú.

[146] Simón Collier, *Ideas and politics of chilean Independence 1808-1833*, Cambridge, 1967, p. 233.



*Hacia Perú*

En 1816 la guerra determinaba la política. Las diversas oligarquías estaban escondidas aguardando el desenlace, o disputando entre sí, como en Buenos Aires. Las condiciones parecían pues ser favorables para los jefes revolucionarios. Por lo demás a San Martín no le quedaba más posibilidad que seguir combatiendo. En Buenos Aires ya no contaba ni con apoyo político ni militar, y el poco que tenía de Pueyrredón también lo perdería cuando éste fue depuesto en junio de 1819. Su sucesor, José Rondeau, obedeciendo el mandato de la clase dominante porteña que temía la autonomización política del ejército libertador, intentó poner a San Martín bajo la dirección exclusiva del gobierno de Buenos Aires. Naturalmente, el general, contando con el apoyo de sus oficiales, rechazó esa posibilidad. Desde ese momento tampoco San Martín tendría patria. Pero en 1816 San Martín podía sentirse optimista, entre otras cosas porque la revolución continental comenzaba a recibir el tan esperado apoyo de Inglaterra.

De los países europeos no había, objetivamente, ninguno más interesado que Inglaterra en promover la independencia de las colonias hispanoamericanas, sobre todo por la promesa que ellas ofrecían en términos de comercio e inversiones. Pero, por estar aliada con España en la lucha común contra la Francia napoleónica, tenía las manos atadas para intervenir directamente. De este modo, apenas terminaron los conflictos intereuropeos, Inglaterra pudo, al fin, operar libremente en América. Empréstitos informales, visitas diplomáticas, consejeros políticos y, por supuesto, armas, comenzaron a llegar a las colonias. Incluso algunos oficiales ingleses decidieron continuar su carrera militar en América y fundaron verdaderas empresas privadas, como la escuadra dirigida por el aventurero almirante lord Cochrane y que fuera contratada por San Martín y O'Higgins para la empresa libertadora en Perú. La situación internacional era pues excelente. Los verdaderos problemas estaban en Perú.

Como ya hemos visto, las oligarquías criollas nunca fueron muy revolucionarias. Y de todas ellas, ninguna más difícil de ganar para la causa de la revolución que la peruana. Las razones son fundamentalmente dos: una de carácter económico; la otra de carácter político.

Desde el punto de vista económico, la oligarquía peruana ocupaba un lugar privilegiado en el espectro colonial. Prácticamente en todas las regiones del Pacífico ejercía un monopolio comercial sin contrapeso hasta el punto de que oligarquías vecinas, como la de Chile, se quejaban a veces más de los peruanos que de los españoles. Además, Perú era el prin-

cipal exportador de oro y plata, y las grandes cantidades de dinero que afluían a Lima beneficiaban también al conjunto de la clase criolla. Sin embargo, ésta estaba muy escindida. Por una parte encontramos una fracción exportadora tradicional que al igual que otras del continente estaba en permanente conflicto con la metrópoli y pugnaba por mayores libertades en el sistema de comercio. Paralelamente existía otra fracción cuyos principales beneficios eran obtenidos de la explotación agrícola. Por último, una enorme burocracia criolla y española a la que hay que sumar los no menos enormes contingentes de eclesiásticos y soldados, conformándose así una fracción muy favorecida por el régimen y, por lo tanto, refractaria a toda idea de cambio. Lo único que unía a todas estas fracciones era el terror que les inspiraba cualquier posibilidad de insurgencia de las clases subalternas.

Ya hemos analizado el formidable levantamiento indio-popular encabezado por los Túpac Amaru [147] y hemos visto también que fue, sobre todo, un punto de cristalización de múltiples rebeliones que habían estado aisladas entre sí. Asimismo hemos analizado cómo la rebelión del Inca estuvo a punto de consolidar una alianza entre indios y fracciones del bando criollo frente a problemas comunes, como eran la rebaja de los impuestos y la oposición a los corregidores. Tal alianza, sin embargo, fracasó, y no por la debilidad del movimiento indígena sino, paradójicamente, por su potencia, pues su fuerza y magnitud terminó por aterrar a los mismos criollos rebeldes. Desde entonces los criollos peruanos vivían en trauma permanentemente, y no había nada que temieran más que la posibilidad de otra rebelión. Seguramente San Martín contaba con este "dato".

Al no haber en Perú una abierta acción "de clase" en contra de los peninsulares, la oposición a éstos corrió a cuenta de pequeños grupos conspiradores aislados. La historia nacionalista peruana, tan reacia a aceptar la idea de la revolución "desde fuera", ha acumulado datos más que suficientes acerca de las conspiraciones que, en cierto modo, facilitaron el acceso de los ejércitos libertadores. Muchas de ellas tenían un rígido carácter patricio, como la encabezada por Riva Agüero en 1810. Otras, como la de Manuel Ubalde y Gabriel Aguilar en Arequipa (1808), provenía de los grupos intermedios. A éstas hay que agregar el llamado "complot fernandino" (1808), la "conspiración de los Silva" (Lima, 1809); la sublevación de Tacna (1811), la de Gómez y Las Casas Matas (1813), etcétera.[148]

[147] Véase el capítulo anterior.
[148] Véase *Antología de la independencia del Perú*, Lima, 1972, pp. 112-142.



Pero si la revolución de Túpac Amaru no había convencido del todo a los criollos acerca del potencial de rebelión existente en el movimiento indígena, en 1814 un grupo de criollos cuzqueños tuvo la oportunidad de experimentarlo. Descontentos por asuntos de mala administración, algunos criollos intentaron recurrir al apoyo de los indios. El cacique con quien parlamentaron, Pumacahua, un anciano de setenta y cuatro años descendiente de la antigua nobleza inca,[149] parecía ser un hombre en extremo confiable, pues junto a otros caciques había combatido nada menos que contra Túpac Amaru a cambio de algunas reformas en favor de su gente.[150] El caudillo de los llanos, José Angulo, dirigió junto con sus hermanos desde el Cuzco a las huestes indias hacia diversas zonas del país, pero pronto los indios alzados comenzaron a actuar por cuenta propia asaltando pueblos y ciudades y ejecutando a españoles y a criollos ricos. Los indios de Puno, La Paz y Arequipa se sumaron a las huestes del viejo Pumacahua. Como era de esperarse, el aplastamiento de la rebelión fue sangriento. Pumacahua fue ejecutado en 1851. E igualmente, como en los tiempos de Túpac Amaru, los mismos criollos que habían desatado el movimiento fueron los primeros en desertar.[151]

El miedo de los criollos a ser rebalsados por movimientos sociales determinó que respondieran con extraordinaria timidez el llamado a constituir cabildos hecho por la junta central. Aparte de imponer algunas leves reformas al sistema impositivo, los criollos no adoptaron ninguna actitud beligerante en contra de España. Ésta fue una situación que favoreció la política del virrey Abascal, quien entre 1808 y 1816 convirtió a Perú en un baluarte de la contrainsurgencia. Los mecanismos que utilizó fueron muy simples: desde el punto de vista militar reforzó las posiciones en el Alto Perú, primero en contra de la insurgencia local y después en contra de Buenos Aires; desde el político, mostrándose flexible, hizo algunas concesiones a los criollos en materias como las de los cargos públicos y las tributaciones, aunque fue recalcitrante contra la libertad de comercio. Por supuesto, frente a las clases pobres fue inclaudicable.

El sucesor de Abascal, el virrey Joaquín de Pezuela, continuó la política de su antecesor, aunque se vio obligado a reforzar más el frente militar debido a las amenazas provenientes ahora desde Chile. Fue también gracias a esas amenazas como algunos miembros de la aristocracia comenza-

[149] *Ibid.*, p. 201.
[150] L. A. Eguiguren, *La revolución de 1814*, Lima, 1914, pp. 47-77.
[151] J. Lynch, *op. cit.*, pp. 186-188.

ron a vislumbrar ya, a la larga, el destino independiente de Perú. El ejército de San Martín por el sur, el de Bolívar por el norte, la armada de lord Cochrane asolando las costas, las guerrillas del interior, la astuta diplomacia inglesa y norteamericana y, por si fuera poco, en España misma los liberales intentando hacer revaler los principios proclamados en 1812; todo este cuadro hacía imposible que algunos sectores peruanos no intentaran negociar una salida que por lo menos no cuestionara sus principales privilegios, y para esas negociaciones encontraron al interlocutor más adecuado: el general San Martín.

Hacia 1820 la estrategia de San Martín respecto al Perú era más política que militar. Sabía que sus fuerzas eran superiores a las españolas y que podía destruirlas, como permanentemente exigía lord Cochrane, que miraba la guerra sólo desde un punto de vista técnico. Pero a San Martín también le interesaba crear una situación política que fuera estable después de la victoria militar. Como dijo una vez el propio general: "¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fuesen contrarios? ¿Qué ventaja sacaría de la causa de la independencia en que ocupase militarmente a Lima y aun todo el país? Mi plan es diferente. Deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas y no quiero dar un paso más allá de la opinión pública." [152]

Para cumplir sus objetivos, San Martín elaboró una política relativamente compleja. Por una parte dio garantías a los criollos peruanos de que el ejército respetaría sus instituciones; por otra prometió proteger a la oligarquía frente a cualquier intento de sublevación de las clases subalternas. Esto significa que, de acuerdo con la estrategia de San Martín, para asegurar la revolución de independencia era necesario actuar preventivamente en contra de una eventual revolución social. Tal estrategia estaba por lo demás de acuerdo con las convicciones políticas del libertador. A diferencia de otros caudillos, San Martín carecía de fuertes impulsos ideológicas; él era, antes que nada, un militar, y se había incorporado como hombre maduro a la lucha sin pretensiones románticas y llevado más bien por su sentido práctico. Además, nunca rompió verdaderamente con la idea monárquica y, según lo declaró muchas veces, anhelaba para los países de Sudamérica gobiernos fuertes y autoritarios. En síntesis, no era un revolucionario social.[153] Sus puntos de vista pare-

[152] B. Mitre, *op. cit.*, tomo 2, p. 667.

[153] Según Mitre, San Martín no era ni siquiera un político en el sentido técnico de la palabra; era sí un gran soldado y su acción política era un derivado de la militar (B. Mitre, *op. cit.*, tomo 1, p. 144).



cían fortalecerse ante la anarquía política que reinaba en Buenos Aires. Y en Alto Perú había aprendido que la independencia era una quimera si se pasaban por alto los intereses de las oligarquías locales. Por lo mismo, buscaba siempre a sus interlocutores entre los criollos más conservadores. En Perú fue todavía más lejos: a fin de evitar un enfrentamiento militar buscó llegar a un acuerdo nada menos que con el virrey Pezuela. Gracias precisamente a esa política, en abril de 1819 logró el apoyo del marqués de Torre Tagle, intendente de Trujillo, persona muy conservadora y de gran influencia dentro de la aristocracia peruana. Evidentemente, el general sabía dónde pisaba. En un carta del 2 de diciembre de 1821 escribía a su querido amigo O'Higgins: "Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del Perú. Yo me voy con pies de plomo sin querer comprometer una acción general. Mi plan es bloquear a Pezuela [...]" [154] Los hechos que ocurrían en España en 1820, con el nuevo advenimiento de los liberales al poder, facilitaban todavía más los planes del libertador, pues muchos aristócratas peruanos rompieron con España por el lado derecho encontrando en San Martín nada menos que un protector frente a las presiones revolucionarias de la península.

La receta de San Martín era simple: para hacer la revolución política era necesario decapitar la revolución social. Era además la única posibilidad de ganar a una oligarquía reaccionaria por naturaleza. Pero esa política también tenía sus riesgos: en Uruguay había liquidado la única fuerza revolucionaria: el artiguismo; en Chile había fracturado el ala radical de la revolución privando a O'Higgins del único apoyo posible frente a la "fronda". En Buenos Aires eran los conservadores los que daban la espalda al propio San Martín. Por último, tal política se oponía radicalmente a la que desde hacía tiempo venía practicando en el norte el otro gran libertador: Simón Bolívar, dificultándose así una verdadera concertación continental de fuerzas.

Desde una perspectiva amplia, la política de San Martín tampoco garantizaba a mediano plazo lo que el general más buscaba: estabilidad social y política, pues dejaba flancos que sólo podían ser cerrados mediante el expediente de la represión. Pero en términos inmediatos San Martín podía estar contento. Gracias al apoyo de las clases propietarias peruanas pudo imponerse militarmente a los españoles. Estos últimos lo ayudaron indirectamente deponiendo a Pezuela, que fue remplazado por el general José de la Serna (29 de enero

[154] Citado en Rubén Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, tomo 4, Lima, 1966, p. 131.

de 1821). El nuevo jefe, contando con el visto bueno de los liberales de Madrid, intentó negociar con San Martín. Para el argentino negociar ya no tenía sentido porque, en la práctica, los españoles ya estaban derrotados.

### *El protector sin protección*

El 1 de julio de 1822 San Martín hizo su entrada triunfal en Lima y el día 14 nombró un cabildo que decretó la independencia. Fiel a sus promesas hechas a la oligarquía, se apresuró a bloquear cualquier iniciativa contraria a ella. Pero con esto logró la enemistad de los círculos liberales criollos.[155]

San Martín, con el flamante cargo de protector del Perú y contando con la estrecha colaboración de su ministro de Guerra Bernardo de Monteagudo, planteó un programa de gobierno basado en tres pilares: un conjunto de reformas que contentaran a los indios y demás sectores subalternos; una política general que beneficiara a la oligarquía, y una represión sin piedad a los españoles establecidos en el país.

Aparentemente las reformas sociales propuestas por San Martín eran consecuentes con la ideología liberal de la revolución hispanoamericana. A partir de una ley dictada el 28 de julio de 1821 la esclavitud fue formalmente abolida; igualmente fueron suprimidos los tributos a los indios, la mita y otros trabajos obligatorios.[156] Pero la radicalidad de tales medidas era más bien aparente, pues muchas de las formas de explotación indígena estaban ya en extinción y habían sido remplazadas por otras más "modernas" (como el sistema salarial, por ejemplo), y las que verdaderamente afectaban a la oligarquía simplemente no se cumplieron ante la pasividad de las autoridades.

Que la política social de San Martín era más bien retórica se prueba por la emisión de un decreto que prohibía que a los indios se les denominara indios, pasándose a llamar, desde ese momento, peruanos. Si a los indios les daba lo mismo ser llamados indios o peruanos fue un asunto que no cruzó por la ilustrada mente del libertador.[157]

La política de San Martín en favor de la oligarquía fue, por supuesto, mucho más efectiva. No sólo fueron respetadas todas las propiedades sino que además fueron introducidos,

[155] Véase José Basadre, *Historia de la revolución del Perú*, tomo 1, Lima, 1968, pp. 1-11.
[156] J. Lynch, *op. cit.*, pp. 203-204.
[157] *Ibid.*, p. 204.



como si no hubiera tantos, nuevos títulos de nobleza. Incluso el general jugó con la absurda idea de contratar algún príncipe europeo para que se hiciese cargo de una eventual monarquía peruana.

Usando términos políticos actuales podríamos decir que la política de San Martín era tácticamente correcta pero estratégicamente errónea. Esto se prueba por la pronta aparición de disensiones en el propio campo criollo. Por de pronto, igual que como sucedió antes con Belgrano, los guerrilleros peruanos se negaron a reconocer la supremacía del ejército libertador y continuaron operando por cuenta propia en actividades que a veces lindaban con el bandolerismo. Las tropas de liberación chileno-argentinas libraban continuas escaramuzas contra destacamentos locales y no pasó mucho tiempo para que la población las considerara como un ejército de ocupación. Por si fuera poco, ese ejército tampoco demostraba efectividad frente a los españoles: a duras penas, y con un gran número de pérdidas, San Martín había logrado mantener el Callao; mientras que en el interior los españoles sublevaban a los indios recurriendo al sistema de guerrillas que antes los patriotas habían aplicado en contra de ellos. La guerra se prolongaba así mucho más allá de lo planeado, y costaba dinero, lo que seguramente no llenaba de felicidad a la veleidosa aristocracia virreinal. Ésta ya no veía más en San Martín al "hombre fuerte" que parecía ser en un comienzo, y la protección ejercida por el general era sentida cada día más como un pesado lastre del que había que deshacerse pronto. Incluso, en el baluarte de San Martín, el ejército, empezaron a aparecer conspiraciones.

Fue en medio de todos esos problemas como San Martín decidió conferenciar con el otro libertador, Simón Bolívar, en la ciudad de Guayaquil.

### *La entrevista de Guayaquil o el ocaso de San Martín*

La entrevista de Guayaquil que tuvo lugar el 26 y el 27 de julio de 1822 pudo ser el punto culminante de la independencia de América puesto que se encontraban sus dos principales libertadores. Para San Martín, sin embargo, fue la comprobación del fracaso de toda su estrategia. Detrás de sí dejaba un Perú lleno de conspiraciones; un ejército numeroso pero poco eficaz en donde comenzaban a pelear entre sí argentinos, chilenos y peruanos; una economía desgarrada a consecuencia de la interminable guerra, y una oligarquía que ya no quería financiar a San Martín, todo esto justo en el momento en que O'Higgins en Chile tampoco estaba en una

situación demasiado confortable. No eran pues éstas las mejores credenciales para presentarse ante Bolívar, que en contraposición, estaba en el cenit de su brillante carrera y acababa de entrar en Guayaquil después de haber triunfado en la batalla de Pichincha (mayo de 1822). En tales condiciones San Martín ya estaba resignado y dispuesto a renunciar a los derechos peruanos en Guayaquil, derechos que creía merecer pues había enviado destacamentos comandados por el coronel peruano Andrés Santa Cruz a combatir junto al general José Antonio de Sucre. La entrevista de Guayaquil no podía tener pues sino un mero carácter simbólico.[158]

Tampoco podían ser fructíferas las conversaciones en torno al futuro sistema político que habría de regir en los países de América. El republicanismo de Bolívar en ese periodo no admitía réplicas y desaprobaba totalmente las ideas semimonárquicas del argentino. Pero las más grandes diferencias entre ambos generales residían en la estrategia política a imponer en términos inmediatos. Bolívar desaprobaba la política seguida por San Martín en Perú y los hechos estaban dándole la razón. Como ya veremos, Bolívar había aprendido, después de varios fracasos, que lo fundamental era conseguir el apoyo de las masas populares de cada región. Por cierto, las diferencias no eran sólo ideológicas; estaban determinadas por experiencias distintas. San Martín, de por sí un pragmático, había extraído sus conclusiones después de haber conocido de cerca a tres frondosas oligarquías criollas: la porteña, la chilena y la peruana —cada una más difícil que las otras, pero cuyos concursos eran indispensables para ganar la guerra. Fueron sin embargo estas tres oligarquías las que determinaron el fracaso de San Martín. La primera le negó su apoyo desde un principio; la segunda lo negó al cabo de poco tiempo; la tercera, después de haberlo recibido con los brazos abiertos, estaba pidiendo ahora su expulsión de Perú. San Martín había acudido, pues, a la entrevista como un derrotado, sabiendo que tenía que ceder el paso al triunfante Bolívar. El propio San Martín lo dijo muy bien: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú."[159] Su único deseo era que Bolívar se hiciera cargo de Perú, aunque si éste no lo hubiera querido, igual habría tenido que hacerlo, obligado por los acontecimientos. Al regresar San Martín a Perú, se encontró con la noticia de que su colaborador y amigo, Bernardo de Monteagudo, había sido depuesto. Pragmático siempre, reconoció de inmediato su derrota y decidió abandonar el poder. Hay verdadera grandeza en las palabras que pronunció en esa

[158] Véase Augusto Mijares, *El Libertador*, Caracas, 1964, p. 418.
[159] B. Mitre, *op. cit.*, tomo 3, p. 668.



ocasión: "Por muchos motivos ya no puedo mantenerme en mi puesto sino bajo condiciones contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones. Voy a decirlo: para sostener la disciplina del ejército tendría necesidad de fusilar algunos jefes y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices y desgraciados."[160]

Al salir de Lima, San Martín "sólo llevaba consigo 183 onzas de oro, el estandarte de Pizarro, obsequio de la ciudad de Lima, una campanilla de oro y, al llegar a Chile, el gobierno del Perú le remitió 9 000 pesos a cuenta de la pensión vitalicia que se le había asignado".[161] En toda América no había un lugar para el exilio del gran libertador. Tuvo que viajar a Francia, donde murió.

Sólo Bolívar podía salvar a Perú.

### *La gesta de Bolívar*

Bolívar había comenzado sus experiencias justo donde San Martín las terminó: confiando en la posibilidad de ganarse a la aristocracia. Pero si algo igualaba a la aristocracia venezolana con sus congéneres del continente era el pánico que le inspiraba cualquier posibilidad de cambio social; al igual que la peruana y mexicana estaba dispuesta a renunciar a la independencia si ésta significaba abrir compuertas a las rebeliones populares.

### *El escenario venezolano*

Pocas economías indianas estaban como la venezolana tan vinculadas al mercado mundial. Tal vinculación determinaba a su vez los fraccionamientos de la oligarquía local. Hacia el interior del país predominaba la tradicional clase de los estancieros. Hacia las costas estaban las plantaciones comerciales donde reinaban los grandes productores de algodón, tabaco, café y, sobre todo, cacao. Éstos constituían un verdadero sector social precapitalista enriquecido de un modo explosivo por la creciente demanda proveniente del exterior. Así "en 1755, el cacao representaba el 75.1% del valor total de los efectos exportados por la Guayra, siguiéndole los cueros con el 17.1% y finalmente el añil con 0.87%".[162]

[160] R. Vargas Ugarte, *op. cit.*, tomo 6, p. 240; véase también B. Mitre, *op. cit.*, tomo 3, p. 668.
[161] R. Vargas Ugarte, *ibidem.*
[162] Federico Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela*, tomo 1, Caracas, Universidad Central, 1966, p. 105.

Las contradicciones entre los latifundistas del interior y los empresarios costeños eran bastante profundas, pero por encima de éstas siempre prevaleció la unidad generada por sus dos problemas comunes: la administración española y las sublevaciones de negros.

La de Venezuela era probablemente la sociedad más racista del continente. Las razones eran, por supuesto, económicas. "A mediados del siglo XVII, el 1.5% de la población de Caracas monopolizaba todas las tierras cultivables y de pastos en la provincia, aunque las áreas realmente cultivables eran muy pocas, quizá sólo el 4% del total."[163] Pero más racistas eran todavía los blancos que no formaban parte de la oligarquía, a los que también se les denominaba despectivamente "blancos de orilla"[164] pues no tenían más expediente que el color de la piel para diferenciarse de los "pardos".

Los "pardos" constituían un contingente clave para la futura revolución por el lugar intermedio que ocupaban entre blancos y negros y por su condición de "hombres libres prestos a utilizar los canales de ascenso social que podían brindarles sobre todo la actividad económica y la instrucción".[165] La discriminación hacia los pardos era tanta, que incluso en las iglesias "los curas llevaban el 'libro de pardos', donde se inscribía a éstos al ser bautizados, hecho que como mácula oprobiosa declaraba su ascendencia en muchas generaciones".[166]

Los blancos despreciaban a los pardos tanto como temían a los esclavos negros, que en Venezuela habían seguido el ejemplo de la revolución de Haití.[167] En 1795 estalló en Coro una rebelión de negros de gran envergadura. Su jefe fue el legendario José Leonardo Chirinos, hijo de un esclavo negro y de una india libre. Interesante es destacar que Chirinos no era esclavo sino un pequeño propietario agrícola, razón por

[163] F. Brito Figueroa, *La estructura económica de Venezuela colonial*, Caracas, Universidad Central, 1963, p. 176. En otro de sus trabajos agrega el mismo autor: "La clase de los terratenientes blancos, incluyendo criollos y peninsulares, estaba formada por 658 familias nucleares que totalizaban 4 048 personas, cifra esta última equivalente a menos del 0.50% de la población venezolana a fines de la colonia" (F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 171).

[164] F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 169.

[165] Germán Carrera Damas, "Para un esquema sobre la participación de las clases populares en el movimiento nacional de independencia en Venezuela a comienzos del siglo XIX", en *Historia marxista venezolana*, Caracas, 1967, p. 85.

[166] F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 165.

[167] Véase en este mismo capítulo el apartado "El trauma haitiano".



la cual la rebelión de Coro, al igual que la india de Túpac Amaru, tuvo la particularidad de unir las reivindicaciones antiesclavistas de los negros de la zona que a través de Chirinos tomaban noticia "de la ley de los franceses"[168] con "la lucha por la supresión de los tributos directos e indirectos".[169] Igual también que la de Túpac Amaru (o la de Hidalgo en el México de 1810), la magnitud de la rebelión de los negros "unificó a las dos fracciones que dividían la nobleza terrateniente de Coro; desaparecieron rivalidades de familia; el Ayuntamiento, las jerarquías eclesiásticas y el Justicia Mayor depusieron antagonismos formales para enfrentarse a la masa de miserables y hambrientos que avanzaban hacia la ciudad".[170]

La particular estructura social de Venezuela iba a determinar que a la hora de la lucha por la independencia surgieran movimientos sociales proyectados en las direcciones más imprevisibles. Pero, a la vez, la enorme complejidad de las demandas emergentes iba a permitir la autonomización relativa de una fracción de criollos iluministas —entre los que hay que contar al joven Simón Bolívar— respecto a la aristocracia misma a la que pertenecían.

### *Las primeras experiencias del joven Bolívar*

Simón Bolívar nació el 24 de julio de 1783. Provenía de una de las familias más poderosas de Venezuela, propietaria de esclavos, plantaciones y haciendas. Huérfano a los nueve años, viudo a los veinte, desarrollaría una personalidad marcada por una incontenible ansia de poder.[171] Educado en España, como muchos libertadores recibió allí la influencia de las ideas republicanas derivadas del hecho francés. Desde su más temprana juventud decidió luchar por la independencia de América. Su juramento en el Monte Sacro de Roma, de dedicar su vida a luchar por la libertad de América, forma parte de una realidad y de una leyenda a la vez.

Probablemente el encumbrado linaje de Bolívar le ayudaría a tener ascendencia entre los venezolanos de su generación. Pero debemos agregar que poseía una inteligencia más que aguda y una cultura política amplia. Hacia 1810 ya había leído

[168] F. Brito Figueroa, *Las insurrecciones de los esclavos en la sociedad colonial venezolana*, Caracas, 1961, p. 67.

[169] *Ibid.*, p. 66.

[170] *Ibid.*, p. 71.

[171] La mejor biografía de Bolívar sigue siendo, sin lugar a dudas, la de Gerhard Masur, *Simon Bolivar und die Befreiung Südamerikas*, Konstanz, 1949.

a Montesquieu, Voltaire y Rousseau. "Según sus propias palabras estudiaba además a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Rollin y Berthot."[172] Tales cualidades deben haber sido tenidas en cuenta por los demás patriotas del país cuando en 1808 decidieron enviarlo a Europa nada menos que a establecer contactos con Inglaterra, cuyos políticos, pese a estar aliados con España, no perdían de vista las ventajas que podían obtener de una eventual independencia americana.[173] En Londres, como es de imaginarse, Bolívar establecería contacto con Francisco Miranda.

Los acontecimientos de 1810 sorprendieron a Bolívar actuando en un pequeño círculo de criollos radicales llamado "La Sociedad Patriótica", de la cual había pasado a formar parte el ya veterano, y por los jóvenes muy venerado, revolucionario Francisco Miranda, quien había podido, tras largos años de aventuras en Europa, regresar a Venezuela, gracias sobre todo a las múltiples relaciones de Bolívar. Tal círculo ejercía influencias no sólo intelectuales sino también políticas y estaba en condiciones de presionar al recién formado congreso para que rompiera con España. El radicalismo de Bolívar y sus amigos era sin embargo sólo político y no social, y en ese sentido compartían los prejuicios racistas con los sectores más conservadores. Prueba de ello es que la Constitución de 1811, a diferencia de otras dictadas en el mismo periodo en el continente, no planteaba la abolición de la esclavitud y en lo referente a reformas sociales se extendía en parrafadas puramente retóricas. Con este hecho, la gran mayoría de la población venezolana quedaba excluida de las luchas por la independencia, lo que muy pronto advirtieron los españoles y comenzaron a movilizar las rebeliones negras en contra de la propia clase criolla. Igualmente los pardos, dándose cuenta del carácter aristocrático de la "patria criolla", apoyaron en su gran mayoría a los contingentes realistas que tenían sus baluartes en Maracaibo, Coro y Guayana. Frente a esta situación, el propio Miranda, según cuenta el general Daniel Florencio O'Leary "después de madura reflexión sobre los acontecimientos, se convenció de que la declaración de independencia había sido prematura, porque el pueblo de Venezuela no estaba preparado para gobernarse por sí mismo".[174] Sin embargo, por muy madura que hubiese sido la reflexión de Miranda, a los ojos de Bolívar, ya comprometido en cuerpo y alma en la empresa emancipadora, no podía verse

[172] *Ibid.*, p. 57.
[173] *Ibid.*, p. 119.
[174] General Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*, tomo 1, Caracas, 1952, p. 110.



sino como simple deserción. La animosidad de Bolívar frente a su antiguo maestro se vio reforzada por la política que este último emprendió al buscar un compromiso con las huestes españolas. En represalia, Miranda fue, en una de las actuaciones más terribles de Bolívar, prácticamente entregado a los españoles. Tan grande pareció ser el desengaño de Bolívar respecto al antiguo revolucionario que llegó a pedir que se le fusilara como traidor.[175] Independientemente de motivos psicológicos —que seguramente existen—, la desmesurada actitud de Bolívar frente a alguien que después de todo era el más dilecto precursor de la idea de la emancipación americana debe también explicarse por la desesperación del joven patriota al comprobar cuán aislada estaba la "república". Seguramente pensó que todo el pueblo de Venezuela se iba a levantar como un solo hombre al escuchar sus encendidos llamados a la libertad, y cuando comprobó que ni alguien como Miranda los tomaba en serio, seguramente se sintió acorralado.

Tan aislada estaba esa la primera república, que hasta la naturaleza decidió volverle las espaldas. El 26 de marzo se sintió en Caracas un violento terremoto que la Iglesia aprovechó anunciándolo como un castigo de Dios a los patriotas. Poco tiempo después, el capitán español Monteverde, al mando de un ejército de no más de trescientos soldados, hizo su entrada triunfal en Caracas. Lo apoyaban desde los sectores conservadores criollos hasta las guerrillas populares de los llanos. Bolívar había querido hacer la independencia con proclamas. Con razón él mismo, en una especie de autocrítica, se referiría a este periodo como el de "la Patria boba".

Los españoles procedieron en Caracas con la misma torpeza que en otras capitales reconquistadas de América. En lugar de establecer arreglos con sectores de la aristocracia, con base en concesiones generales, aplicaron sobre ellos la más desmedida represión, queriendo así sentar precedentes para que nadie más se atreviera a rebelarse. Pero con esa política ellos mismos empujaron a la mayoría de los criollos a apoyar una independencia por la que hasta entonces no habían mostrado mayor interés. Por cierto, al comienzo, Monteverde fue apoyado por los criollos en todo lo que tuviera que ver con el aplastamiento de rebeliones negras o pardas. Pero precisamente tales rebeliones, que habían colaborado al fracaso de la primera república, hacían ahora ingobernable la gestión de Monteverde. Los españoles, al haber usado a los negros y pardos en contra de los patriotas, no habían entendido que

[175] C. Parra Pérez, *Historia de la primera república de Venezuela*, Caracas, tomo 2, 1959, p. 436.

estos sectores no combatían por España, ni mucho menos por el rey, sino por sus propios intereses. Y como los españoles en el gobierno tampoco daban muchas muestras de querer realizarlos, simplemente siguieron combatiendo. Por lo demás, si para los criollos diferenciarse de los peninsulares tenía mucho sentido, para los negros tales diferencias eran incomprensibles. Los propios blancos les habían enseñado a dividir a las personas de acuerdo con el color de la piel. El color, la propiedad y el poder eran para los negros simples sinónimos. Por eso mismo sus enemigos principales eran los blancos, hubiesen nacido en Venezuela o más allá de los mares.

Bolívar, refugiado en Cartagena, no parecía entender todavía demasiado bien la situación. A fin de cuentas, él era uno de los miembros más distinguidos de la aristocracia mantuana y liberarse de esa determinación social no era algo fácil. Así se explica que su escrito conocido como el Manifiesto de Cartagena (15 de diciembre de 1812) contenga una crítica puramente formal de la derrota. Fuera de exigir más intolerancia hacia los españoles, más fuerza, más centralismo, menos federalismo y, por supuesto, menos democracia, no reconocía en ninguna de sus líneas el potencial de rebelión que se anidaba en los más pobres de Venezuela.

### *La segunda república*

Gracias a la ayuda que recibió del Congreso de Nueva Granada, pronto estuvo Bolívar en condiciones de constituir un pequeño pero bien armado ejército. Desde ahí comenzó a dirigir diversas operaciones hacia Venezuela y entre mayo y agosto de 1813 recuperó importantes puntos estratégicos, como Mérida, Trujillo, Barquisimeto y Valencia. El seis de agosto del mismo año volvería triunfalmente a Caracas. Comenzaría así la segunda república.

Dada la inaudita crueldad que caracterizó los enfrentamientos entre criollos y españoles, este periodo es conocido también como el de la "guerra a muerte", de acuerdo con la orden impartida por el mismo Bolívar a sus tropas.[176]

La espeluznante violencia de este periodo tiene también relación con el hecho de que los conflictos militares no estaban enraizados en las demandas sociales de la población. Así, el triunfo de una fuerza sobre otra dependía de aspectos técnicos, de la cantidad de hombres y armamento y, sobre todo, de la

[176] Acerca del tema, véase F. Brito Figueroa, "El sentido histórico nacional del decreto de guerra a muerte", en *Ensayos de historia social venezolana,* Caracas, 1960, pp. 213-261.



capacidad de aterrorizar al adversario. Los espectáculos más horrorosos, donde no sólo soldados sino también los pacíficos habitantes de las aldeas eran masacrados, eran cosa frecuente en esos días.

Bolívar, de acuerdo con las, a nuestro juicio, erróneas deducciones del Manifiesto de Cartagena, no pudiendo entender la compleja trama social del periodo, quería resolverlo todo con golpes de autoridad y arbitrarios decretos que desconcertaban tanto a españoles como a criollos, de modo que muchos no percibían las diferencias entre la dictadura de Monteverde y la que ahora vivían. A tal punto eran erróneas las concepciones de Bolívar, que seguramente para conquistar los favores de la aristocracia no tuvo mejor idea que realizar expediciones militares en contra de los negros alzados en rebelión. Con esos métodos lo único que conseguía el todavía inexperto general era aislarse cada vez más de la población venezolana, hecho que no tardaría en repercutir en el terreno militar.[177] Pero nunca fue más manifiesta la debilidad social de los ejércitos de Bolívar como cuando tuvo que enfrentar la rebelión de los llaneros del sur dirigidos por un personaje legendario: José Tomás Boves.

Boves, un español que había tenido que huir a los llanos debido a sus actividades de contrabandista en ganado donde se unió a los llaneros para convertirse después en su jefe indiscutido, era el verdadero amo de las praderas. Sus llaneros constituían huestes aguerridas y sanguinarias formadas por indios, negros, mestizos, mulatos, pardos, blancos perseguidos por la justicia, en fin, por todos los parias de la sociedad colonial. Bajo las órdenes de Boves formaron un poderoso ejército que, aprovechando las contradicciones derivadas de las guerras de independencia, ofrecía sus fuerzas a quien mejor pagase. Boves, "hombre de prodigiosa actividad al comenzar el año 1814, tenía siete mil llaneros bajo sus órdenes; de ellos, cinco mil jinetes".[178] Boves, "el hombre demonio" como lo bautizó el general O'Leary,[179] tenía algunos rasgos de lo que se ha dado en llamar "un bandido social".[180] Pero sobre todo era un militar extraordinario. Es sabido, por ejemplo, que fue el primero que en Venezuela usó el gran despliegue de caballería en el ataque, con el que destrozaba a los ejércitos patriotas

[177] Véase G. Carrera Damas, "Algunos problemas relativos a la organización del Estado durante la segunda república venezolana", en *Tres temas de historia,* Caracas, 1961, pp. 95-157.

[178] Juan Bosch, *Bolívar y la guerra social,* Buenos Aires, 1966, p. 86.

[179] General D. F. O'Leary, *op. cit.,* tomo 1, p. 196.

[180] Véase G. Carrera Damas, *Boves, aspectos socioeconómicos de la guerra de Independencia,* Caracas, 1968, pp. 29-32 y 188-208.

que veían a la caballería como simple fuerza auxiliar de la de infantería.[181]

El hábil Boves, captando rápidamente el descontento social que provocaba la segunda república, decidió ofrecer sus fuerzas a los españoles y el 15 de junio de 1814 derrotó nada menos que a los ejércitos unidos de Bolívar y Mariño en la batalla de la Puerta. El 10 de julio entró a Valencia y el 16 estaba en Caracas sembrando un terror que superó incluso al de Monteverde y Bolívar. Sin embargo, a diferencia con estos últimos, Boves no estaba aislado socialmente. En su marcha hacia Caracas se iban sumando a sus huestes cientos de pobres de todos los colores. Probablemente el mismo Boves no sabía que aquello que había desatado era una formidable rebelión popular, hecha en nombre nada menos que del rey de España. Pero también Boves, "al sublevar a los esclavos y distribuir las propiedades de los blancos, lesionaba objetivamente la base material del orden colonial".[182] En esas condiciones el enfrentamiento entre patriotas y criollos asumió un carácter muy curioso. Así lo describió la pluma de Uslar Pietri: "El [ejército] patriota comandado por ilustres señores, educados en su mayoría en Europa, conocedores de las buenas reglas, observando en la batalla la disciplina del arte y del honor. Y el realista, una montonera indisciplinada y sangrienta, dirigida por seres terribles que no conocían lo más esencial de la tradición militar y que en su mayor parte eran esclavos, pulperos, contrabandistas, asesinos, capataces y presidiarios, toda una gama de colores democráticos y populares, a los que no se les podía oponer nada porque eran, en aquellos momentos de atraso y de degradación social, la médula esencial del pueblo venezolano".[183]

Que Boves no era consciente del carácter de la rebelión que había desatado explica por qué nunca esbozara algo parecido a un programa social-agrario y concentrara su actividad en la destrucción de las fuerzas enemigas. Pero, a su vez, esa actividad documenta el intenso odio social y racial que animaba a sus tropas. Pueblos completos, como San Joaquín y Santa Ana, fueron destruidos.[184] En el pueblo de Santa Rosa fueron ejecutados todos los blancos. En Villa de Aragua fueron asesinadas más de cuatrocientas personas. En Barcelona más de mil.[185]

El pueblo al que Bolívar y Mariño habían recurrido sólo

[181] Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814*, París, 1954, p. 99.
[182] F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 196.
[183] J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 101.
[184] J. Bosch, *op. cit.*, p. 88.
[185] J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 106.



retóricamente mostraba, en nombre del rey, convertido en un símbolo abstracto de la guerra contra los opresores tradicionales, un enorme desprecio para aquellos libertadores que querían emancipar un país sin hacerlo con sus habitantes. Quizá, de acuerdo con la designación de Bolívar, la patria seguía siendo "boba", pero lo cierto es que después de 1814 había perdido su inocencia. Había corrido ya mucha sangre y la derrota de los criollos era demasiado evidente como para que, por lo menos Bolívar, no extrajera de una vez por todas las debidas conclusiones.

### *La conversión de Bolívar*

En 1814, habiendo regresado a su trono Fernando VII, comenzó casi en toda Hispanoamérica un feroz contrataque español. "Ahora o nunca" parecía ser el lema, sabiendo los españoles que si no aprovechaban la coyuntura deberían despedirse de las posesiones americanas. La segunda derrota de Bolívar les brindó además una oportunidad preciosa para trazar una estrategia en dirección exactamente contraria a la que habían emprendido los libertadores, esto es, a partir de Venezuela avanzar hacia Perú, después a Chile, hasta llegar al río de la Plata. La ocupación de Venezuela era pues para los españoles un asunto de vida o muerte, y por eso enviaron allí un numeroso ejército al mando de Pablo Morillo, uno de los mejores generales de España. En 1815 Morillo entraba triunfalmente en Caracas y en octubre de 1816 realizaba una victoriosa campaña en Nueva Granada. Todo parecía marchar sobre ruedas para los españoles.

Sin embargo, la estrategia de los españoles reposaba sobre dos pilares bastante débiles. Uno era el precario apoyo recibido desde la propia España, ya que la monarquía tenía que bregar allá con una creciente oposición liberal a la guerra extracontinental. La impopularidad de la guerra colonial determinó que incluso algunos círculos conservadores se plantearan la posibilidad de buscar alguna salida negociando con los criollos. Pero éste era precisamente el segundo pilar débil. Una solución negociada pudo haber sido posible antes de 1814, pero después de este año el afán militarista de destruir todas las resistencias criollas había terminado con esa posibilidad —sobre todo en Caracas. "Desde 1815 hasta 1819 la administración realista secuestró en la provincia de Caracas 312 haciendas que representaban el 70% del total censado en 1810".[186] Aunque el secuestro de haciendas tuviera como objeto financiar

[186] F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 218.

que veían a la caballería como simple fuerza auxiliar de la de infantería.[181]

El hábil Boves, captando rápidamente el descontento social que provocaba la segunda república, decidió ofrecer sus fuerzas a los españoles y el 15 de junio de 1814 derrotó nada menos que a los ejércitos unidos de Bolívar y Mariño en la batalla de la Puerta. El 10 de julio entró a Valencia y el 16 estaba en Caracas sembrando un terror que superó incluso al de Monteverde y Bolívar. Sin embargo, a diferencia con estos últimos, Boves no estaba aislado socialmente. En su marcha hacia Caracas se iban sumando a sus huestes cientos de pobres de todos los colores. Probablemente el mismo Boves no sabía que aquello que había desatado era una formidable rebelión popular, hecha en nombre nada menos que del rey de España. Pero también Boves, "al sublevar a los esclavos y distribuir las propiedades de los blancos, lesionaba objetivamente la base material del orden colonial".[182] En esas condiciones el enfrentamiento entre patriotas y criollos asumió un carácter muy curioso. Así lo describió la pluma de Uslar Pietri: "El [ejército] patriota comandado por ilustres señores, educados en su mayoría en Europa, conocedores de las buenas reglas, observando en la batalla la disciplina del arte y del honor. Y el realista, una montonera indisciplinada y sangrienta, dirigida por seres terribles que no conocían lo más esencial de la tradición militar y que en su mayor parte eran esclavos, pulperos, contrabandistas, asesinos, capataces y presidiarios, toda una gama de colores democráticos y populares, a los que no se les podía oponer nada porque eran, en aquellos momentos de atraso y de degradación social, la médula esencial del pueblo venezolano".[183]

Que Boves no era consciente del carácter de la rebelión que había desatado explica por qué nunca esbozara algo parecido a un programa social-agrario y concentrara su actividad en la destrucción de las fuerzas enemigas. Pero, a su vez, esa actividad documenta el intenso odio social y racial que animaba a sus tropas. Pueblos completos, como San Joaquín y Santa Ana, fueron destruidos.[184] En el pueblo de Santa Rosa fueron ejecutados todos los blancos. En Villa de Aragua fueron asesinadas más de cuatrocientas personas. En Barcelona más de mil.[185]

El pueblo al que Bolívar y Mariño habían recurrido sólo

[181] Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814*, París, 1954, p. 99.
[182] F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 196.
[183] J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 101.
[184] J. Bosch, *op. cit.*, p. 88.
[185] J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 106.



retóricamente mostraba, en nombre del rey, convertido en un símbolo abstracto de la guerra contra los opresores tradicionales, un enorme desprecio para aquellos libertadores que querían emancipar un país sin hacerlo con sus habitantes. Quizá, de acuerdo con la designación de Bolívar, la patria seguía siendo "boba", pero lo cierto es que después de 1814 había perdido su inocencia. Había corrido ya mucha sangre y la derrota de los criollos era demasiado evidente como para que, por lo menos Bolívar, no extrajera de una vez por todas las debidas conclusiones.

### *La conversión de Bolívar*

En 1814, habiendo regresado a su trono Fernando VII, comenzó casi en toda Hispanoamérica un feroz contrataque español. "Ahora o nunca" parecía ser el lema, sabiendo los españoles que si no aprovechaban la coyuntura deberían despedirse de las posesiones americanas. La segunda derrota de Bolívar les brindó además una oportunidad preciosa para trazar una estrategia en dirección exactamente contraria a la que habían emprendido los libertadores, esto es, a partir de Venezuela avanzar hacia Perú, después a Chile, hasta llegar al río de la Plata. La ocupación de Venezuela era pues para los españoles un asunto de vida o muerte, y por eso enviaron allí un numeroso ejército al mando de Pablo Morillo, uno de los mejores generales de España. En 1815 Morillo entraba triunfalmente en Caracas y en octubre de 1816 realizaba una victoriosa campaña en Nueva Granada. Todo parecía marchar sobre ruedas para los españoles.

Sin embargo, la estrategia de los españoles reposaba sobre dos pilares bastante débiles. Uno era el precario apoyo recibido desde la propia España, ya que la monarquía tenía que bregar allá con una creciente oposición liberal a la guerra extracontinental. La impopularidad de la guerra colonial determinó que incluso algunos círculos conservadores se plantearan la posibilidad de buscar alguna salida negociando con los criollos. Pero éste era precisamente el segundo pilar débil. Una solución negociada pudo haber sido posible antes de 1814, pero después de este año el afán militarista de destruir todas las resistencias criollas había terminado con esa posibilidad —sobre todo en Caracas. "Desde 1815 hasta 1819 la administración realista secuestró en la provincia de Caracas 312 haciendas que representaban el 70% del total censado en 1810".[186] Aunque el secuestro de haciendas tuviera como objeto financiar

[186] F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 218.

la guerra, era lo peor que se le podía hacer a una oligarquía, la que a partir de ahí entendió que para defender sus intereses debía tomar una decisión definitiva en favor de la independencia.

Mientras tanto Bolívar, otra vez en el destierro, trataba de ordenar sus ideas; todavía seguía convencido de que la derrota había sido causada por las divisiones en el interior del campo criollo, y en su famosa Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1815) insistía acerca de dotar a la revolución de un poder centralizado y fuerte, pronunciándose en contra "de la forma democrática y liberal" [187] y abogando con brillante pluma por una gran unidad entre Nueva Granada y Venezuela, cuya capital sería Maracaibo o una nueva ciudad con el nombre de Bartolomé de las Casas. La idea era realmente hermosa, pero la verdadera autocrítica del libertador no hay que buscarla en sus escritos, los que por lo general afirmaban posiciones de principios, sino en la práctica que realizó después de 1815.

Durante su estadía en Jamaica, Bolívar intentó ganar a su causa el apoyo de Inglaterra, pero para lograrlo tenía que mostrar una mínima fuerza política y militar. Analizando los acontecimientos recientes debe haber entendido que teniendo a los llaneros en contra nunca podría avanzar demasiado y que, de alguna manera, tenía que llegar a un acuerdo con ellos. Esa idea debe haber devenido convicción cuando después de 1815 se vio obligado a salir de Jamaica no encontrando más refugio que el que le brindaba Alexandre Pétion, presidente de la república de Haití. Quisiera o no, Bolívar estaba obligado a repensar la situación de los negros en su país. Pétion además, pese a su compromiso de guerra civil contra Cristophe, la amenaza de Francia y el peligro que implicaba provocar a España, le ofrecía una ayuda que en todas partes le negaban.[188] Podemos pues afirmar que Bolívar experimentaría un verdadero proceso de conversión, y cuando firmó a Pétion un acta según la cual se comprometía a liberar a los esclavos de su país, no lo hizo por conveniencia sino llevado por la más profunda convicción, como después tendría oportunidad de demostrarlo.[189]

La conversión de Bolívar se deja ver incluso en su nueva estrategia militar. Después de una fracasada invasión (mayo-agosto de 1816), seguido de un pequeño destacamento alcanzó el continente y se adentró en el sur de Guayana, entre las llanuras del Orinoco,[190] tierra de negros y llaneros. El escenario de sus batallas ya no lo veía más en las grandes ciudades. A los negros ofreció de inmediato liberarlos de la esclavitud si se incorporaban a sus ejércitos. Con los llaneros, la alianza iba a ser más complicada pues éstos, dirigidos ahora por el fiero José Antonio Páez, se entendían como una fuerza autonoma que se regía de acuerdo con sus propios códigos no escritos. Así, Bolívar, tan aristocrático y orgulloso, tan autoritario y centralista, tuvo que aprender a tratar a los llaneros como un sector independiente y a pactar con su jefe, Páez, de general a general.

[187] J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., tomo 2, p. 93.
[188] A. Mijares, *op. cit.*, p. 298.
[189] G. Masuf, *op. cit.*, p. 273.
[190] J. Lynch, *op. cit.*, p. 235.



Antonio Páez nació en julio de 1770 en Barinas, en el occidente de Venezuela. Octavo hijo de un funcionario pobre, vivió una sufrida infancia en los llanos. Era siete años más joven que Bolívar. Sus llaneros lo adoraban y le apodaban "tío Antonio".[191] A cambio de su apoyo, Bolívar daba carta libre a los llaneros para que saquearan todas las posesiones españolas que quisieran e incluso, esbozando una especie de programa agrario, les prometió tierras si es que alcanzaban el poder, promesa que cumplió.

Pese a que Bolívar aceptaba unirse con los llaneros, no estaba dispuesto sin embargo a renunciar al apoyo de los criollos. Eso quizá explica las razones por las cuales hizo fusilar a uno de sus mejores generales, el mestizo Manuel Piar, que intentó ponerse a la cabeza de un ejército de pardos y esclavos en 1817. Bolívar, que no aceptaba jamás poner en discusión su liderazgo personal, tampoco quería convertir la lucha por la independencia en una simple "guerra de razas". De esta manera, antes del ajusticiamiento de Páez, en octubre de 1817, hizo difundir una proclama en la que se decía: "El rostro según Piar es un delito y lleva consigo el decreto de vida o muerte. Así, ninguno sería inocente, pues que todos tienen un color que no se puede arrancar para sustraerse a la mutua persecución." [192]

Después de algunas derrotas frente a las tropas de Morillo, Bolívar y Páez decidieron concentrar todas sus fuerzas en Angostura, donde se erigió una especie de poder político alternativo al de los peninsulares. Allí tendría lugar el 15 de febrero de 1819 el congreso que daría forma institucional a la República de Venezuela. En esa ocasión Bolívar pronunció un discurso en donde se esbozan los principales temas de su ideario. Interesante es destacar su renuncia a su anterior concepción autoritaria de gobierno y su adhesión al régimen republicano, erigido sobre bases populares, democráticas e igualitarias. Por ejemplo, dijo: "Un gobierno republicano ha sido, es y debe

[191] G. Masur, *op. cit.*, p. 307.
[192] J. Bosch, *op. cit.*, p. 134.

ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del Pueblo; la división de Poderes; la Libertad Civil; la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios."[193] Respecto a la abolición de la esclavitud, era más que enfático: "[...] imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República".[194] Finalmente el congreso eligió a Bolívar presidente de una república que por el momento sólo existía en la mente del libertador.

Pero quizás en los mismos días en que Bolívar escribía su famoso discurso, planeaba una salida militar inesperada (tanto para los españoles como para sus propios generales): abandonar las luchas en Venezuela e invadir Nueva Granada.

### *La creación de Colombia*

En Nueva Granada existían condiciones socioeconómicas algo distintas a las que primaban en Venezuela. El sector exportador, por ejemplo, dedicado de preferencia a la explotación de productos como el algodón y el cacao en escala reducida, estaba situado en las zonas costeras del país y su relación con la producción agraria del interior era más bien insignificante. Hacia el interior, como consecuencia del desarrollo intensivo de la agricultura, habían alcanzado cierto desarrollo algunos sectores comerciales e industriales que vivían de un mercado local relativamente amplio. De principal importancia fue la industria textil, que al expandirse hacia Quito convirtió a la ciudad en el principal centro manufacturero de Sudamérica.[195] Pero los múltiples obstáculos que ponía la Corona al desarrollo de las industrias locales determinó que los productores vivieran en permanente tensión con las autoridades locales. Como consecuencia de ello irrumpieron muchas rebeliones de comerciantes e industriales, sobre todo en los periodos en que se elevaban los impuestos. Como hemos visto, la rebelión más significativa fue la de los comuneros de Nuevo Socorro en 1781. En pocas palabras, la clase criolla neogranadina era más proclive a romper con España que otras del continente. Por ejemplo, cuando Antonio Nariño tradujo en 1793 la Declaración de los Derechos del Hombre, contó con la solidaridad tácita de la mayoría de esa clase, algo que en ese tiempo en muchas otras regiones habría sido impensable. Además, a diferencia de los criollos de Perú y Venezuela, los

[193] Simón Bolívar, *op. cit.*, tomo 3, p. 683.
[194] *Ibid.*, p. 694.
[195] J. Lynch, *op. cit.*, p. 278.



de Nueva Granada habían demostrado, sobre todo en la rebelión comunera, que estaban en condiciones de movilizar a las clases pobres de la región sin verse sobrepasadas por éstas. Nueva Granada era pues uno de los eslabones más débiles de la cadena colonial, hecho que Simón Bolívar debe haber tenido en cuenta cuando tomó su decisión de recomenzar allí su campaña.

Los criollos neogranadinos estaban además vinculados con los de Quito, donde en 1809 bajo la consigna "Viva la Religión, Viva el Rey, Viva la Patria" había estallado una gran rebelión de los estancieros y comerciantes locales, cuya junta suprema era presidida por el marqués de Selva Negra. Tal rebelión, muy similar a la de los comuneros neogranadinos de 1781 y cuyas reivindicaciones eran las ya tradicionales entre los criollos (por la libertad de comercio, por un mayor acceso a los cargos públicos y contra los altos impuestos), al insertarse en el periodo de lucha por la independencia fue considerada por los españoles como un movimiento antimonárquico, y por lo tanto reprimido como tal. El virrey Abascal ocupó Quito y sus tropas saquearon la ciudad. Lo que sigue es ya historia conocida. La brutalidad de la ocupación obligó a muchos criollos a pronunciarse abiertamente por la independencia. Así, como consecuencia de una verdadera resistencia popular dirigida por el grupo criollo, los españoles fueron expulsados de Quito. El 15 de febrero de 1812, el recién elegido congreso promulgó nada menos que la Constitución del Estado Libre de Quito. El resto de la historia repite casi calcadas las experiencias vividas en otras regiones: la incapacidad de los criollos para mantener bajo control a las masas de indios y las divisiones internas se vieron en Quito agravadas por el aislamiento militar, pues Guayaquil y Cuenca seguían ocupadas por los españoles. El 8 de noviembre las tropas españolas conducidas por el general Toribio Montes ocuparon la ciudad. Pero aquí la historia de Quito se diferencia un tanto respecto a la de otras regiones. El general Montes tuvo la habilidad suficiente para negociar con sectores de la oligarquía local llevando a cabo una represión de tipo más bien selectiva, con lo que logró convertir a la ciudad en un baluarte español hasta 1820. Pero el sismo de Quito había repercutido violentamente en Nueva Granada.

Los sectores más radicales de Nueva Granada interpretaron los acontecimientos de 1809 en Quito como la señal esperada para iniciar la insurrección. Las actividades conspirativas de Nariño y los suyos fueron sin embargo pronto descubiertas. Pero paralelamente el abogado Camilo Torres Restrepo, en un documento titulado "Memorial de Agravios" firmado por los miembros del Cabildo de Bogotá, exigía prácticamente la

independencia. Es evidente que la insurrección abarcaba a casi toda la región, y ya fuera en Cali (3 de julio), en Socorro (9 de julio) o en Bogotá (20 de julio), el órgano de representación criolla era el cabildo.

Sin embargo, pese a que los criollos de Nueva Granada eran quizá los más antimonárquicos del continente, estaban profundamente divididos entre sí. En realidad no había una sola oligarquía sino muchas; cada una de ellas se sentía dueña de una determinada ciudad o provincia y, por supuesto, ninguna quería someterse a los dictados de la otra. En marzo de 1811 Cundinamarca se declaraba república independiente. Las otras provincias, desconfiando de la supremacía de Bogotá, se agrupaban en la llamada Federación de Provincias de Nueva Granada. Pese a que en junio de 1813 Nariño recibía el pomposo pero también formal título de Dictador Perpetuo, "pronto se vio claramente que era más fácil derrotar a los españoles que organizar a los criollos".[196] Las divisiones entre los criollos, más que la superioridad de los ejércitos españoles, hicieron posible la reconquista al mando del general Morillo.

Como ya hemos visto en repetidas ocasiones, en el periodo de reconquista los españoles disponían de buenos ejércitos, pero de ningún programa coherente de gobierno que se adaptara a las nuevas circunstancias.[197] De esta manera, al poco tiempo la situación de Nueva Granada era similar a la de casi todas las zonas reconquistadas de América: abierto antimonarquismo de los criollos principales, resistencia urbana, grupos de guerrilleros rurales. En otras palabras, la situación ideal para la invasión pensada por Bolívar. Y a diferencia de un Belgrano en el Alto Perú, por ejemplo, Bolívar no era considerado un forastero en la región. Ya en 1813 había combatido en Nueva Granada junto a Nariño y en 1814 en nombre de la Federación del Estado de Colombia había combatido a la república rebelde de Cundinamarca. Por lo demás, la idea de unir a Nueva Granada y Venezuela en una sola gran república obsesionaba a Bolívar desde hacía mucho tiempo y en 1813 la había planteado epistolarmente a Nariño aduciendo que "Divididos seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos." [198]

En 1919 Bolívar estaba convencido de que la suerte no sólo

[196] *Ibid.*, p. 269.

[197] Véase Osvaldo Díaz Díaz, "La reconquista española", en *Historia extensa de Colombia*, vol. VI, Bogotá, 1964, especialmente pp. 94-112.

[198] S. Bolívar, *op. cit.*, tomo I, p. 81.



de Venezuela sino que de Quito, Guayaquil y todo Perú, dependía de la liberación de Nueva Granada. Toda su estrategia militar había experimentado un viraje total. Al comenzar la lucha en Venezuela había traído refuerzos de Nueva Granada y ahora se dejaba caer sorpresivamente en la región realizando una increíble travesía a través de las montañas con pérdidas humanas enormes. Después de librar varias batallas, Bolívar alcanzaba su objetivo derrotando el 7 de agosto de 1819 a los españoles en la decisiva batalla de Boyacá. El 10 de agosto entraba triunfalmente en Bogotá.

Pese a ser investido en Bogotá con el título de presidente interino de la república, Nueva Granada era, en los planes de Bolívar, un simple eslabón inicial. El segundo eslabón sería Venezuela. De este modo, muy pronto abandonaría Nueva Granada dejándola a cargo del general Santander para regresar a Venezuela, donde además de muchas batallas militares le esperaba una batalla política de envergadura: unir a Venezuela y Nueva Granada en una gran república.

El 17 de diciembre de 1819 uno de los grandes sueños del libertador se hacía realidad, por lo menos sobre el papel pues en el Congreso de Angostura fue decretada la fundación de la Gran República de Colombia, que agrupaba a los territorios de Venezuela, Nueva Granada y Quito.

## *Siempre hacia el sur*

En el pensamiento de Bolívar se observa una idea que como un hilo rojo lo recorre desde el comienzo hasta el final. Esta idea no es otra que su concepción centralista, abiertamente opuesta a las concepciones regionalistas, localistas y federalistas en las diversas oligarquías. Tal idea se había fortalecido a través de diversas experiencias y después de la fundación de Colombia adquiere en sus discursos y escritos una expresión casi religiosa. Sin embargo, el libertador quizá presentía que las distintas aristocracias locales estaban dispuestas a aceptar la centralización sólo en el plano militar y mientras durara la guerra. Y era esa guerra la que en los años veinte consumía también todas las energías de Bolívar.

Ya habría tiempo para dotar a las nuevas repúblicas de las correspondientes instituciones republicanas, centralistas y democráticas. La tarea era, en los años veinte, expulsar definitivamente a los españoles de América. Y frente a ese imperativo se erguía el desafío de Guayaquil, aquella ciudad de prósperos comerciantes que todos deseaban: los peruanos la consideraban una prolongación natural de su territorio; los colombianos querían anexársela; algunos guayaquileños que-

rían hacer del puerto una republiqueta independiente; San Martín la exigía para afirmar sus débiles posiciones en el Perú, y por si fuera poco era considerada por los españoles como el punto más estratégico para iniciar otra reconquista. Así, Bolívar se vio obligado a abandonar las luchas políticas que lo retenían en Venezuela, y dejando a su Colombia a medio fundar tuvo que ponerse nuevamente a la cabeza de sus ejércitos donde al menos su liderazgo era indiscutible.

La liberación de Guayaquil se realizó mediante una operación conjunta entre los criollos de la ciudad que se alzaron el 18 de noviembre de 1821 y el ejército de Bolívar al mando del general Antonio José de Sucre. En la práctica la ocupación de Guayaquil era la coronación de la independencia definitiva de América. Poco después, los ejércitos unidos de Sucre y del enviado de San Martín, el coronel peruano Santa Cruz, obtendrían la decisiva victoria de Pichincha (24 de mayo de 1822). A su vez, Bolívar, luego de obtener la rendición del difícil reducto español de Pasto, enfiló hacia Guayaquil a fin de tomar posesión personal de la ciudad en nombre de la Gran Colombia y bloquear así las pretensiones de San Martín y de los autonomistas. Por cierto hizo caso omiso de las demostraciones contrarias a la anexión con que lo recibieron a su entrada en la ciudad y que se expresaban en consignas como "Viva el Perú".[199]

Cuando se produjo la entrevista, ya la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia era un hecho consumado. Como hemos visto, el debilitado San Martín no estaba siquiera en condiciones de reclamar. Para culminar su obra, a Bolívar sólo le restaba avanzar hacia Perú, reconquistar el antiguo virreinato y dedicarse al fin a realizar su sueño: unificar a toda América en una sola gran nación.

## *Los pantanos de Perú*

San Martín, gran estratega militar, había fracasado en Perú como político. Bolívar, estratega no menos grande, debería allí mismo poner en juego su suerte política. El problema más grave lo representaba una aristocracia que reunía en sí misma todo lo que Bolívar condenaba en las demás aristocracias de América. La última gran actuación de esa clase había sido boicotear la presencia de las tropas argentino-chilenas, preparando así el camino para la ofensiva española. De ese modo, en junio de 1823, Lima fue ocupada fácilmente por los realistas, que depusieron al gobierno de Riva Agüero.

[199] General D. F. O'Leary, *op. cit.*, tomo 2, p. 147.



En el Callao los criollos nombraron un gobierno paralelo a cargo de Torre Tagle, pero tan dividida estaba la oligarquía que ni aun en esos difíciles momentos postergaron sus diferencias, y los hombres de Riva Agüero no reconocieron a ese gobierno.

El congreso dirigido por Torre Tagle pudo instalarse en Lima sólo cuando los españoles decidieron retirarse hacia el sur, al tener noticia de que se acercaban los ejércitos de Bolívar. De este modo, el día que Bolívar hizo su entrada en Lima la situación no podía ser peor. Para colmo, Riva Agüero había decidido establecer relaciones con los realistas y Torre Tagle no tardó en hacer lo mismo. En efecto, la aristocracia peruana nunca había dejado de ser monárquica y en ese momento de desorden estaba dispuesta a pactar con cualquiera fuerza que le asegurara una mínima estabilidad. Pero ante su desilusión, el campo de los españoles no estaba menos minado que el de los criollos. Un enorme desconcierto reinaba en los ejércitos de la península, pues las disputas metropolitanas entre liberales y monárquicos también se habían trasladado a América. Como ha sido precisado, el virrey vigente, De la Serna, era un hombre de la fracción liberal, pero su poder era cuestionado porque en España la monarquía, apoyada nada menos que por Francia, había puesto fuera de juego a la oposición. A fines de 1823 la fracción monárquica del ejército asestó un golpe y quedó a cargo de las tropas el general Olañeta, cuyas posiciones realistas lindaban en el paroxismo. Olañeta estableció su cuartel general en el Alto Perú. Precisamente donde los ejércitos del Plata habían querido comenzar la revolución continental, debería finiquitarla Bolívar.

En Lima, Bolívar puso de nuevo a prueba sus dotes de organizador. Comprendiendo que los peruanos querían sentir la independencia como una conquista propia, se dio a la tarea de formar un ejército nacional en el norte. Gracias a sus esfuerzos y los de Sucre, las divisiones en el interior de las desorganizadas tropas chilenas y argentinas establecidas fueron poco a poco disminuyendo y al poco tiempo quedó formado un excelente ejército intercontinental secundado por los fieros llaneros venezolanos. El mariscal Sucre lograría asestar el golpe definitivo a los españoles en la batalla de Ayacucho, el 8 de diciembre de 1824. Cuando Bolívar se enteró de la noticia "apuñó la carta en sus manos y se dio a bailar solo por el salón al grito de victoria, victoria".[200] Y tenía razones para permitirse un poco de locura: la parte militar de la independencia ya estaba casi terminada. Faltaba la más difícil, la política.

[200] R. Vargas Ugarte, *op. cit.*, tomo 6, p. 367.

Lo que hacía más problemáticas las relaciones con la oligarquía local era su increíble inmovilismo social. Por ejemplo, sabiendo Bolívar que sin el apoyo de los indios y campesinos pobres nunca podría haber estabilidad política en Perú, intentó dictar algunas leyes en favor de esos sectores, como la supresión de los tributos y la devolución de algunas tierras comunales, pero nunca pudo siquiera rozar al sistema de haciendas, piedra angular de la dominación oligárquica. De este modo, la política agraria de Bolívar no fue tan profunda como para conquistar la lealtad de las clases pobres, pero sí lo suficiente como para provocar la desconfianza de las dominantes. El libertador se encontró así, al igual que antes San Martín, en un callejón sin salida. Realizar una reforma agraria provocaría, de seguro, una contrarrevolución criolla. No hacerla significaba perder el apoyo de la mayoría de la población del país. Intentar una política de término medio —como fue en última instancia la que trató de realizar— no era posible en las condiciones de una sociedad cuya característica fundamental era la extrema polarización social. Por lo demás, aunque sin alcanzar las posiciones conservadoras de un San Martín, Bolívar tampoco era un revolucionario. Quería, por cierto, beneficiar a los más necesitados y tanto en su correspondencia como en sus discursos hay pruebas suficientes de su sensibilidad social, pero estas posiciones no iban más allá de una suerte de paternalismo ilustrado. En ese sentido hay que tener en cuenta que el objetivo de Bolívar no era crear una sociedad más justa, sino construir estados y naciones independientes y soberanos. Por lo mismo, era alérgico a toda revuelta, por más popular que ésta fuera, si atentaba contra sus principios.

Por lo demás, todos los planes de gobierno que hubiera podido tener Bolívar eran imposibles de realizar mientras los españoles no fueran definitivamente expulsados del continente. Y la resistencia del Alto Perú resultó una empresa mucho más difícil de lo que en un comienzo había imaginado.

Paradójicamente los altoperuanos habían sido los primeros en pronunciarse en favor de la independencia y serían los últimos en obtenerla. La culpa de ese atraso la tuvieron, evidentemente, los gobernantes del Plata que con sus pretensiones expansionistas se habían enajenado casi por completo el apoyo de la población de la región. Las propias guerrillas montoneras estaban, hacia la década de los veinte, completamente exterminadas por los españoles. Para colmo, el Alto Perú había caído en manos del fanático Olañeta, que inició una doble guerra: en contra de los criollos y en contra de los ejércitos del virrey La Serna haciéndose nombrar "Comandante de las provincias del Río de la Plata". Seguramente Olañeta no se



daba cuenta con exactitud de lo que estaba haciendo, pues con su disidencia separaba a la actual Bolivia del virreinato del Plata pero también de Perú, constituyéndose un extraño reducto ¡independiente y realista a la vez! La propia oligarquía altoperuana, sintiéndose arrastrada a un precipicio, veía en Bolívar su única salvación y sólo pedía que le fueran respetadas sus propiedades para aceptar la independencia. En la práctica, esa oligarquía sintetizaba la principal característica de todas las de Hispanoamérica: ser partidaria sólo de sí misma.

No fue hasta el 1 de abril de 1825 cuando los ejércitos de Sucre pudieron vencer a los de Olañeta, que murió combatiendo por una idea imposible. La guerra había terminado. América era libre.

Pero ¿era América realmente libre? Esta pregunta tiene que habérsela hecho muchas veces Bolívar después de la guerra.

### *El sueño de Bolívar*
### *(o las pesadillas de la oligarquía)*

Desde el Manifiesto de Cartagena (1812) pasando por la Carta de Jamaica (1815) y el discurso de Angostura (1819) hasta llegar a la redacción de la Constitución Boliviana (1825) y de su proyecto federativo que culminaría (y fracasaría) en el Congreso de Panamá (1826), hay dos obsesiones que no abandonaron nunca la atormentada mente del libertador: la creación de estados autoritarios pero democráticos y la fundación de una federación continental de naciones.

Quizás en donde mejor se expresan estas dos obsesiones fue en la constitución que a pedido de los criollos de Perú dictó el libertador para la futura Bolivia. En ella se insiste en la necesidad de crear un poder ejecutivo que subordine casi en términos absolutos a los poderes legislativo y judicial. Según nuestro juicio, la concepción bolivariana del Estado proviene de tres fuentes principales. La primera es la propia tradición personal del libertador, esencialmente autoritaria, ya fuera como miembro de una familia aristocrática y monárquica, como general de ejército o bien como suscriptor de los principios del despotismo ilustrado español y francés. La segunda fuente está conformada por su propia experiencia con los fraccionalismos oligárquicos que poblaban América y con las frecuentes rebeliones de las clases subalternas que lo llevan a la convicción de que en América no son las clases las que deben dominar al Estado sino a la inversa. La tercera fuente es su propia utopía. Porque la idea de constituir las naciones a través de los estados y no los estados a través de las na-

ciones apuntaba siempre a hacer posible alguna vez una unidad americana. En este sentido hay que remarcar que tal debería ser siempre una unidad de naciones previamente conformada. En consecuencia, el internacionalismo de Bolívar pasaba por la afirmación de los nacionalismos y no por su negación como tantas veces se ha creído, o como apunta un historiador: "Afirmar el estado nacional por encima de los intereses de su propia clase social es la suprema lección del bolivarismo."[201]

No deja de ser sugerente comprobar que al mismo tiempo que el libertador dictaba una constitución para Bolivia, trabajaba en la organización de un congreso a tener lugar en Panamá donde se sentarían las bases para una eventual unificación de estados. Ya antes de la batalla de Ayacucho (diciembre de 1824), Bolívar había dirigido una circular a los gobiernos de México, Guatemala, Chile y Brasil. Según su opinión, una gran federación debería originarse a partir de la Gran Colombia además de Perú y Bolivia. Con cierta premonición se opuso desde un comienzo a que Estados Unidos participara en dicho congreso. Por cierto, Bolívar no era simple soñador, y de antemano sabía que Brasil, Argentina y Chile no estaban interesados en sumarse a su proyecto. Por lo tanto, según su opinión, el Congreso de Panamá no podría tener un carácter resolutivo, sino que sería una especie de *test* para evaluar las diferentes opiniones. No estaba equivocado. El congreso celebrado en Panamá entre el 22 de junio y el 15 de julio sólo constató la disposición favorable, aunque no siempre entusiasta, de los países liberados por Bolívar. En agosto de 1826, Bolívar estaba tan pesimista que incluso había retirado el término "federación" remplazándolo por el mucho más amplio de "unión", "que formarán los tres grandes estados de Bolivia, Perú y Colombia bajo un solo pacto".[202] En realidad era muy difícil que alrededor de 1926 Bolívar siguiera pensando en la constitución inmediata de una federación, sobre todo si se tiene en cuenta que la propia federación bolivariana parecía resquebrajarse en sus propios cimientos. Poco tiempo después, el mismo Bolívar compararía su papel en la Asamblea de 1826 con el de "aquel griego loco que pretendía, desde una roca en medio del océano, dirigir los buques que navegaban alrededor".[203]

Durante 1826, Bolívar parecía sucumbir en Perú frente a los mismos problemas que habían hundido a San Martín. El libertador no había podido escapar de aquella trampa constituida por esos elementos que, según propia confesión, son "los enemigos de todo régimen justo y liberal, oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo".[204] El nacionalismo peruano, que nunca fue demasiado fuerte frente a los españoles, se manifestaba con inusitada fuerza contra los ejércitos de Bolívar. Éste, indiscutido como jefe militar durante la guerra, no parecía a la oligarquía demasiado confiable como jefe político durante la paz. Sus reformas no habían dejado contentos ni a moros ni a cristianos. Ni siquiera había podido cumplir su promesa de liberar a los esclavos, que no serían liberados en Perú ¡hasta 1855! Así, se encontraba en la peor posición para todo gobernante: la indefinición.

En el Alto Perú la situación no era mejor. Si bien allí Sucre y Bolívar habían podido imponer algunas reformas referentes a las tributaciones indígenas, la oligarquía frenaba todo intento para realizar algunas reformas sociales más profundas. En vista de esas circunstancias, a veces tenemos la sospecha de que los grandes esfuerzos de Bolívar por lograr la unidad continental eran una suerte de fuga "hacia adelante" determinada por su desesperación por no lograr la estabilidad en ningún país. El mismo Bolívar quizá desesperanzado no había resistido la tentación —como constata su excelente biógrafo Masur— de gozar el lujo y el poder.[205] En 1827 Bolívar, desilusionado de Perú, decidió regresar a su Gran Colombia.

En Colombia, Bolívar hubo de constatar con amargura que la realidad peruana sólo era la expresión concentrada de la americana, y tuvo que cerciorarse definitivamente de la distancia sideral que existía entre sus ideales y la realidad concreta. Y esa realidad estaba determinada por la existencia de oligarquías que estaban dispuestas a hacer cualquier cosa porque sus privilegios derivados del periodo colonial permanecieran intocados. Serían esas oligarquías, y no las ideas abstractas de los libertadores, las que determinarían el carácter y sentido de los futuros países latinoamericanos. En esas condiciones, la independencia no sólo no implicaría ninguna revolución social —como tanto se ha repetido— sino que más bien emergería en muchas regiones como una contrarrevolución social en sentido preventivo.

En efecto, la independencia no sólo implicó la persistencia de las antiguas relaciones señoriales sino además su fortalecimiento, que, por supuesto, tendría lugar a costa de los más humillados de la sociedad: los indios.

Hay que recordar que durante la Colonia había existido

[201] Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 92.
[202] S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 3, p. 462.
[203] General D. F. O'Leary, *op. cit.*, tomo 2, p. 334.
[204] S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 1, p. 172.
[205] G. Masur, *op. cit.*, p. 539.

una legislación que al menos formalmente preservaba algunos derechos de los indios y en algunas regiones los curacas o caciques habían mantenido algunas cuotas de poder cumpliendo ciertas funciones en la administración de bienes y tierras. Incluso grandes rebeliones, como la de Túpac Amaru, surgieron debido a la inaplicabilidad de determinadas leyes; pero las leyes existían. En otros casos, la Iglesia se había preocupado por dar mínimas garantías de protección a los indios.

Ahora bien, después de la llamada independencia, cuando los criollos ejercieron directamente el poder, lo que tuvo lugar fue un acelerado proceso de expropiación de los restos de tierras de los indios. La fuerza de trabajo indiana pasó a quedar subordinada a mecanismos de explotación más sutiles, pero también más implacables, y las llamadas leyes protectoras fueron relegadas al olvido. Para los indios, la independencia no podía significar sino el comienzo de un nuevo periodo de conquista por parte de los blancos. Es cierto que San Martín, Sucre y Bolívar se preocuparon de legislar en favor de los indios, pero lo que se dictaba en esas caricaturas de congresos no tenía nada que ver con el desenfrenado saqueo de tierras y bienes indígenas, empresas que llevaban a cabo los recién formados ejércitos nacionales. ¿Puede extrañar entonces que los indios (y también los negros) no hayan querido luchar por una independencia ajena, que para ellos sólo podía significar el cambio de una situación terrible por otra peor? Desgraciadamente los indios nunca han escrito su propia historia, pero si lo hubieran hecho estamos seguros de que en ella la palabra independencia no existiría, o sólo tendría un sentido peyorativo.

La revolución de independencia no sólo fue preventivamente contrarrevolucionaria en un sentido social sino que además terminó siéndolo en un sentido político. Pues si es verdad que la revolución es la madre que devora a sus propios hijos, quizás uno de los ejemplos más apropiados es el hispanoamericano. Y no lo decimos en sentido metafórico. En casi todas las regiones los sectores radicales del movimiento independentista fueron en consecuencia exterminados. Unos, como Hidalgo, Morelos y el propio Miranda, fueron ofrendados por los criollos a los españoles; otros fueron asesinados por los propios criollos, tales fueron los casos de Carrera, Rodríguez, Monteagudo, Sucre. Muchos como O'Higgins, Artigas, San Martín, murieron en el exilio; algunos, como Bolívar, murieron en la miseria, perseguidos y olvidados.

Es cierto que las oligarquías continuaron en muchos aspectos el orden colonial, pero también es cierto que en otros lo destruyeron, remplazándolo por uno hecho a su imagen y semejanza. No sólo las clases pobres fueron víctimas de una



verdadera conquista interior. Las oligarquías, al desaparecer los límites que las separaban durante la Colonia, se avalanzaron unas sobre otras librando absurdas guerras en nombre de patrias y naciones artificiales. Lleno de tristeza, Bolívar, al ver cómo toda su obra era hecha pedazos, escribiría que América era ingobernable. Con ello quería seguramente decir que en toda América no existía una clase con vocación dirigente, capaz de perfilarse más allá de estrechos localismos, ya no digamos en un sentido continental sino simplemente nacional.

Tampoco es del todo cierto que las oligarquías hubieran continuado el orden colonial en un sentido económico. De ese orden, lo único que prevaleció incólume fueron las grandes estancias y latifundios. Debido a la aceptación y legalización del libre comercio, los proteccionismos que en algunos casos habían asegurado un mínimo "desarrollo hacia adentro" fueron liquidados, lo que significó la muerte para muchas actividades artesanales e industrias de subsistencia. Los violentos aluviones de capital extranjero saturaban los almacenes con mercancías provenientes de Inglaterra causando con esto crónicos desniveles en la balanza de pagos y, por consiguiente, la disipación rápida de los capitales acumulados hasta 1810, lo que a su vez tenía necesariamente que repercutir en una rápida desocupación de fuerza de trabajo hasta entonces activa en los rubros de producción tradicional.[206]

En síntesis, las características fundamentales de ese fenómeno que hoy día se conoce como "el desarrollo del subdesarrollo" [207] hay que buscarlas en el proceso de constitución de la estructura económica poscolonial. Desde luego, no se trata de hacer aquí una apología del orden colonial, pero también hay que decir que el hambre, como elemento estructural, es fundamentalmente un invento de las oligarquías criollas. En tal sentido no nos parece errada la afirmación de Salvador de Madariaga cuando dice que los reinos de América durante la Colonia "sostuvieron un nivel de vida que no han conocido desde entonces hasta acá".[208] No se trata tampoco de querer resolver aquí toda la complejidad de los problemas culpando al capital extranjero de "todos los males de la sociedad", por mucho que la apertura del comercio con Gran Bretaña hubiera sido "el aspecto más importante de la nueva

[206] T. Halperín-Donghi, *The aftermath of revolution in Latin America*, Nueva York, 1970, p. 55.

[207] Véase André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970.

[208] Salvador de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias*, Buenos Aires, 1950, p. 420.

situación".[209] Pero sin duda fue esa combinación perversa de un capital extranjero ramificado en agricultura, minería y finanzas, con una clase económicamente poderosa pero sin ninguna vocación productora la que ha creado las condiciones de hambre y miseria que caracteriza la historia de América Latina hasta nuestros días.

Por cierto, los primeros libertadores no podían imaginar las distorsiones que iba a producir en la economía latinoamericana la presencia del capital extranjero. Ellos no eran economistas sino románticos soñadores e incluso utopistas, y en la Inglaterra de ese tiempo veían el triunfo de la ciencia, la técnica y la razón sobre el "oscurantismo medieval" representado por España. Pero de todos modos no dejan de sonar ingenuas las palabras que en 1813 dirigiera Bolívar al ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña afirmando que las dos primeras tareas a realizar en América eran sacudir el yugo español y establecer comercio y amistad con Gran Bretaña,[210] o cuando en una carta dirigida a Maxwell Hyslop, pretendiendo interesar a Inglaterra en la causa de la independencia, aducía que: "Los montes de la Nueva Granada son de oro y plata; un corto número de mineralogistas explotarían más minas que las del Perú y Nueva España; ¡qué inmensas esperanzas presenta esta pequeña parte del Nuevo Mundo a la industria británica!" [211]

Quizá los únicos que realmente se beneficiaron con la independencia —aparte de las oligarquías, por supuesto— fueron aquellos sectores sociales intermedios que se habían formado en las postrimerías de la Colonia como consecuencia de la ampliación del comercio internacional y de la urbanización. Con el desarrollo de los estados nacionales, tales sectores encontraron posibilidades de ascenso como empleados, escribientes, leguleyos, etc., en las nuevas profesiones liberales o en los ejércitos. Por lo general eran reclutados entre los criollos pobres y entre las clases mestizas o pardas, que al fin lograban ser reconocidas por las aristocracias como partes integrantes de las nuevas naciones, aunque pagando el precio de reprimir, sobre todo en el terreno cultural, sus orígenes autóctonos. Por lo demás, gratificar a los mestizos era también un medio para comprar su adhesión política. Casos como el del fiero llanero Páez, que de rebelde social pasó a transformarse en un próspero terrateniente, no fueron excepciones. Ahora bien, una política de gratificaciones exige un "Estado caro" y mantenerlo implicaba aumentar el grado de explotación de los sectores subalternos, lo que, como en un círculo infernal, demandaba perfeccionar los sistemas de represión, aumentando de este modo los costos de mantención del Estado.

[209] T. Halperín-Donghi, *The aftermath...*, cit., p. 43.
[210] S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 1, p. 96.
[211] *Ibid.*, p. 136.



Es preciso recordar que la sociedad colonial no era una sociedad militarizada.[212] El militarismo y la violencia como formas principales de resolver los conflictos sociales es también un producto de la postindependencia. En este sentido los temores de Bolívar fueron mucho más visionarios que sus predicciones económicas. En una carta de 1829, dirigida al general O'Leary, escribía: "¿Mandarán siempre los militares con su espada? ¿No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados? Yo reconozco que la actual república no se puede gobernar sin una espada, y al mismo tiempo no puedo dejar de convenir que es insoportable el espíritu militar en el mando civil." [213]

Terminadas las guerras de independencia, los ejércitos quedaron de modo inevitable al servicio de los múltiples poderes locales y al mando de los más diversos caudillos. Surgieron así verdaderos "señores de la guerra" que arrendaban sus servicios al que mejor pagara y, si eso no era posible, se entregaban a la actividad del bandolerismo. La sociedad emergente quedaría así marcada con los signos de una violencia que aún hoy caracteriza a la vida política de la mayoría de los países del continente.

## ALGUNAS CONCLUSIONES

La independencia de Hispanoamérica fue sólo parte de un proceso mucho más amplio que tiene que ver, fundamentalmente, con los acontecimientos que se desarrollaban en Europa durante el siglo XVII, esto es, el origen de la erosión del imperio colonial hay que buscarlo en la propia estructura de la sociedad española, incapaz de generar de manera autónoma las fuerzas que hubieran podido llevarla desde el estadio mercantil hasta una fase industrial.

El hecho histórico que aparentemente determinó la desintegración del imperio fue la invasión napoleónica y el vacío de poder creado por la prisión de Fernando VII. Pero analizando esa misma situación a partir de una perspectiva histórica más amplia, tenemos que convenir en que fueron las propias reformas borbónicas del siglo XVIII las que, intentando moder-

[212] Véase T. Halperín-Donghi, *The aftermath...*, cit., p. 137.
[213] S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 3, p. 317.

nizar las relaciones coloniales, no satisficieron las demandas de los criollos interesados en un verdadero comercio libre y dañaron enormemente a aquellos otros orientados de preferencia hacia los recién nacidos mercados internos. Las reformas ni modernizaron lo suficiente a España como para permitirle competir con Inglaterra en el mercado mundial, ni fueron tampoco bastante conservadoras como para permitir la continuación del imperio colonial en sus formas más tradicionales.

Es posible pues afirmar que a la independencia americana hay que analizarla en el contexto determinado por las revoluciones burguesas europeas, sin que ello lleve a la conclusión de que en América la independencia hubiera sido el resultado de la acción de clases burguesas. Desde una perspectiva mundial, el proceso de las revoluciones burguesas no podía sino desarrollarse de una manera extremadamente desigual y contradictoria, hasta el punto de que las ideas proclamadas en Francia o Inglaterra, teniendo un sentido universal, fueron recibidas con entusiasmo en las Indias, pero por clases sociales que pueden ser caracterizadas de muchas formas, menos como burguesías. De ahí que resulta absurdo querer analizar la revolución de independencia a través de los puros discursos ideológicos de sus dirigentes. Conceptos originados en procesos europeos tienen, al ser pronunciados por americanos, un sentido no sólo distinto sino a veces abiertamente contrapuesto. Esto se explica por una razón muy sencilla: porque también la realidad americana era distinta y en cierto modo antagónica a la europea.

Los acontecimientos de 1808 en España no pueden pues ser considerados como la única causa determinante de la independencia, pero tampoco es posible afirmar que la independencia se produjo sólo como resultado de las contradicciones internas de la sociedad colonial. Es seguro que tales contradicciones existían, pero podrían haberse arrastrado durante mucho tiempo sin lograr la solución que alcanzaron. Probablemente la independencia se habría producido de todos modos, pero no en la forma ni en el tiempo en que se produjo, y esos dos últimos aspectos son los que constituyen el verdadero objeto de análisis histórico. Todo lo demás es especulación; quizás legítima, pero no tan necesaria.

En términos generales podríamos afirmar que los acontecimientos de 1808 y el consecuente movimiento juntista que tuvo lugar en España fueron en América los catalizadores de una gran cantidad de rebeliones aparentemente aisladas entre sí, aunque a veces se juntaran en el tiempo. Tales rebeliones provenían de diversas vertientes, y entre las más significativas habría que señalar las siguientes:



1] La vertiente de "las clases peligrosas" formada por los movimientos de indios, negros, mestizos, pardos, mulatos, criollos y españoles empobrecidos. Como ya fue visto, en el periodo preindependentista esta vertiente alcanzó su punto culminante con la rebelión de los Túpac Amaru, cuyas resonancias continentales son innegables.

2] La vertiente de los criollos descontentos ante motivos como la discriminación en la obtención de puestos públicos, las trabas al comercio y a la industria y, sobre todo, la continua elevación de impuestos. Punto culminante en el curso de esta vertiente fue la rebelión de los comuneros de Nueva Granada en 1781 —casi paralela a la de Túpac Amaru— en la que los criollos, sin perder la conducción, lograron confluir puntualmente con la vertiente indígena campesina (rebelión del cacique Pisco).

3] La vertiente formada por los movimientos localistas y regionalistas que aprovecharon la desintegración del orden colonial para separarse de los centros de poder intercontinental que los dominaban. Entre los más significativos destacan las guerrillas montoneras del Alto Perú, la resistencia nacional paraguaya frente a la invasión de las tropas de Buenos Aires y, sobre todo, el movimiento regionalista y popular encabezado por José Gervasio Artigas.

4] La vertiente ideológica iluminista formada por criollos educados casi siempre en Europa, ardientes partidarios de las ideas de la Ilustración, pero relativamente aislados de los grandes movimientos sociales (con la excepción quizá de los criollos de Buenos Aires que lograron integrar dentro de un ejército las principales demandas sociales de la zona). El aislamiento social de estos grupos explica que antes de 1810 los encontremos sumidos en actividades conspirativas, formando parte de logias y clubes clandestinos. Su actividad propagandística y periodística fue, sin embargo, notable. Poco después, tales criollos serían los mismos que ocuparían los puestos clave en las juntas, cabildos, congresos y, sobre todo, en los ejércitos.

5] La vertiente ideológica ultramontana de origen predominantemente clerical que criticaba el "excesivo" regalismo de los Borbones y la subordinación de la Iglesia al Estado español. Algunos de sus representantes reivindicaban las doctrinas eclesiásticas de tipo populista (Vitoria, Suárez, Mariana) en torno al origen divino-popular del poder. Hacia 1800 tales doctrinas entroncaron en América con la crítica iluminista al poder real, algo que en Europa habría sido impensable. De este modo, en las colonias surgiría un tipo de revolucionario que hemos denominado el "católico jacobino", muy cercano a otro tipo no menos original, el "jacobino católico".

Como es de suponer, ninguna de estas corrientes apareció en la realidad en una forma "pura". Artigas, por ejemplo, era regionalista y republicano y su movimiento era popular y agrarista. Hidalgo y Morelos, clérigos ambos, eran nacionalistas, y su movimiento era indígena y agrario. El movimiento independentista chileno entre 1810-1814 era, en cambio, criollo-aristocrático (y así sucesivamente).

Como en toda revolución, también en las de independencia hay que diferenciar entre los actores principales y los sujetos (o, lo que es igual entre quienes asumen las funciones protagónicas y quienes constituyen a veces sin tener una actuación descollante, el carácter y sentido de un proceso). Los actores principales —qué duda cabe— fueron las masas pobres "no blancas" y, dentro de ellas, los más pobres de los pobres, generalmente aquellos sectores que hoy se conocen como "marginales". Ya movimientos preindependentistas como el Túpac Amaru probaron que el potencial más grande de rebelión se encontraba en los llamados "indios forasteros". En los ejércitos de Artigas, la fuerza principal estuvo constituida por los llamados "hombres sueltos". Su equivalencia en el norte fueron los llaneros de Páez o los negros de Chirinos. También las guerrillas del Alto Perú estaban formadas principalmente por miembros de una población errática. Fue de esas masas sin suelo ni patria de donde fueron reclutados los contingentes de los grandes ejércitos continentales como los de San Martín y Bolívar. Pero, también hay que decirlo, entre ellas fueron también reclutadas las principales fuerzas de los ejércitos "españoles". El sujeto principal de la revolución, sin embargo, era aquel sector formado por los criollos aristócratas, los grandes propietarios de tierras y minas, en fin, los dueños del poder económico sin los cuales ninguna independencia era posible y que en el curso de nuestro trabajo hemos designado con el poco preciso, pero al mismo tiempo bastante divulgado, término de oligarquía. Los dos principales libertadores, San Martín y Bolívar, intentaron, con distintos métodos, conquistar el apoyo de esos criollos, el que consiguieron sólo durante la fase militar de la lucha, porque a la postre en casi todas las regiones de América las oligarquías terminaron imponiendo sus intereses, y las naciones pasaron a configurarse bajo su dirección política y económica.

Si se tiene en cuenta que los intereses de las oligarquías eran abiertamente contrarios a los de la mayoría de la población americana puede entenderse por qué hemos afirmado que la independencia no sólo no realizó una revolución social, sino que además, en muchos casos, fue socialmente contrarrevolucionaria, por lo menos en un sentido preventivo. Lo dicho significa que el Estado nacional oligárquico se erigió precisamente sobre la base que garantizaba el aplastamiento de los movimientos sociales populares que hicieron posible la independencia. Las tareas principales que cumpliría esa clase en el poder serían, por una parte, una recolonización del interior (cuyas víctimas principales fueron los indios) y, por otra, el desarrollo de una modernización capitalista y dependiente de los grandes centros económicos mundiales que determinaría la destrucción casi total de aquellas economías de subsistencia que habían podido formarse durante el periodo colonial.



La independencia no resolvió pues ninguno de los grandes problemas del periodo colonial. En sentido figurado podríamos decir que fue el resultado de revoluciones que dejarían un enorme saldo de cuentas pendientes.

En el siglo XX apenas han comenzado a pagarse algunas de esas cuentas.